



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

*LA EXPERIENCIA LITERARIA: UN PROYECTO CULTURAL Y
EDUCATIVO DE ALFONSO REYES*

TESIS PROFESIONAL PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA:

JUÁREZ BAUTISTA SUSANA LIZBETH

ASESORA DE TESIS:

DRA. MARIANA OZUNA CASTAÑEDA



CD. UNIVERSITARIA, MÉXICO, NOVIEMBRE 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A ti, estimado lector

AGRADECIMIENTOS

Doy gracias a Dios, quien me ha concedido la salud y las fuerzas para concluir con mis estudios de licenciatura; a mis padres, porque a ellos debo todo lo que soy, por su amor y comprensión todos estos años.

Agradezco especialmente a mi asesora de tesis, la dra. Mariana Ozuna, por su paciencia y motivación; a mis sinodales: la dra. Liliana Weinberg, la dra. Esther Martínez Luna, la mtra. Adriana Azucena Rodríguez y el mtro. Rafael Mondragón, por las nutridas charlas y por sus puntuales observaciones. Reconozco el apoyo recibido del lic. José Antonio Muciño y de los doctores Gerardo Ramírez Vidal y Leonardo Martínez Carrizales, por sus recomendaciones bibliográficas y principalmente por suscitar en mí inquietudes de lectura, a todos ellos, muchas gracias.

Es necesario también mencionar a mis compañeros de generación: Alma, Fernando, Toño, Eli, Héctor y Pamela, porque he compartido experiencias y aprendizajes con ellos desde hace 6 años y me han brindado su amistad y consejo hasta el día de hoy. Mención especial tienen los miembros del Seminario Permanente de Estudiantes de Retórica, con quienes compartí reflexiones y la afición por los estudios retóricos.

Finalmente, agradezco a mi escuela, mi segunda casa, donde me formé académica y moralmente: la Universidad Nacional Autónoma de México.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
I. UNA IDEA DE LA CRÍTICA DE LA OBRA LITERARIA DE ALFONSO REYES	15
1.1 Crítica bio-bibliográfica: apologías y homenajes	16
1.2 Crítica a su obra	22
1.3 Una vuelta a los estudios ensayísticos	23
1.4 Recepción de la teoría literaria de Alfonso Reyes	25
1.5 Una propuesta para el análisis de <i>La experiencia literaria</i>	28
II. LA FORMACIÓN INTELECTUAL DE ALFONSO REYES (1906-1913).....	33
2.1 Hacia una interpretación del mapa intelectual.....	35
2.2 El ideal humanístico de una generación	37
2.3 El proyecto educativo: una aptitud vocacional generacional.....	46
2.4 La importancia de las instituciones públicas y privadas.....	50
2.5 El compromiso del nuevo intelectual.....	56
III. <i>LA EXPERIENCIA LITERARIA</i> : UNA CONFESIÓN CREATIVA	61
3.1 Creación confesada: la retórica en <i>La experiencia literaria</i>	64
3.2 Confesión creativa de la experiencia: cualidades ensayísticas de la obra	82
3.3 Creación artística: reflexión en torno al lenguaje y la escritura	88
IV. HACER POSIBLE UN PROGRAMA INTELECTUAL.....	101
4.1 La moralidad del escritor	102
4.2 Humanismo misional: proyecto civilizador cultural americano	108
4.3 <i>Paideia</i> : el proyecto cultural de Alfonso Reyes	113
4.4 Alcance de <i>La experiencia literaria</i>	126
4.5 Heroísmo cultural: humanismo hecho programa intelectual	135
CONCLUSIONES	143
BIBLIO-HEMEROGRAFÍA.....	153

INTRODUCCIÓN

A veces se trata de libros nuevos, a veces de refundiciones en que el autor vuelve sobre el campo ya recorrido y, con la experiencia de los años y la distancia, y bajo el estímulo de la nueva etapa americana de su existencia, redibuja su panorama con mejor sentido y más apurada economía mental. Pues todo libro es, para el autor mismo, algo como una exploración que avanza entre tantos aciertos, y sólo el baño del tiempo le permite, después de haberlo escrito, apreciar en él todo lo que falta y lo que sobra, lo que está vivo y lo que fue mero acarreo acumulado por la marcha estratégica.

ALFONSO REYES

En 1943 el autor del epígrafe en un artículo titulado “El arte de hablar” comentaba las novedades editoriales francesas procedentes de Estados Unidos y Canadá. Las reflexiones provocadas en él pueden equipararse ahora a las que me han causado la lectura de una que otra obra alfonsina, especialmente la de *La experiencia literaria* (1942). Poca ha sido la atención que se ha dado a estas refundiciones “bañadas del tiempo” e igual de precarios han sido sus análisis. Esta disertación explora la obra desde una perspectiva global, en conjunto, como un proyecto cultural y educativo.

Bajo diferentes condiciones me acerqué al autor y a su obra, pero una vez asentada en tierra firme, lúcidamente pude discriminar la conmoción intelectual causada por el asombro y belleza de primeras impresiones, del valor estético, social, humanista y sobre todo crítico del legado *reyista*. Después de una asidua lectura crítica de algunas de sus obras me interesé por *La experiencia literaria*, por la llaneza de su prosa, y a la vez por la complejidad de contextos, antecedentes y respuestas que se

desprenden del texto. De tal forma, mi inclinación por la obra se extendió a su publicación, para evaluar su coyuntura: me refiero a los orígenes del plan y a las condiciones que se suscitaron para que éste pudiera ejecutarse.

Si un proyecto se distingue por su intencionalidad y su carácter extensivo, entonces persigo en los siguientes capítulos evidenciar las características educativas y culturales que Alfonso Reyes prefiguró en su obra. Para ello, es necesario analizar el florilegio de ensayos desde una visión integral, atravesada por diferentes ejes temáticos, como la historia intelectual, la retórica, la ensayística, la educación y el humanismo, entre otros, que ayuden a dilucidar los motivos que llevaron al artífice a dar nueva forma, temple y restauró a pequeños artículos sobre la lengua y literatura. Los adjetivos que atribuyo a la obra en cuestión se relacionan con las aptitudes de su autor y la naturaleza de otros proyectos que buscaban reconstruir la cultura y la educación durante la primera mitad del siglo XX. El carácter programático del proyecto se vislumbra desde los inicios de la formación intelectual del ensayista hasta su muerte, ajustándose a las etapas de su vida y producción.

La vastedad de las obras completas de Alfonso Reyes, así como la variedad en el tratamiento de temas, incursiones en diferentes géneros y además de su estilo ameno, me obligan a combinar diferentes métodos para el análisis de sus ensayos. De tal forma, el marco teórico incluye diferentes campos de estudio como la sociología, la antropología, la historia, la literatura, la retórica, la pedagogía y la política que ayudarán a distinguir la obra de una crítica poco favorable. Sólo mediante un cruce de temas se podrán lanzar conclusiones que no sólo iluminen la estructura de la obra, sino también que ayuden a conocer otra serie de implicaciones que se gestan en torno a una publicación de corte educativo y cultural. Igualmente, el enfoque de esta investigación es claramente humanístico con el fin

INTRODUCCIÓN

de recuperar la lectura de un Reyes un tanto desconocido u olvidado y la herencia del hombre de letras decimonónico a las siguientes generaciones, como la del Centenario.

El presente estudio está compuesto de cuatro apartados en los que se aborda la crítica de la obra del autor, su formación intelectual, el análisis de la obra y su proyecto cultural y educativo. El primer capítulo se centra en el estado de la cuestión, esto es, las críticas bio-bibliográficas, la crítica a su obra en general, a sus ensayos y especialmente a los de corte teórico. En principio, se muestra una idea de cómo ha acogido la crítica al autor y a su obra para poder hacer un deslinde o comparación de la presente investigación con respecto a otras.

Como es necesario conocer la situación que vivía el autor en su acontecer histórico, principalmente porque se halla al inicio de la revuelta cultural de principios del siglo XX, la segunda parte del trabajo, por tanto, corresponde a los antecedentes de la madurez intelectual de Reyes, la herencia que recibe del siglo XIX, su participación en el Ateneo de la Juventud y las posibles influencias que contribuyeron a definir su vocación y sus ideales. Primero se esboza el mapa intelectual para ubicar la posición del joven Reyes en el campo literario; luego se sigue su trayectoria escolar y cultural para descubrir de qué elementos o cosmovisiones se apropia para asimilar después, como: ideales humanísticos, educativos, valores institucionales y gestos culturales que compartió con sus compañeros ateneístas.

En el tercer capítulo, estudio la obra en cuestión: *La experiencia literaria*, a la luz de la retórica: es decir, en un primer momento se analiza en conjunto la estructura de la obra, así como algunos recursos retóricos de los que se vale el autor; después señalaré sus cualidades ensayísticas, y posteriormente, algunas reflexiones sobre el lenguaje y la escritura. Tomo como base las operaciones

retóricas, las partes del discurso, los estudios estilísticos de J. Willis Robb y las atribuciones del ensayo hispanoamericano. Esto con el fin de encontrar las propiedades del discurso y la finalidad persuasiva de los ensayos que los hacen ser resultado de un proceso creativo y confesión de la trayectoria del escritor.

El último apartado ubico la preocupación de Reyes por América, vinculada a su compromiso moral, su humanismo social, principalmente al concepto de *paideia*, que explica Werner Jaeger en *Paideia: los ideales de la cultura griega* (publicado por primera vez en español en 1942 en el Fondo de Cultura Económica), relacionado con su proyecto cultural y educativo. A partir de las ideas educativas de Quintiliano tomadas de *La antigua retórica* (1942) y la doctrina americanista expuesta en los ensayos de *Última Tule* (1942) y *Tentativas y orientaciones* (1944) encuentro diferentes claves que orientan la lectura de *La experiencia literaria*, no sólo como un libro de ensayos teóricos, sino más bien, como un programa cultural; y de paso destacan el contexto y lugar de enunciación, así como también, el papel de las instituciones y las estrategias que siguió Reyes para consolidarse en el campo intelectual como autoridad cultural, principalmente a su regreso a México, cuando consolidó varios proyectos, entre ellos *El deslinde* (1944).

Vuelvo al epígrafe, pues la conveniencia de analizar *La experiencia literaria* y su contexto previo de producción muestran “el campo ya recorrido” del autor, su sagacidad para reconstruir su discurso a favor de intereses personales y sociales, puesto que “redibuja su panorama con mejor sentido y más apurada economía mental” de acuerdo a sus acciones en la década de los cuarenta a su regreso a México, cuando funda instituciones educativas y se desempeña como catedrático y conferencista. El haber refundido los ensayos supone cierta intención que va más allá de un resultado pulido y estéticamente dispuesto. Es aquí donde entra la contribución de esta investigación que busca responder a la “marcha estratégica” de un humanista completo.

I. UNA IDEA DE LA CRÍTICA DE LA OBRA LITERARIA DE ALFONSO REYES¹

Todos te conozcan, ninguno te abarque; que con esta treta,
lo moderado parecerá mucho; y lo mucho, infinito; y lo
infinito, más.

BALTASAR GRACIÁN

La fama de Alfonso Reyes se ha extendido por todo el mundo, principalmente por su saber universal y por su extensa obra reunida en varios volúmenes como un tesoro no solamente de las letras mexicanas, sino de la humanidad entera. Su obra ha generado una crítica que se puede agrupar en tres grandes apartados²: en primer lugar, la de sus amigos y familiares, quienes lo han acogido con flores y aplausos; sin duda, una crítica más aduladora, pues con testimonios subjetivos se centran en la vida del autor con alusiones a su obra. En segundo lugar, encontramos la crítica a su producción poética y prosística. Ejemplos de lo anterior son la serie de artículos, ponencias, reseñas y ensayos en torno a su obra, que en su mayoría se recopila en homenajes o antologías. Y en tercer lugar, anclada a ésta, una crítica a sus ensayos, especialmente me interesa la correspondiente a su obra teórica. Dentro de esta crítica se podría insertar un nuevo tipo de estudios que aborde la obra y el contexto del autor, desde la

¹ La primera versión de este capítulo se publicó como “Perspectivas críticas de la crítica de Alfonso Reyes. Una propuesta para el estudio de la obra ensayística de Reyes” en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, octubre-diciembre 2010, año XVI, no. 47, vol. 17, pp.19-28.

² Clasificación pertinente para los fines de la investigación. Mi intención no es demeritar ningún trabajo, antes bien, suscitar nuevas perspectivas de estudio de la obra alfonsina, pues los estudios “reyistas” no han sido suficientes y aún falta trabajo por hacer.

historia intelectual del escritor, la retórica, el ensayo hispanoamericano y la educación, como el análisis que propongo.

En este primer apartado de la investigación revisaré los enfoques, temáticas y maneras en que se han insertado los principales estudios sobre Alfonso Reyes para partir hacia el estudio de los ensayos teóricos de *La experiencia literaria* (1942).

1.1 CRÍTICA BIO-BIBLIOGRÁFICA: APOLOGÍAS Y HOMENAJES

Testimonios y gratos recuerdos de familiares, amigos, compañeros de generación, paisanos y herederos de su conocimiento muestran a un autor reconstruido a partir de su vida, que resulta cercano a ellos por vínculos de amistad, estima y admiración. Se nos presenta entonces un Reyes que se fragmenta en diferentes periodos de su vida: infancia y juventud en México; exilio en Francia y España; diplomacia en Francia, en Argentina y Brasil: el periplo sudamericano y de vuelta a México. Alicia Reyes (1940) se ha encargado de mostrarnos a un Reyes en confianza en *Genio y figura de Alfonso Reyes* (1989), pues hace el recorrido de sus pasos, sigue sus huellas desde un punto de vista familiar, como anecdotario, porque presenta vida y obra del autor:

El pensamiento de nuestro Alfonso, como el de nuestro Pedro Henríquez Ureña, no descansaba nunca. Mientras seguía el hilo de la charla, iba construyendo, para sí, otra interior figura mental y se sentaba en su sillón verde –que aún está junto a su lecho– y parecía dormir, pero no, estaba más atento que nunca y si alguno de la familia equivocaba una palabra en el crucigrama o bien aseguraba haber leído tal o cual poema y lo recitaba mal, saltaba para explicar pacientemente la palabra o corregir el poema... Esto mismo ocurría en discusiones políticas, económicas, filosóficas, geográficas, históricas, artísticas o, simplemente, culinarias. En cuanto a este último tema recomendamos *Memorias de cocina y bodega* o su delicioso poema *Minuta* (227).

Alicia Reyes divide su libro en países, en los diferentes lugares que lo acogieron a lo largo de su vida: México, París, España, segundo París, Argentina, Brasil, segunda Argentina y México definitivo.

De esta forma, echamos rápidamente un vistazo a la vida del autor con ayuda de comentarios a algunas de sus obra como: *Pasado inmediato* (1941), *Parentalia* (1958), *Burlas veras* (1957 y 1959), entre otras, e incluso sabemos el recuento de sus relaciones de amistad con sus compañeros de generación. La antología resulta una fuente de primera mano, no sólo por el parentesco, sino también porque al final del libro se encuentra un anexo con datos biográficos, condecoraciones y de otros títulos honorarios que recibió Reyes, más una extensa bibliografía: trabajos no literarios, traducciones, así como prólogos y estudios comentados que hace el autor hacia otros literatos. Podemos decir que Alicia Reyes, a partir de los testimonios que el mismo Alfonso Reyes dejó escritos, más los de sus amigos de correspondencia, elabora una especie de antología biográfica, mostrando un Reyes íntimo, desde una poética de su literatura hasta textos más anecdóticos como sus memorias. Además, su labor como directora de la Capilla Alfonsina³ ha sido resguardar la biblioteca de Reyes y promover los estudios alfonsinos.

La vasta correspondencia entre “mexicano universal” y: Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Agustín Millares Carlo (1893-1980), María Zambrano (1904-1991), José Puche (1895-1979), Juana de Ibarbourou (1892-1979), Roberto F. Giusti (1887-1978), José Gaos (1900-1969), Daniel Cosío Villegas (1898-1976), Artemio Valle-Arizpe (1884-1943), Germán Arciniegas (1900-1999), Octavio Paz (1914-1998), José Vasconcelos (1882-1959), Rafael Cabrera (1884-1943), Manuel Toussaint (1890-1955), Celestino Gorostiza (1904-1967), por mencionar a algunos,⁴ reflejan al dilecto amigo, porque a lo largo

³ La casa, ahora biblioteca-museo a partir de 1959, fue construida en 1939. Bautizada así por Enrique Díez Canedo, quien la consideró santuario del saber. Se ubica en la calle de Benjamín Hill 122 en la Col. Condesa. En junio de 1972 esta casa de 252 m². es donada al Gobierno Federal, con el propósito de que sea utilizada como centro de actividades intelectuales, así como de investigación. Actualmente, la Capilla Alfonsina ofrece seminarios, conferencias y visitas guiadas al público en general. Su dirección está a cargo de Alicia Reyes bajo los auspicios del Instituto Nacional de Bellas Artes desde 1972 en que fue declarada como Patrimonio Nacional. En 1980 se concluye la construcción de la Capilla Alfonsina en Monterrey que actualmente brinda servicios de biblioteca, hemeroteca y mapoteca (Pereira 63).

⁴ Mencionados sin un aparente orden cronológico. José Luis Martínez nos informa de sus primeros epistolarios recogidos en diferentes volúmenes durante la década de los setenta y ochenta. Habría que completar la lista con los recientes epistolarios

de varias generaciones Reyes caminó junto a ellos. Esto sin contar las nutridas charlas que sostuvo con Jorge Luis Borges (1899-1986), Xavier Villaurrutia (1903-1950), José Emilio Pacheco (1939), Carlos Fuentes (1928) y otros tantos. Por eso, tras su muerte, se le recuerda con gran cariño, todo ello mostrado en los homenajes subsecuentes.⁵ *Protagonistas de la literatura mexicana* (2003) de Emmanuel Carballo también es un ejemplo de este tipo de crítica, porque mediante una entrevista realizada a Reyes se conoce al creador, sus lecturas, reflexiones y opiniones sobre sus contemporáneos.⁶

Otro ejemplo de crítica biográfica es la que hace Adolfo Castañón, en *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante* (1988), pues muestra una mirada crítica de sus relaciones con sus contemporáneos, y por supuesto, de su obra prolífica a través de la trayectoria del “Erasmus mexicano”, como lo llama. En fin, su estudio corresponde a un retrato de su persona, pues aunque no lo conoció, se vale de otros y reconstruye la voz de Reyes como si fuera para él un familiar querido:

editados recientemente, más los que faltan por editarse. Para más información ver los anexos de José Luis Martínez, *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, México, UNAM/FFyL, 1992, (Colección Cátedras) y de Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Nuevo León: Producciones Al Voleo-El Troquel, 1989.

⁵ Innumerables han sido los homenajes en vida y póstumos dedicados a la labor humanística de Alfonso Reyes. El auge se dio en la década de los sesenta y se acentuó en los ochenta por su el centenario de su natalicio. Cabe mencionar algunos homenajes importantes, grabados en memorias, cuadernos y libros, como los realizados por: El Colegio Nacional al cincuentenario del escritor, el homenaje en el X aniversario de su muerte, o en el centenario de su nacimiento realizado por el Colegio de México y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El *Diccionario de escritores mexicanos*, herramienta indispensable para conocer el itinerario de su producción, contiene referencias a todas sus publicaciones y homenajes póstumos, pues ofrece una hemero-bibliografía de las obras del autor, ediciones y prólogos, ensayos en antologías, epistolarios, narrativa en antologías, poesía, poesía dramática, poemas en antología, poesía y prosa, traducciones, obras completas, ensayos publicados en revistas y bibliografías. Sobre el autor, se cuentan sus homenajes y referencias sobre su obra estudios, homenajes, prólogos y reseñas hasta 1995. El auge de estudios alfonsinos se da en el centenario de su nacimiento en la década de los ochenta.

⁶ La entrevista trata de brindarnos un esbozo de la crítica de Alfonso Reyes, que según Carballo se divide en crítica: *ética, estética y patética*. El autor se declara en contra de esto: “Hablar de géneros al referirse a la obra de Alfonso Reyes resulta pueril e inoperante” (Carballo 96). Sin embargo, a mi modo de ver, Carballo se centra en presentar al escritor, pues sus preguntas tratan de desentrañar su acercamiento a la literatura y su formación intelectual; sobre todo, sus relaciones con su familia y amigos, principalmente, sus compañeros del Ateneo de la Juventud. En otro apartado el autor comparte una muestra de su correspondencia con Reyes, y al final, dedica unas palabras a su esposa, Manuela Mota. Si bien, el apartado que dedica Emmanuel Carballo a Alfonso Reyes es una suerte de semblanza, también resulta una rica fuente de curiosidades bibliográficas, sociales, literarias e intelectuales.

No conocimos a Alfonso Reyes. De su persona, empero, subsiste un rastro de tinta que dibuja con la línea minuciosa y exuberante de su escritura una geografía, paisaje que es mapa y escenario emblemático.

[...] Es la voz de un abuelo, o bien, la de un niño que lo imita. Habla un hombre pequeño, enjuto y curtido a quien la vida le ha dibujado la cara a navajazos (75-79).

Uno más es Rogelio Arenas Monreal, quien se refiere a una “escritura autobiográfica” a falta de autobiografía, en *Alfonso Reyes y los hados de febrero* (2004). El investigador reconstruye una etapa de la vida del regiomontano, quizá la más dolorosa: la muerte de su padre, también a partir de su biografía con recortes de su obra, de sus poemas y sus memorias:

La marca del padre y el recuerdo de los trágicos acontecimientos de su muerte acompañarían siempre al escritor [...]

La huella que el padre imprime en la valoración ética de la vida es determinante en su hijo. Las preguntas recurrentes que se formula sobre las circunstancias de la trágica muerte de su padre así lo demuestran (16-17).

El lugar que lo vio nacer también se ha ocupado de él. El gobierno de Nuevo León, particularmente, el Ayuntamiento de Monterrey junto con la Universidad Autónoma de Nuevo León lo han considerado como “el Regiomontano Universal”. Igual gratitud muestran El Colegio Nacional y El Colegio de México, dependencias que han editado y promovido su estudio. Incluso, a propósito de los festejos del centenario de su nacimiento, como pretexto de dicho acontecimiento se organizaron certámenes literarios en algunas escuelas de Monterrey.⁷

Se suma también al tributo al escritor: la Cátedra Alfonso Reyes en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey que nace como una respuesta a la necesidad de fortalecer las humanidades en la formación de sus profesores, estudiantes y la comunidad en general, y de promover

⁷ Por ejemplo, una noticia del 20 de mayo de 1989 refiere que niños de secundaria, ganadores de un concurso de ensayo, cuentan cómo disfrutaron la lectura del regiomontano y señalan sus descubrimientos sobre la prosa alfonsina. (Vázquez 24).

el estudio de las humanidades, especialmente, de la obra alfonsina. Además, se cuenta con otra Cátedra en Cuernavaca, a partir de mayo de 1997, que a diferencia de la primera se ocupa fundamentalmente de difundir y promover la lectura de don Alfonso. Por otra parte, con relación a los premios y distinciones en su nombre, una vez erigida la Sociedad Internacional Alfonsina⁸ en 1973, se crea el Premio Internacional Alfonso Reyes, premio que se otorga a un escritor por su trayectoria completa y por sus estudios de la obra alfonsina o de alguna disciplina cultivada por Reyes. Otro, es el Premio Alfonso Reyes de ensayo, que surgió en 1988 en un primer momento como galardón de poesía apoyado por el Municipio de Monterrey, que desde 1995 es auspiciado por el Ayuntamiento, la Subsecretaría de Cultura del Gobierno del Estado y la Coordinación de descentralización del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Pereira 82).⁹

Esta crítica de apologías y homenajes ha contribuido en gran medida a elevar a Reyes cada día más a los altares del conocimiento, pues se asemeja a las hagiografías que explican las historias de santos, en este caso la trayectoria del escritor. No obstante, se necesita de una vida entera para alcanzar a estudiar la totalidad de la obra alfonsina, pues “la obra de Reyes, por su vastedad y riqueza temática, requiere para su estudio no de uno, sino de varios ‘reyistas’ de tiempo completo” (Martínez Peñaloza 1). Las experiencias y testimonios de amigos y familiares contribuyen a conocer afinidades, recuerdos y aristas amables de un autor, si no obligado sí mencionado en los planes de estudio, pero al mismo

⁸ El jurado lo conforman los miembros permanentes de dicha Sociedad: Rubén Bonifaz Nuño, Alí Chumacero, Joaquín Díez-Canedo, Alicia Reyes y Ramón Xirau.

⁹ Recientemente, El Colegio de México con motivo de sus 70 años de fundación en 2010 instituyó el Premio Alfonso Reyes para las humanidades y el Premio Daniel Cosío Villegas para las ciencias sociales. Los premios serán financiados por el Fondo Patrimonial a beneficio de El Colegio de México. El jurado estará compuesto por un miembro electo de cada uno de los centros de institución de la institución, según Javier Garcíadiego. Los ganadores del Premio Alfonso Reyes han sido Luis Villoro en 2010 y José Emilio Pacheco en 2011. Para mayor información ver “Premio Alfonso Reyes 2010” [video en línea] <http://2010.colmex.mx/videos/premio-ar/engine/swf/player.swf?url=../../data/video/premio_alfonso_reyes_2010.flv> [Consulta: 21 de noviembre de 2011].

tiempo hacen de Alfonso Reyes un mito, una figura inalcanzable por la versatilidad de sus temas y la amplitud de su obra, y principalmente, por la incansable actividad intelectual del prolífico escritor.

Un artículo publicado en 1997 en *La Jornada* expone las opiniones de: Luis Mario Schneider, Alfonso Rangel Guerra, Vicente Quirarte, Ricardo Elizondo, Fernando Curiel y Antonio Alatorre, quienes expresan que Reyes es “un autor desconocido por muchos”. He aquí sus declaraciones:

La figura de Alfonso Reyes ha sido bajada del pedestal, contra la voluntad de los alfonsistas ortodoxos. En pleno centro de fervor reyista, la Capilla Alfonsina, escritores mexicanos y regiomontanos desmitifican la vida y la obra del polígrafo que ha encontrado en el tiempo, una dimensión *non grata* para sus glorificadores.

[Alatorre] ‘Es autor de pocos lectores y desconocido para el mundo hispano actual.’

[Ricardo Elizondo] ‘Se le ha usado como bandera política y regional, ello no lo envilece, fortalece el mito.’

[Curiel] ‘Creo que el trabajo debe estar más bien en tratar de humanizar a Reyes, no de idolatrarlo.’ (Garza 25).

Grande también es el alboroto de los lectores de Reyes por el acaparamiento del nombre de Alfonso Reyes en Monterrey, ya que se cuentan con calles, plazas, colonias, estatuas, bibliotecas, etc., sin mencionar el Festival Alfonsino que dedica cada año, en el mes de mayo, conferencias y mesas redondas a la figura emblemática del autor. Sin duda, la vida de Reyes resulta fascinante por su trayectoria de hombre de letras, diplomático e intelectual; sin embargo, se ha perdido al autor en las altas esferas de la erudición, sin bajarlo a tierra, a las implicaciones de sus discursos, sin tener en cuenta sus contextos de enunciación y las redes e instituciones que construyó a su alrededor. Por ello, se condena la crítica frívola de sus devotos, por la imagen idolatrada que se ha tenido del regiomontano y se exhorta a realizar nuevas lecturas de un escritor humanizado, no apoteósico. Quizá otras reflexiones de Reyes sean más convenientes que la de una estrella literaria, en la que el crítico no se pierda en su fulgor.

1.2 CRÍTICA A SU OBRA

Lejos de aquellos que compartieron experiencias o agradables recuerdos del autor se sitúan sus alumnos, quienes han comentado su obra. En primer lugar, se ubican los estudios preliminares a sus *Obras completas*,¹⁰ escritos por Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985) y José Luis Martínez (1918-2007). Este último fue discípulo de Reyes durante los últimos veinte años de vida del autor. Por su afición persistente a la personalidad y obra del escritor, José Luis Martínez reunió sus trabajos y realizó una *Guía para la navegación de Alfonso Reyes* (1992). Lo he apartado del repaso anterior, porque él comienza una labor crítica en torno a su obra. Sus estudios nacen de la admiración hacia Reyes, al tiempo que hace un despliegue de su obra a partir de sus géneros literarios (poesía, ensayo, ficción), direcciones teóricas y estilísticas e investigaciones. Al igual que los críticos biográficos, José Luis Martínez también se detiene en los ciclos de la obra alfonsina, especialmente en su formación intelectual y en sus años de producción. Varios son los comentarios a su obra y al contexto histórico, social e intelectual de la época.

De forma general mencionaré algunos estudios alfonsinos. Por una parte, abundan testimonios, apuntes para un retrato y anotaciones sobre un momento de su vida; por otra, sus aficiones (por Grecia, la literatura inglesa o francesa, por Góngora o Goethe, etc.), su narrativa, sus ficciones, su poesía y ensayos han sido objetos de estudio y, aunado a esto, se ha mencionado el contexto sociocultural del autor, por ejemplo su participación en el Ateneo de la Juventud,¹¹ su labor de diplomático y embajador,

¹⁰ El primer volumen fue editado en 1955 por el Fondo de Cultura Económica y el estudio preliminar estuvo a cargo de Ernesto Mejía Sánchez, quien realizó esta labor hasta el tomo XXI de las *Obras completas*. Después siguió José Luis Martínez en 1989 con el tomo siguiente hasta 1992, cuando salió el último tomo, el XXVI. Después siguió otra reimpresión en 1996 y 1997 de tomos anteriores. El tomo XIV correspondiente a *La experiencia literaria* se editó en 1962 y tuvo una segunda reimpresión en 1997.

¹¹ El Ateneo de la Juventud fue una asociación cultural mexicana fundada el 28 de octubre de 1909. Después cambió su nombre a Ateneo de México el 25 de septiembre de 1912. Su antecedente fue la Sociedad de Conferencias (1907-1908). Sus integrantes se distinguieron por ser partidarios de las humanidades, la educación y la literatura. “Contó con socios fundadores, activos, concurrentes, correspondientes y honorarios” (Curiel 2001: 8).

su relación con la concepción de la literatura del momento, sus ideas literarias, es decir, su actuación como intelectual en los diferentes escenarios de su vida.

En algunos prólogos a las antologías de su obra, nuevamente se ha fragmentado a Reyes, pero ahora por sus intereses y aficiones. Por ejemplo, en el prólogo a *Alfonso Reyes: la vida de la literatura* (1992), Carlos Pacheco señala su retorno al ensayo, su americanismo, la reflexión reyesiana sobre la teoría y la crítica y esboza su biografía a partir de las preocupaciones del escritor. Algunos estudios editados en homenajes señalan los particulares intereses por el Reyes helenista, cuentista, poeta y crítico; otros, se detienen en sus ideas americanistas y artísticas.

Así como se extiende la vastedad de la obra alfonsina, igualmente ha habido oleadas de *reyistas*, tanto estudios esporádicos, como largas investigaciones. Después del *boom reyista*, el que causó una serie de estudios en conmemoración de su centenario de su nacimiento, han surgido nuevos estudios, sirva de ejemplo mencionar las investigaciones más recientes (en la última década), como las de: Javier Garciadiego, Héctor Perea, Fernando Curiel, Susana Quintanilla, Adolfo Castañón, Eugenia Houvenaghel, Víctor Díaz Arciniega, Rogelio Arenas, Leonardo Martínez Carrizales, Liliana Weinberg, entre otros, quienes actualmente continúan sus trabajos, sometiendo a Reyes desde otras perspectivas que han enriquecido la crítica alfonsina.¹²

1.3 UNA VUELTA A LOS ESTUDIOS ENSAYÍSTICOS

La última parte de la crítica que me interesa abordar, se centra en la vasta producción ensayística de Alfonso Reyes, quien no sólo acuñó la definición del ensayo como el “centauro de los géneros”¹³, sino

¹² Al final, en el apartado biblio-hemerográfico se incluyen los estudios *reyistas* de los críticos mencionados en este capítulo, así como también, en algunos casos, las primeras fechas de publicación de sus trabajos.

¹³ Alfonso Reyes utiliza la expresión "el centauro de los géneros" para referirse al ensayo en “Las nuevas artes” en *Los trabajos y los días, Obras completas*, t. IX, 403 y en *El deslinde, Obras completas*, t. XV, 58.

que dio ejemplo conspicuo con su testimonio literario. Alfonso Reyes, el ensayista, ha sido estudiado sin duda por sus primeros ensayos literarios, aquellos de *Cuestiones estéticas* (1910-1911); o bien, tanto por sus ensayos de creación literaria: “Visión de Anáhuac” (1917) o “Palinodia del polvo” (1940), como por sus libros de ensayos como *Los Siete sobre Deva* (1940) o *El Suicida* (1917), entre otros. Estos se han estudiado desde el particular estilo del autor o por sus tendencias americanistas, como el caso de “Visión de Anáhuac”.¹⁴

José Luis Martínez se encargó de realizar una tipología del ensayo alfonsino en la que agrupó todos sus ensayos.¹⁵ Con esto, a mi modo de ver, se ha estudiado una parte de la obra ensayística de Reyes y han quedado soslayados otros ensayos con motivos americanistas o teóricos. Son la excepción los trabajos de Eugenia Houvenaghel, James Willis Robb y Alfonso Rangel Guerra. La primera, en *Alfonso Reyes y la historia de América* (2003) analiza la argumentación de Reyes vinculada a sus ideas americanistas. El segundo, en *El estilo de Alfonso Reyes* (1978) trata de construir el andamio estilístico de Reyes, a partir de las figuras simbólicas presentes en sus ensayos; su análisis es rico en conclusiones porque al final nos muestra las principales estructuras ensayísticas de Reyes:

Por debajo de las múltiples formas estructurales de los ensayos individuales, encontramos cuatro tipos generales o sistemas de estructuración según los cuales parecen organizarse los ensayos de Alfonso Reyes:

- 1) *Estructuras simbólicas*, que incluyen una serie de variaciones de *Ensayo Metafórico*, en que una metáfora o más de una metáfora actúa como fuerza de orientación estructural.
- 2) *Estructuras de contraste ideológico*, inclusive variaciones de *Ensayo Paradójico*, en que un contraste de ideas crea una estructura de doble faceta.

¹⁴ “Visión de Anáhuac” (1917) sorprendió en época del autor por tocar temas profundamente americanistas y nacionales. Escrito en el extranjero, tuvo una primera propagación en Europa. De este ensayo se ha señalado su estilo y sobre todo, la exploración del autor a través de descripciones bien logradas, como la “Re-visión de Anáhuac” que hace Alfonso Ruiz Soto, quien recuerda una olvidada valoración de la obra al tratarla como poesía en prosa (252-268).

¹⁵ En 11 rubros logra clasificar el ensayo Alfonsino: ensayo como género de creación literaria, ensayo breve, poemático, ensayo de fantasía, ingenio o divagación, ensayo-discurso u oración (doctrinario), ensayo interpretativo, ensayo teórico, ensayo de crítica literaria, ensayo expositivo, ensayo crónica o memorias, ensayo breve, periodístico y de circunstancias, y en tratados. Para mayor detalle ver la clasificación en (Martínez 1992: 27).

- 3) *Estructuras eidéticas*, que comprenden una amplia variedad de perspectivas óptico-visuales que sirven como unidades de enfoque estructural, inclusive el *Ensayo Estereoscópico*, el *Ensayo Prismático* y el *Ensayo Perspectivista*, y una serie de *Cuadros Ensayísticos*.
- 4) *Estructuras dinámicas*, en que las fuerzas de puro movimiento proporcionan las vértebras estructurales del ensayo, sea sugiriendo estructuras geométricas más específicas como *Círculos* y *Espirales*, sea sugiriendo diversas rutas que se pueden llamar *Senderos* o *Desviaciones* (181-182).

Se nos revela así el universo imaginario del autor, pues con base en el análisis de sus metáforas y comparaciones, la retórica se evidencia: la *inventio*, el hallazgo de imágenes y la *elocutio*, el uso de figuras retóricas. Y el último, Rangel Guerra, vincula las ideas literarias de Alfonso Reyes con su formación intelectual:

La lectura de la obra de Alfonso Reyes ofrece varias sorpresas al lector. En primer lugar, el descubrimiento de una concepción de la literatura y del trabajo literario, congruente y sostenida a lo largo de más de medio siglo de escritor, sin contradicciones ni variaciones fundamentales en todo ese tiempo; en segundo lugar, la inserción de esta concepción de la literatura en un amplio contexto cultural en el que se contemplan diversas manifestaciones del espíritu, se confrontan estas expresiones y se interrelacionan en su circunstancia histórica y que puede aplicarse sin duda a toda la obra de Alfonso Reyes y lo define primordialmente como un escritor de ideas; en tercer lugar, la presencia, desde sus primeros textos, de la misma calidad de prosa que se encontrará también en sus textos de madurez, caso excepcional de escritor que con el temprano descubrimiento de su vocación encuentra la expresión adecuada para convertir en palabras su mundo interior y su visión del mundo; por último, la actualidad de sus conocimientos sobre las letras europeas y americanas y sobre los estudios críticos (Rangel 1989: 16).

1.4 RECEPCIÓN DE LA TEORÍA LITERARIA DE ALFONSO REYES

Escasa atención ha recibido la teoría literaria de Reyes, quizá por el penoso esfuerzo de leerla, entenderla e interpretarla. Así también ha sido poca la crítica que se ha escrito sobre esta faceta del escritor. *El deslinde* (1944) ha corrido con poca suerte, pues sólo es mencionado de paso por algunos críticos que señalan su importancia para las letras mexicanas; mientras unos invitan a su lectura, otros, realizan la labor titánica de sintetizar su amplio contenido, como José Antonio Portuondo que invita a

la lectura de *El deslinde* en “Alfonso Reyes y la teoría literaria” (*Gaceta del Caribe*, La Habana, octubre de 1944):

Alfonso Reyes nos ofrece una “fenomenología del ente fluido”, es decir, la reducción del fenómeno literario a sus límites esenciales, o para usar sus propias palabras, “el primer paso hacia la teoría literaria es el establecer el deslinde entre la literatura y la no literatura (593).

[...] *El deslinde* es el primer intento científico de sistematización de la Teoría de la Literatura y una rica fuente, además, para el planteamiento de sus problemas fundamentales que se encuentran esbozados [...] (599).

También Joaquín Xirau señala en una reseña titulada “El deslinde” (*Revue de l'IFAL*, junio de 1945): que “Alfonso Reyes, escritor y poeta por necesidad de la más íntima vocación, llegado a la plenitud de su madurez, se inclina sobre sí mismo y trata de explicar, ante sí mismo y ante los demás, la esencia de su propia consagración. Todo lo demás es instrumental y adjetivo” (634). E igualmente, lo hace Alí Chumacero en “Las teorías literarias de Alfonso Reyes” (*La cultura en México*, junio de 1963):

En *La experiencia literaria*, en *La crítica en la edad ateniense*, en *La antigua retórica*, que forman antecedentes y el camino que había de desembocar en *El deslinde*, no es raro encontrar de pronto citas, referencias y alusiones inclinadas a la ocurrencia más que a promover la meditación.

[...] *El deslinde* fue, en el programa de trabajo que Reyes había imaginado, la introducción a un tratamiento completo del asunto. Aquí están definidos los campos de lo literario y de lo no literario dando atención a su contorno, a sus relaciones, en vez de a su estructura (XVII).

Otros reseñistas presentan una síntesis de *El deslinde*, pero Mario Valdés trata de explicar el aparato teórico de una forma breve y sucinta en “El deslinde de Alfonso Reyes: literatura y lectura” (*La Jornada Semanal*, julio de 1989): “[...] se estudia, transmite y discute la experiencia literaria porque es lenguaje y el lenguaje es fundamental del ser humano. [...] Alfonso Reyes plantea y responde a las

preguntas: ¿qué es la literatura?, ¿cómo se realiza este fenómeno? (la respuesta del lector) y ¿cómo se acerca el estudioso a la realidad? (la sustancia de la condición humana) (31).

En suma, la teoría literaria reyesiana, así como sus ideas literarias han sido eludidas por la crítica actual. Sólo Alfonso Rangel Guerra, José Antonio Portuondo y Armando Partida y Sebastián Pineda Buitrago, por mencionar algunos, han escrito sobre el teórico Reyes. La mayoría ha hecho intentos por desmenuzar su teoría, por explicarla; incluso se han hecho comparaciones de sus ideas con las teorías literarias contemporáneas, esto a cargo de Armando Partida en “Contemporaneidad de la teoría literaria de Alfonso Reyes” (*A.R.: Homenaje de la FFyL*, 1981): “[...] Reyes señala su conocimiento de los formalistas rusos, junto con los representantes de las escuelas alemanas de Zurich, a quienes menciona de vez en vez. A esto hay que agregar las teorías lingüísticas y literarias de la escuela francesa, sobre todo de los autores emparentados, en una forma u otra, con las teorías saussurianas” (193).

La musa crítica. La teoría y ciencia literaria de Alfonso Reyes (2007) ha sido objeto de un cuidadoso análisis a cargo de Sebastián Pineda. Este trabajo y el de Alfonso Rangel Guerra sobresalen del resto, pero se limitan a reelaborar la teoría de Reyes, la parafrasean y citan, la digieren un poco para el lector que desea acercarse por vez primera a la teoría. El reclamo viene a cuento de que esta teoría comentada, citada y ejemplificada se queda solamente en la exégesis más formal de la obra erudita de Reyes, es decir, se resumen sus contenidos estructuralmente, como lo hace Sebastián Pineda: “La tarea del crítico y el teórico consiste en trazar vasos comunicantes entre una y otra postura. Y como nuestro ejercicio es de resumen, de síntesis, empezaremos por la teoría literaria. Luego seguiremos con las fases referentes a la ciencia de la literatura” (12).

Aún falta la vinculación del autor prolífico con el humanista, el creador de ficciones, el diplomático, etc. La teoría se expone aislada del contexto cultural, social, político, histórico e

intelectual de Alfonso Reyes, pues se presenta el producto elaborado, pero no la elaboración del producto y todas sus vicisitudes. Con esto me refiero, especialmente, a sus ensayos teóricos.

1.5 UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS DE *LA EXPERIENCIA LITERARIA*

La misión más urgente de la crítica es “discriminar lo valioso de lo menos valioso; explicar la índole y la fuerza de la intuición estética suscitada de cada obra”, según Dámaso Alonso, a quien refiere Antonio Alatorre (23). Ahora bien, siguiendo sus señalamientos, podemos decir que la crítica alfonsina posee defectos y dificultades como: su falta de concreción y rigor, debido en cierta parte a la devoción, o más bien al cariño por Alfonso Reyes, maestro de unos y compañero de otros. Otra crítica está orientada a varios enfoques, de los cuales, la parte ensayística ha sido la menos analizada, pues los pocos estudios encontrados son estilísticos o relacionados con sus ideas literarias.

Si partimos del concepto de crítica literaria de Reyes que brinda en *La crítica en la edad ateniense* (1941): “La herejía de la literatura” o “la crítica como realidad condicionada”, más la clasificación alfonsina de la crítica: la impresionista, la metódica y la valorativa, podemos deducir que la crítica que ha girado en torno a Alfonso Reyes en un primer momento fue impresionista, como algunas críticas que le hicieron sus amigos; y después fue la metódica, es decir, el análisis de su obra literaria (cuento, poesía y estudios), cuyo auge se suscitó en el centenario de su nacimiento en 1989. Desde entonces y hasta la fecha, pocos estudios son completos, es decir, los que sitúen al autor, su obra, su recepción y su contexto de producción y no sólo se centren en un Reyes en abstracto.

Ahora bien, como la crítica bio-bibliográfica ha acaparado la atención, las interpretaciones de la obra de Reyes han quedado supeditadas a ésta. Generalmente se sigue la cronología del autor con pocas

referencias al contexto.¹⁶ Considero que es necesario partir de un enfoque que tome en cuenta activamente el contexto histórico, político, social y cultural, y sobre todo el intelectual para lanzar nuevas hipótesis sobre la obra del autor.

Pertinente y necesario resulta volver entonces al estudio de los ensayos teóricos del regiomontano, pues éstos fueron preliminares a su gran obra teórica mayor. He elegido analizar *La experiencia literaria* (1942) por la mínima crítica que se ha realizado en torno a ella, pues después de su publicación, aparecieron algunas reseñas del libro publicado en Buenos Aires en la Editorial Losada. Cabe destacar aquí las de Octavio G. Barreda y la de Luis Emilio Soto. El primero publicó su reseña en *El Hijo Pródigo, Revista Literaria de México* (en mayo de 1943): “Reyes crítico, erudito, cabal e infatigable” (555). De nuevo se repiten los mismos epítetos, sin embargo, resaltan las últimas observaciones del reseñista cuando apunta que las ideas de Reyes se gestaron desde su pertenencia a la Generación del Centenario, con su reacción al Positivismo y su rigor disciplinario en sus estudios literarios:

Aquel movimiento de reacción contra el Positivismo lo familiarizó con la ciencia y las tendencias renovadoras. Lo adiestró en la observación disciplinada dentro de la exuberancia y en el amor al conocimiento exacto. Dichas virtudes se transfundieron en el rigor de su prosa, llena de gracia y de agudeza, aireada por las ráfagas que comunican el espíritu y la vida. Alfonso Reyes afinó luego el don de lucidez en sus estudios de lengua y literatura (553).

El segundo, periodista argentino, realiza también una reseña en “Alfonso Reyes y la experiencia literaria” (*Argentina Libre*, Buenos Aires, abril de 1943) y sólo se limita a decir: “Esta experiencia de Reyes absorbe pues aquella teoría y la sazona” (Soto 548). Sin otra observación encomiástica, concluye

¹⁶ Es necesario aclarar que se dan datos históricos, culturales, incluso sociales de los acontecimientos más importantes que vivió Reyes para explicar el contexto de producción de su obra. Sin embargo, la mayoría de las antologías tratan de abarcar a un autor para cada género, para lo más representativo, o para lo que debe leerse. Por ejemplo, *Genio y figura de Alfonso Reyes* (1989) es una muestra de biografía de Reyes comentada por Alicia Reyes, como ya se anotó arriba.

señalando que la sensibilidad del autor siempre estuvo alerta a los cambios políticos y sociales de su época.

En mi opinión, *La experiencia literaria*, refundida en los años maduros del escritor, posee principalmente una doble función: manual de texto y libreta de apuntes del intelectual que vuelve a repensar sus preocupaciones literarias. Además, los dieciocho ensayos reunidos tratan sobre la lengua, el lenguaje, lo literario, la poesía, la crítica, la biografía, lo popular, etc., temas que se centran en la función y orígenes de la palabra oral y escrita. Pero, ¿qué lleva a Reyes a tratar de explicar qué es lo literario, lo no literario y el signo mismo?, ¿por qué parte de estas dilucidaciones?, ¿a qué responde la refundición de sus ensayos?, ¿qué elementos retóricos y ensayísticos se vislumbran?, ¿a qué estrategia responden?, ¿con quién sostiene un intercambio de ideas?, ¿cómo se sitúa la obra en su época?, ¿tiene tintes educativos y culturales?, ¿cómo se relaciona con otros títulos que publica en ese año? Ésta y otra serie de preguntas me provocan la lectura y el análisis de *La experiencia literaria*.

Una serie de ejes temáticos atraviesan la obra: la idea de educación, de retórica, del americanismo, la crítica y teoría literaria, la historia intelectual y el ensayo hispanoamericano para converger en el centro de *La experiencia literaria*. Todos estos temas han sido estudiados de manera individual en Reyes y, por ende, sólo han resuelto mostrar una faceta del intelectual. En cambio, propongo verlos en conjunto, para obtener nuevas conclusiones en un nivel superior y más abarcador: el del trabajo humanístico y el de proyecto cultural. A pesar de que también los ensayos de *La experiencia literaria* se prestan para un análisis estilístico y retórico, no es mi intención sólo mostrar el andamiaje de su estructura o la fuerza de sus imágenes evocadas, ni la suerte de sus metáforas o símiles; antes bien, me interesa el conjunto de ensayos, su materia prima: el lenguaje, la palabra, la

literatura. A continuación resumo el proyecto de investigación que he emprendido en torno a *La experiencia literaria*.

El ensayo hispanoamericano de principios del siglo XX concentra una nueva forma de pensar América y lo americano, se suma la crítica, la reflexión filosófica y la renovación cultural. El trabajo de arielistas, ateneístas y otros comprometidos con la realidad americana refleja en el ensayo moderno la expresión de sus preocupaciones sociales, políticas, históricas y culturales. Se suma a esto, la teoría literaria de Reyes que se apoya fundamentalmente en la retórica de su época, como cualquiera de sus compañeros letrados, en la división del discurso, en el estudio de los clásicos, pero sobre todo en el ejercicio crítico y reflexivo que hace de ella. Reyes en su teoría literaria replantea el lenguaje y la escritura. También apuesta por “la inteligencia americana” y esboza un sendero cultural mediante sus enseñanzas y testimonio, pues a su labor de humanista corresponde la de educador, por su responsabilidad y su personalidad universal. La *paideia*, entendida como cultura general (un proyecto de formación constante), será el medio por el cual se unifique y se integre América.

Desde esta perspectiva pretendo analizar *La experiencia literaria* como una fase de un proyecto cultural y educativo, pues a partir del estudio y reflexión del lenguaje y la escritura, Reyes responde a las demandas culturales y educativas de su época, tomando elementos del ensayo hispanoamericano moderno y de la retórica para construir sus textos.

Como maestro hispanoamericano elabora un proyecto cultural comenzando por las reflexiones sobre el lenguaje y la escritura. En *La antigua retórica* (1942), Reyes desarrolla la idea de retórica de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano y concepciones que sobresalen de sus estudios, principalmente, la figura del educador en Quintiliano y su educación integral, tesis que utiliza en algunos de sus planteamientos y en su propia persona. Por ende, los conocimientos sobre los clásicos le permitieron

hacer gala de las virtudes del discurso (claridad, propiedad, corrección, ornato, entre otras) en sus escritos.

El conocimiento de la utilidad de los ensayos teóricos reunidos en *La experiencia literaria* es necesario no sólo para una cuidadosa clasificación de los ensayos del mexicano universal, sino también para ampliar análisis que manifiesten facetas poco exploradas del autor y su obra. De esta forma se contribuirá, de algún modo, a los pocos estudios sobre la teoría literaria de Alfonso Reyes, desde la perspectiva retórica, intelectual, ensayística y educativa, para comprender al humanista integral y su proyecto abarcador que reflejaba sus ideas literarias, sociales, políticas, culturales e intelectuales.

Si el humanista, casi al final de su vida –55 años de experiencia de vida y casi 45 de experiencia literaria pues publicó tempranamente–, decide partir de la explicación de su oficio como escritor, se debe a que ha reflexionado su arte y ha encontrado un sentido amplio y profundo a su expresión. No es que antes no lo tuviera, pero en ese momento cumbre de su vida significa algo, quizá una respuesta. He concebido que *La experiencia literaria* es un proyecto cultural que responde a un “imperativo moral” que las circunstancias de su época le reclaman, pues trabajos teóricos como los de Reyes se adelantaron a las nuevas teorías literarias de las siguientes décadas en erudición y praxis.

II. LA FORMACIÓN INTELECTUAL DE ALFONSO REYES (1906-1913)

Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes...

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

El gran nombre de Alfonso Reyes que actualmente es recordado por varios intelectuales, no sólo del ámbito de las letras, sino también del político y económico, debe su consagración a su larga trayectoria como intelectual. Sin embargo, el prestigio de este prócer de las letras mexicanas no surgió inopinadamente, pues todo respondió a su formación educativa, a la definición de su vocación, al apoyo de las instituciones, a su grupo de amigos y compañeros, pero sobre todo, a la red de ámbitos sociales, políticos, económicos y culturales que se relacionaron en torno a él, correspondientes a su campo intelectual.¹

Para conocer cómo creció la popularidad y el reconocimiento del autor en cuestión, hago una analogía con la erupción de un volcán. Investigar la presión y ubicación de las piscinas de magma equivale a rastrear las acciones de Alfonso Reyes; además, conviene conocer los patrones de los movimientos sísmicos del lugar, en nuestro caso, la réplica y eco que tuvieron sus discursos en las

¹ Éste y otros conceptos forman parte del léxico de los debates contemporáneos de la historia intelectual. Más adelante se definirá el término de campo intelectual en palabras de Pierre Bordieu.

demás generaciones, en tanto que su voz se amparaba en el poder que le otorgaba el campo intelectual al cual pertenecía. De este modo, se comprenderá el pensamiento del humanista mexicano.

La formación intelectual de Reyes se fraguó paulatinamente a lo largo de toda su vida. En las siguientes páginas se verá un acercamiento a ella desde sus años mozos, en la Escuela Nacional Preparatoria, hasta inicios de su labor diplomática; un periodo que va de 1906 a 1913.

No es mi propósito realizar una indagación ardua de tipo sociológico o antropológico del intelectual, solamente me interesa realizar un acercamiento a la profesionalización de la escritura de Reyes. Me basaré en las ideas de Carlos Altamirano, Pierre Bourdieu, Ángel Rama y Julio Ramos, quienes refieren diferentes perspectivas, diversos estudios con un denominador común: la problematización del escritor y de su labor intelectual.

Asimismo, la historia de las élites intelectuales, o de la literatura de las ideas se ha estudiado en relación con el poder político. Para Carlos Altamirano, en el siglo XX aún se subordina parcialmente la tradición del arte de escribir al arte de la política en el campo del ensayo.² Por ende, es de suma importancia asomarse al itinerario intelectual de Reyes si nuestro objetivo es acercarnos al estudio de sus ensayos, a pesar de que sean de creación o teóricos. Se debe vincular la trayectoria del escritor ligada a sus ejercicios en el poder, pero antes, indagar también cómo fueron sus primeros acercamientos a ese campo.

Pues bien, como diría Antonio Gramsci en torno al ejercicio intelectual: “[...] lo primero es ‘trazar’ el mapa intelectual y moral del país, es decir, circunscribir los grandes movimientos de ideas y los grandes centros (pero no siempre corresponden grandes centros a los grandes movimientos, por lo menos con las características de visibilidad y de concreción que se acostumbra atribuir a esta palabra

² Carlos Altamirano prefiere llamar “literatura de ideas” a los discursos, ensayos proclamas y manifiestos políticos de los intelectuales. (13-24)

[...])” (88). En el “mapa intelectual” se encuentran los campos de poder: el político, económico, especialmente el literario. De las claves de este mapa y de su orografía se hablará a continuación.

2.1 HACIA UNA INTERPRETACIÓN DEL MAPA INTELECTUAL

Según Pierre Bourdieu, sociólogo francés, el término campo intelectual alude a una especie de campo magnético, que constituye un sistema de líneas de fuerza, esto es, “los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo.” (2002: 9). La pugna entre fuerzas se debe al poder, el que da la facultad de hacer y enunciar, en tanto que el campo intelectual se diversifica; busca consolidar su independencia mediante un proceso de autonomización en una competencia que le dará como resultado la legitimidad cultural, y por tanto, la ganancia del poder real y simbólico. De tal manera que el campo intelectual se sitúa junto a otros, como el político o el económico. Uno de esos campos, el que nos interesa, es el literario, cuya arma principal es la palabra:

[...] el campo literario resulta atractivo y acogedor para todos aquellos que poseen todas las propiedades dominantes menos una, «parientes pobres» de las grandes dinastías burguesas, aristócratas arruinados o en decadencia, miembros de las minorías estigmatizadas y repudiadas de las demás posiciones dominantes, y particularmente de la alta función pública, y cuya identidad social mal asegurada y contradictoria predispone en cierto modo a ocupar la posición contradictoria de dominado entre los dominantes (Bourdieu 1995: 336).

La potestad de la palabra, que ocasiona la vida o la muerte simbólica y real, otorga un poder social, de estatus, de respetabilidad pública, y engalana la ciudad, como describe Ángel Rama en *La ciudad letrada*:

[...] En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban

estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y burocracia (Rama 57).

La “ciudad letrada” se relacionó con el poder político y social. Los letrados actuaron en el ámbito político y religioso. Después se sacralizó la escritura y la ciudad se volvió escrituraria. Pronto los que ostentaban el poder de la palabra verían en pugna sus intereses. Conforme se gestaron los movimientos de independencia de las antiguas colonias españolas y se instauraron las repúblicas y los derechos individuales, las letras también buscaron su autonomía, a pesar de su labor organizadora dentro de un proyecto de nación.³ Entonces el campo intelectual, particularmente el literario, libró batallas para conseguir legitimar su discurso, por medio del aparato institucional de la prensa, la tribuna o la escuela:

[...] en el sistema anterior, el intelectual era un “publicista” y el periódico era el lugar de las letras, operando en función de la extensión del orden de la escritura. Pero ya en la década de 1880 aquella diferenciación comienza a cuestionarse a medida que las letras y la escritura estallan en prácticas a veces antagónicas que compiten por autoridad en el interior de una nueva división del trabajo sobre la lengua. (Ramos 101).

Otro aspecto que hay que señalar es el carácter elocutivo de la palabra reflejado en las habilidades del letrado: la claridad, propiedad, corrección y ornato con el que emplea el lenguaje. Esto será el signo distintivo de la comunidad de letrados, quienes no sólo demostrarán el poder ordenador de la palabra, sino también su carácter estético, haciendo gala de su estilo.⁴

Rápidamente, los discursos rebasan el espacio que les fue designado y se amplía el círculo letrado como dice Ángel Rama: “A las ya existentes en la administración, las instituciones públicas y la

³ Se buscaba instaurar una república de las letras, autorizada por el Estado para después, crear espacios que permitieran deslindar a la escritura del poder político, como la institucionalización de la literatura. Para abundar en el tema ver Ramos 62 y ss.

⁴ Según Ramos, los intelectuales, desde los médicos hasta los letrados y políticos, veían a la elocuencia como autoridad. En un primer momento, la función principal de la elocuencia era ordenar el “caos americano”. Después su carácter distintivo dio prestigio al letrado (44).

política, se agregaron las provenientes del rápido crecimiento de tres sectores que absorbieron numerosos intelectuales, estableciendo una demanda constante de nuevos reclutas: la educación, el periodismo y la diplomacia” (102).

Estos tres rubros serán explotados por los letrados, que para fines del XIX seguían siendo “intelectuales orgánicos del poder”. Dicho de otro modo, el “letrado” se vuelve un intelectual orgánico a la vida pública dominada, desde la Colonia, por un culto ciego a la autoridad de la “letra” (Ramos 69). Así, durante el siglo XIX se va conformando la *república de las letras* con la ampliación de espacios públicos en los que se desenvolvía el letrado para ganar terreno dentro del campo intelectual.

Pues bien, una vez señalado el carácter del campo intelectual, trazaremos las coordenadas del mapa intelectual alfonsino. La formación intelectual de nuestro autor estuvo marcada en su juventud por un movimiento de ideas, me refiero a la Generación del Centenario o del Ateneo de la Juventud. Las características generacionales que perdurarán en la vida y obra de Alfonso Reyes serán: la vocación educativa, los ideales humanísticos y la importancia de las instituciones.

En los siguientes apartados echaremos una mirada a la vocación y formación cultural de Alfonso Reyes sustentada en las instituciones públicas y privadas, a la par de un campo intelectual emergente, el de los intereses del Ateneo de la Juventud.

2.2 EL IDEAL HUMANÍSTICO DE UNA GENERACIÓN

Durante la primera década del siglo XX, ciertos acontecimientos afectaron las decisiones de un joven escritor que se encontraba en la definición de su vocación. Durante este tiempo se gestaron grandes movimientos intelectuales y políticos que repercutieron en las siguientes décadas. Por una parte, la crisis social, política y económica del país llevó a una revolución social; y por otra, la escasez de

materias humanísticas y la emergencia de una clase intelectual joven participativa y preocupada por las artes, provocaron una “revuelta cultural”.

Alfonso Reyes y algunos de sus compañeros de escuela gozaban de los beneficios de pertenecer a la clase dirigente, pero también tenían grandes desventajas que limitaban su ejercicio público, porque el poder político, económico e intelectual estaba en unos cuantos. Ante este monopolio del conocido grupo de los Científicos,⁵ la nueva “savia”, animada por algunos positivistas como Justo Sierra y Porfirio Parra, reclamó la esterilidad de los cursos educativos ausentes de materias humanísticas. Fue en la educación donde encontraron un medio para institucionalizar las humanidades.

La generación del Centenario no trató sino de eliminar de las aulas una filosofía que ya no satisfacía escondidos anhelos de renovación. Lo que buscó fue una filosofía que justificase estos anhelos. Socialmente sus miembros pertenecían a ese grupo al que siguiendo a Sierra he llamado burguesía mexicana: pero eran poseedores de cualidades que habían faltado a sus mayores, entre las que se destacaba la de humanismo y afecto por lo popular (Zea 442).

En ese entonces, Alfonso no era don Alfonso Reyes, el prolífico escritor reconocido, sino tan sólo un joven privilegiado con ciertas afinidades literarias, que se encontraba en el lugar y el momento adecuado para dar un impulso a la historia de las letras nacionales. Sin duda, resaltaba por su apellido, por ser hijo del general don Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, el tercer hombre más importante del país después de Díaz y de Limantour. Sin embargo, no coincidía con los intereses políticos y militares de su padre, pero sí con el gusto por la literatura. Con respecto a su formación educativa, Henríquez Ureña apunta que:

⁵ Los Científicos, según James D. Cockcroft, eran un grupo selecto de intelectuales, profesionales y hombres de negocios que compartían la filosofía de los positivistas y el darwinismo social expresados en las obras de Auguste Comte y Herbert Spencer, y quienes lograron influir en las instituciones educativas de México, sobre todo, en la política nacional (56). En “Pasado inmediato”, Reyes dice que los Científicos eran dueños de la Escuela y que su filosofía había derivado hacia Spencer, aunque la mayoría de los directores temían a la transformación. Este grupo se incorporó al gobierno en 1882, a pesar de que la mayoría no eran en “sentido estricto” positivistas, hicieron suya una “ideología científicista” para justificar su dominio y su interés por ser los herederos del poder de Díaz. El problema de la filosofía del Positivismo lo aborda Gabriel Vargas en su más reciente trabajo publicado (30).

Su cultura era, en parte, fruto de la severa disciplina de la antigua e ilustre Escuela Preparatoria de México; en parte, reacción contra ella. [...] Pero Alfonso Reyes fue uno de los rebeldes: aceptó íntegramente, alegremente, toda la ciencia y toda su disciplina; rechazó la filosofía imperante y se echó a buscar en la rosa de los vientos hacia dónde soplaba el espíritu. Cuando se alejó de su *alma mater*, en 1907, bullían los gérmenes de revolución doctrinal entre la juventud apasionada de filosofía (Henríquez Ureña 295).

En “Pasado inmediato” Reyes evoca la Escuela Nacional Preparatoria, que “fue la base de todas las carreras liberales, la única que abarcaba la doctrina educacional de la época” (205). Junto con su generación compartía una inconformidad con el sistema educativo del Porfiriato: un Positivismo anquilosado, aunque algunos ateneístas no tenían una postura radical, pues varios tenían una opinión favorable de esta filosofía.

Su inconformidad con el *Positivismo* es, quizá, la cualidad más notoria del grupo. El positivismo, base ideológica de la dictadura porfirista, que fue refutada públicamente por los ateneístas: al darwinismo social, opusieron el libre albedrío y el sentimiento de responsabilidad humana que debe presidir la conducta individual y colectiva; al fetichismo de la ciencia, la investigación de los primeros principios, la búsqueda concerniente a las primeras causas de la vida y del mundo; a la actividad de circunscribir la investigación a los hechos positivos, la necesidad de volver a las fuentes puras de la filosofía y de las humanidades (Hernández 18).⁶

A falta de escuela, la generación se volvió autodidacta en temas humanísticos. Comenzaron los cenáculos, las tertulias, las mesas de discusión, reuniones en las que se congregaban a leer y discutir temas filosóficos y humanísticos, pero sobre todo, se dedicaron a plantear las bases de un proyecto educativo.

Nunca faltaron centros de reunión, pues estaban las librerías, bares y cafés. En estos sitios se encontraba la élite, integrada por aquellos que podían comprar las últimas novedades traídas de Europa, o aquellos que se reunían a comentar las literaturas de otras latitudes; en fin, un cúmulo de letrados,

⁶ Esta característica adjudicada a los ateneístas tiene que desmitificarse y no generalizar un ánimo que particularmente se manifestaba distinto en cada integrante del grupo. Quizá deban plantearse otras lecturas al respecto, como el por qué de tales concepciones; o bien, indagar en qué medida lo anterior se cumple leyendo entre líneas nuestra historia de la cultura y de la literatura.

maestros unos y estudiantes otros. Jesús Valenzuela (1856-1911), en cuyo hogar se reunían varios representantes del Modernismo, abrió las puertas del local de *Savia Moderna*, patrocinando así la libre cultura:

[...] Este sitio fue la meca de escritores, artistas plásticos y músicos de la bohemia urbana. [...] El local de la *Revista Moderna* fue un puerto seguro y cálido para todo aquel que quisiera unirse a la farándula. No había otro propósito que el de reunir a los amantes de las letras y de las bellas artes en un ambiente íntimo y cordial, ni más formalidad que la prescrita por la buena educación (Quintanilla 43).

La congregación de artistas y escritores encontró sitios más intimistas. Las casas de amigos y colegas, como la de Antonio Caso o Alfonso Reyes, fueron espacios de lectura y discusión. Compartían una misma pasión por los clásicos y los filósofos: Schopenhauer, Nietzsche, [William] James, Kant, Boutroux, Bergson y, sobre todo, Platón (Hernández 12).

Las tertulias crecieron y se fundó la Sociedad de Conferencias en 1907. Causas inmediatas de esta expresión fueron el descontento general por la docencia positivista y la inquietud por nuevos saberes. El espíritu que impulsó la realización de las conferencias era un ideal humanístico. El principal propósito de esta asociación, como se deduce del nombre, había de consistir en organizar conferencias públicas para propagar el amor a las ideas nobles y bellas (13). De este modo, los ateneístas pasaron del espacio privado al público, y con ello, sus acciones y también las que provocaban sus discursos se exponían a la vista de todos.

Los “caudillos culturales”, según Enrique Krauze, que defendieron la enseñanza de la filosofía y la literatura en sus planes de estudio apostaron por un nuevo proyecto educativo por la vía de las humanidades. Sin embargo, no estudiaron a los clásicos sólo por hacer gala de su amor por el saber, antes bien, el espíritu humanístico les infundió la enseñanza, el placer estético y la disciplina moral: “[...] las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son

enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Matthew Arnold,⁷ fuente de disciplina moral. Acercar a los espíritus a la cultura humanística, es empresa que augura salud y paz” (Henríquez Ureña 600).

La cultura helénica como modelo abasteció a la nueva generación de virtudes humanísticas: el cultivo del espíritu y del pensamiento, el amor a la sabiduría, a la cultura y a las expresiones artísticas. Pedro Henríquez Ureña, años más tarde dirá que Grecia fue para su generación: “inquietud del espíritu, ansia de perfección, maestra de la discusión y de la utopía [...] ejemplo de toda disciplina [...]” (600). En efecto, un halo de renovación cultural atravesaba las conferencias. El humanismo de la generación, al igual que el renacentista, exaltaba la cultura clásica “no como adorno artístico, sino como base de formación intelectual y moral” (601). Al mismo tiempo, se buscaba definir el espíritu nacional con base en el paradigma de la Grecia antigua, es decir, el retorno a los clásicos contribuyó a la reconstrucción de la nación y de sus ciudadanos, proyecto puesto en marcha ya desde el siglo XIX. También había una necesidad de identificarse en las expresiones externas, no sólo las de la Antigüedad, sino también en las que ocurrían en su mismo tiempo, pero en diferentes latitudes. El interés cosmopolita de la generación sirvió para asimilar las distintas culturas y encontrar un sentido a sus inquietudes.⁸

Años más tarde la generación volverá sobre sus recuerdos y contará lo sucedido desde su propia experiencia, principalmente sobre su participación en el proyecto cultural educativo. El testimonio de Reyes lo confirma en “Pasado inmediato”: “Quien quisiera alcanzar algo de Humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela” (109). De este modo, las conferencias

⁷ Matthew Arnold (1822-1888) se distinguió por su obra poética y crítica; de esta última destacan: *Essays in Criticism* (*Ensayos de crítica*) y *Culture and Anarchy* (*Cultura y anarquía*).

⁸ Años más tarde, el tema de lo universal y lo nacional se hará eco en la famosa polémica de 1932 en la que Alfonso Reyes defiende que para ser nacionales hay que ser generosamente universales.

organizadas demostraron la capacidad autodidacta del grupo para planear sus sesiones de estudio y reflexión de los temas vedados por el Positivismo, como lo explica Reyes en “Nosotros”:

El Positivismo mexicano, que era una reacción liberal, borró de sus tablas el latín, porque el latín y la Iglesia eran la misma cosa y con el latín borró la literatura. ¡Extrañas asociaciones que sólo una vez se producen en la vida de los pueblos! Toda cultura fundamental desapareció, todo humanismo se perdió. Durante este breve periodo, la literatura mexicana tuvo que ser una literatura de aficionados, de letrados sin *letradura*. Pero quiso la suerte que en ese grupo de autodidactos hubiera algunos cuyo sentido de la belleza fuera muy superior al que pudieron tener (si alguno tuvieron) los viejos discípulos de seminario (481-482).

Dicha reacción contra la doctrina positivista vino a mover los ánimos de la juventud que reclamaba el estudio de las humanidades, principalmente, el estudio de la literatura.⁹ La generación se identificaba como heredera de los modernistas, estudiaban la literatura clásica y las nuevas corrientes europeas; incluso, entre los integrantes del grupo había asiduos a la poesía, como el joven Reyes.

Los letrados, la mayoría estudiantes de ingeniería, jurisprudencia y arquitectura comenzaron con su campaña cultural,¹⁰ pues a los ciclos de conferencias se sumaron varios actos de tono político, como la manifestación de 1907, en la que defendían un poder centralista cultural, y de paso, rendían homenaje a Manuel Gutiérrez Nájera; o como la realización de una exposición de pintura, el homenaje a Gabino Barreda, más ciclos de conferencias de temas nacionales, cosmopolita, positivistas y helénicos, aunque no se llevaron a cabo las conferencias de este último asunto. Lo que buscaban era un lugar donde enunciar, pues reclamaban un espacio que les había sido negado para legitimar su forma de conducirse en público y privado, que va desde el modo de asociarse, hasta la construcción de discursos

⁹ Es conveniente aclarar que la literatura ya tenía un lugar dentro de los planes de estudio de la Escuela Nacional Preparatoria, pues se enseñaba Literatura General y Literatura Española y Patria, según las boletas de aprobación del curso del joven Reyes (Martínez Carrizales 2001b: 656-657). A pesar de esto, los ateneístas abogaban por un estudio más sistemático, con fundamentos de filología y con la inclusión de autores desestimados por el Positivismo, tanto nacionales, como europeos, tal es el caso de estudios sobre Sor Juana, Góngora o Nietzsche.

¹⁰ En *Pasado inmediato*, Alfonso Reyes presenta las “batallas” de las campañas, la primera de 1906 a 1910 resumida en diez facetas, y la segunda con cuatro, hasta los peores años de 1914 a 1916.

pronunciados y escritos, y consolidarse así en el campo intelectual. En este sentido cabe recordar que todo acto cultural de creación o consumo, encierra la afirmación implícita del derecho de expresarse legítimamente, y por ello compromete la posición del sujeto en el campo intelectual y el tipo de legitimidad que se atribuye (Bourdieu 2002: 33).

Los actos culturales de los ateneístas, la mayoría de tintes políticos, dejaban en claro que aquella generación que se había concentrado en la capital del país aventajaba a otros grupos intelectuales de la periferia, del interior de la República. Por otra parte, se deslindaban de aquellos intelectuales que no participaban de sus ideas, principalmente de las “momias positivistas”, lo cual no impidió que tuvieran como adeptos a Sierra, Parra u otros. Al margen de estos acontecimientos, otro tipo de campañas, de índole política, crecían y se difundían entre los descontentos por el régimen de Díaz. La campaña cultural de los jóvenes se consolidaba paulatinamente y su propuesta se centraría más adelante en la educación.

El monopolio del poder de los Científicos y del régimen fue relevado progresivamente a una nueva generación que se autorizaba a sí misma a legitimar sus actos en el campo intelectual, pues se había formado para ello desde el seno de las instituciones porfiristas. De este modo, el poder se trasladó de una élite a otra, es decir, de una vieja élite positivista a una nueva generación de jóvenes que ya gozaba de privilegios, como el estudio o la pertenencia a una asociación cultural. En este sentido, el cambio de poder significó un cambio de roles, y los antes dominados velaron por sus intereses, pero también hicieron lo que creyeron conveniente para otros. La preocupación por el pueblo, por causas sociales, la educación, por ejemplo, tuvo como remedio inmediato la fundación de la Universidad Popular a finales de 1912 para llevar cursos de humanidades y ciencias a los obreros. La coyuntura política, económica y social ayudó a que el grupo se interesara en otros campos, no sólo el político, sino también el social y provocara distintas manifestaciones, como nuevos discursos y formas de

enunciación. Lo que diferenciaba a las generaciones habría de ser, entre muchas cosas, el proyecto educativo inspirado en la tradición clásica dirigido a todos los sectores de la población. Por una parte, el poder del campo intelectual, aquél por el que se luchaba con actos culturales, le daba al letrado una vía para su profesionalización, un reconocimiento y una autoridad; y por otra, el poder del campo social le permitía al letrado acercarse al ámbito educativo, lugar en que podía desarrollarse profesionalmente. Esto se cumpliría en el orden de los sucesos históricos que marcaron el desarrollo de otras acciones.

Hacia 1909 la labor de estos jóvenes que ya tenían injerencia en la cultura del país se institucionaliza. Bajo el nombre de “El Ateneo de la Juventud” comienzan las sesiones y se unen más integrantes. Este grupo supo, con claridad de propósitos, recibir los estímulos de fuera para asumir con madurez la cultura, es decir, para ejercer la libertad cultural y advenir a la modernidad, contando con el rigor y oponiéndose a la improvisación (Caicedo 31).

De la larga lista de intelectuales pertenecientes al Ateneo de la Juventud destaca el nombre de Alfonso Reyes, a quien llamaban “Euforión” porque como el hijo de Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma. Su adivinación de nuevos senderos en la estética, su intensa labor literaria, su dedicación exclusiva al ideal, podréis apreciarla en libros, opiniones y artículos [...] (Hernández 15).

Ciertamente, sobresalía el espíritu helénico de Alfonso Reyes y su interés por el cultivo de las humanidades, inculcadas en el seno familiar y compartidas por su padre. La lírica le atraía profundamente, así como las manifestaciones literarias de la época. “El espíritu helénico de Reyes lo conduce a ser un humanista consciente de la conjunción de tradición y cosmopolitismo, y de orientar la vida y presidir los ideales de formación a través de la simbiosis platónica de la justicia y el arte, bondad y belleza; es decir, darle hospitalidad al ideal estético-ético de los juegos sintetizado en la *kalosagacia* [...]” (Caicedo 33).

El ideal estético-ético tomado de los griegos se refería por una parte a la apreciación de lo bello (*kalós*) y por otra, a lo bueno (*agathós*), lo pertinente, es decir, lo que era honroso decir. En sus estudios sobre poesía mexicana o sobre literatura, Reyes rescata estas virtudes, principalmente las lleva a la práctica en sus primeros estudios y poemas.¹¹

El espíritu humanístico ayudó a Alfonso Reyes a definir su vocación cuando estudiaba su educación preparatoria, pues dudaba si dedicarse a la vida pública o a la creación intelectual. Explora la lírica; algo hay en él del virtuosismo orador y su espíritu crítico se asoma cuando comenta sus lecturas favoritas. Su paso por la Escuela Nacional Preparatoria y por la Escuela de Jurisprudencia le sirvió para asociarse con sus compañeros en pro de la libre cultura, jóvenes que al igual que él se sentían comprometidos con su labor, a pesar de que el joven Reyes se desenvolvía bajo el amparo de su apellido, y de que sus maestros le tenían gran predilección.

Corría en sus venas también el espíritu político de su padre y sus hermanos. Sin embargo, eligió las humanidades como modo de vida. Su padre, según cuenta Susana Quintanilla, pensaba que el estudio de la literatura era un agradable pasatiempo, pero no una profesión. Al no existir una institución que cubriera sus necesidades se decidió por la carrera de abogacía:

Tras renunciar al plan de estudiar en Nueva York, Alfonso Reyes se instaló de nueva cuenta en la ciudad de México y realizó los trámites para obtener su “pase” a la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Su vocación no era la abogacía, sino la literatura. Estaba más convencido que nunca de que ésta era su llamado; para cumplirlo, requería mayor independencia respecto de su parentela y un espacio propio (Quintanilla 113).¹²

¹¹ Su poesía, reunida en *Constancia poética, Obras completas*, t. X, refleja una fuerte influencia clásica. Sus primeros trabajos críticos demuestran el particular interés por la poesía de Luis de Góngora y Argote, Manuel José Othón, Stéphane Mallarmé, entre otros poetas como Eugenio de Salazar y el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Isabel Prieto de Landázuri, Ignacio Altamirano y Joaquín Arcadio Pagaza, estudios de *Cuestiones estéticas y Capítulos de literatura mexicana* (1911), *Obras completas*, t. I; al mismo tiempo, también evidencian las lecturas que formaron al literato y los movimientos literarios que apreciaba y a los que estaba adscrito. Analizar estos ensayos permitirá obtener datos fundamentales sobre la formación intelectual de Alfonso Reyes.

¹² En una nota a pie de página de la *Correspondencia Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, I: 1907-1914*, José Luis Martínez indica que no se conservan las cartas de Alfonso Reyes de 1909 y 1910 (117), papeles fundamentales para conocer el ambiente político, social y cultural a través de los ojos del autor, quien en esos años define su vocación, pues a mediados

El germen de la literatura lo había depositado su padre, pero el lugar donde Reyes encuentra la definición de su vocación es en la escuela, con el apoyo de sus maestros; ahí entra en complicidad con los ideales de su generación, que compartía entre otras cosas, la preocupación por la educación del país.

2.3 EL PROYECTO EDUCATIVO: UNA APTITUD VOCACIONAL GENERACIONAL

La inconformidad general con los planes de estudio del Positivismo condujo principalmente al estudio autodidacta de las humanidades. A consecuencia de esto, se amplió el campo de estudio a todos aquellos que reclamaban sus modificaciones. No obstante, la difusión cultural que realizaron los ateneístas sólo era el comienzo de otra serie de actividades que contribuyeron a la renovación cultural del país.

Personaje importante fue Justo Sierra, quien rápidamente simpatizó con la labor de la generación del Ateneo de la Juventud. Su proyecto universitario, que había fraguado años antes y que estaba por consolidarse, integró al nuevo grupo. Sierra apostaba por la apertura de la Universidad Nacional auspiciada por el Estado, pero libre en su enseñanza. Los ateneístas pronto se vieron envueltos en los planes del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Para 1910, los ateneístas ya habían recorrido un camino sinuoso, lleno de vicisitudes políticas, culturales y sobre todo educativas. Se habían enfrentado directamente al Positivismo en la manifestación en honor a Barreda; contra las protestas y réplicas de escritores foráneos, ocurridas por la manifestación literaria en honor a Gutiérrez Nájera, y otros se habían asociado a un partido político contra el régimen de Díaz. Otras batallas libraría la generación en la siguiente década.¹³

de 1909 Reyes vuelve a la Ciudad de México y se inscribe en la Escuela de Derecho. Para mayores detalles, ver la "Cronología 1884-1914" al final de esa *Correspondencia*.

¹³ Para una bibliografía del Ateneo de la Juventud, resulta imprescindible la lectura de Alfonso García Morales: *El Ateneo de México (1906-1914)* (1992), de Álvaro Matute: "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación" (1993),

La parafernalia que rodeó los festejos del Centenario propició una serie de reflexiones, conferencias, homenajes y discursos políticos. Entre éstos, destacan las conferencias de temas hispanoamericanos que la generación del Ateneo de la Juventud presentó en sus reuniones.¹⁴ También se enmarca en la celebración la inauguración de la Universidad Nacional de México en 1910. El proyecto de Sierra aún no se cumplía del todo, pero la apertura de la Universidad era un gran paso, pues “el tesón y la habilidad de Sierra fueron decisivos en el sumario que concluyó con la ceremonia de inauguración de la Universidad, pero esta hazaña no puede ser atribuida a un sólo hombre. Mucho menos a los intentos del régimen por frenar las inquietudes de las capas medias ilustradas y dar un empleo seguro al ‘proletariado profesional’” (Quintanilla 252).

Así pues, los ateneístas encontraron en la apertura de la Universidad tanto la realización de un sueño común, como el espacio para el desarrollo de su profesionalización. Y es que el campo de poder por el que habían luchado con fuerza y ahínco finalmente estaba por consolidarse bajo el amparo de una institución educativa. Con la agrupación de escuelas y la apertura de cursos se sentaban las bases de la nueva educación, aquella que defendió el grupo animado por Sierra y era impulsada por ideales humanísticos.

[...] Si la Universidad nació fue porque ya existía en la ilusión, pero en la realidad también, el núcleo de una comunidad que aspiraba a profesionalizar su trabajo, a establecer las normas para generar y validar el conocimiento y a lograr autonomía respecto del poder político. Si no la crean la creamos había dicho Henríquez Ureña a Reyes en 1908, cuando el segundo debatía su

de Fernando Curiel: *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud* (2000), *Alfonso Reyes y la Generación del Centenario* (1998) de César Rodríguez Chicharro, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de la Juventud* (2008) de Susana Quintanilla, *Pasado inmediato* de Alfonso Reyes y las *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Las fichas completas se encuentran al final en la biblio-hemerografía.

¹⁴ Las conferencias sobre el Centenario se realizaron en la Escuela Nacional Preparatoria durante los meses de agosto y septiembre de 1910, éstas están consignadas en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pp. 29-112. Tales fueron: “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos” por Antonio Caso (08 agosto 1910), “Los poemas rústicos de Manuel José Othón” por Alfonso Reyes (15 agosto 1910), “La obra de José Enrique Rodó” por Pedro Henríquez Ureña (22 agosto 1910), “El Pensador Mexicano y su tiempo” por Carlos González Peña (29 agosto 1910), “Sor Juana Inés de la Cruz” por José Escofet (05 septiembre 1910) y “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas” por José Vasconcelos (12 septiembre 1910).

vocación y el primero le sugirió como un destino probable la dedicación completa al estudio de las humanidades en una academia verdadera, en México. Dos años y medio después, Caso y Henríquez Ureña serían nombrados secretario y oficial, en ese orden, de la Universidad Nacional de México (Quintanilla 252).

Los letrados egresados de las diferentes escuelas, especialmente de la Escuela de Jurisprudencia, pronto ocuparían los puestos educativos o políticos, aunque en 1925 Pedro Henríquez Ureña en “La Revolución en la cultura en México” remarca que no había entrado en sus planes “asaltar las posiciones directivas en la educación pública, para las cuales creíamos no tener edad suficiente¹⁵ (¡después los criterios han cambiado!) y sólo habíamos pensado en la renovación de ideas.” (*Conferencias* 148). Quizá para algunos la sociedad conformada daba resultados palpables; acaso para otros, la renovación consistía en el máximo logro de su afán educativo. En todo caso, se cumplieron las dos expectativas en la consolidación del poder: para unos, político y, para otros, intelectual, poder en todo caso.

Ese mismo año, el 18 de septiembre, Sierra creó la primera facultad de humanidades, la Escuela de Altos Estudios. Finalmente las letras y la filosofía, entre otras materias humanísticas, se replanteaban en los planes de estudio:

Y la Escuela de Altos Estudios podrá decir más tarde que, en estos tiempos agitados, supo dar ejemplo de concordia y de reposo, porque el esfuerzo que aquí se realiza es todo de desinterés y devoción por la cultura. Y podrá decir que fue símbolo de este momento singular en la historia de la educación mexicana, en el que, después de largas vacilaciones y discordias, y entre otras y graves intranquilidades, unos cuantos hombres de buena voluntad se han puesto, sacrificando cada cual egoísmos, escrúpulos y recelos, personales o de grupo, para colaborar sinceramente en

¹⁵ Es posible que el “Sócrates” del Ateneo haya dicho esto por dos razones: primero, porque estaba consciente de la inmadurez de varios ateneístas, pues estaban en un periodo de formación, varios eran estudiantes y aún no alcanzaban una claridad del pensamiento que les permitiera sopesar su realidad; y segundo, porque a pesar de su experiencia intelectual en varios países y su claridad de conciencia no podía aspirar a algún puesto público alto en México, dada su condición de extranjero, lo que no impidió que se desempeñara como profesor y se interesara en la Universidad Nacional, tema de su tesis profesional. Henríquez Ureña contaba con los discursos, pero carecía del respaldo de las instituciones que lo legitimaran (Agradezco a Leonardo Martínez Carrizales, quien me compartió este valioso comentario). La carta 62 de la *Correspondencia Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña (1907-1914)* resulta reveladora para estas especulaciones, pues en ella Pedro refiere a Reyes la renovación del profesorado en la Escuela Nacional Preparatoria y en otras escuelas.

la necesaria renovación de la cultura nacional, convencidos de que la educación entendida en el amplio sentido humano que le atribuyó el griego— es la única salvadora de los pueblos (Henríquez Ureña 603).

La educación humanística formaría hombres íntegros, responsables, comprometidos con su nación; pero también, grandes educadores, investigadores y especialistas. Su único propósito era formar mejores profesionales. También, como señala Julio Ramos, para los ateneístas las humanidades podían ser el eje de la ‘reconstrucción’, dispositivo de orden. Las humanidades debían cumplir una función superior, vigilante de las otras disciplinas, debían ser lugar de síntesis (226).

Las primeras cátedras de lengua y literatura se dieron en 1913 cuando Alfonso Reyes, siendo secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, crea la sección con la ayuda de Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Enrique González Martínez y otros. Conscientes de la necesidad del estudio de las letras y de que la formación humanista debía ser libre y gratuita, se convierten en profesores de la Universidad Nacional.

En 1912 el Ateneo de la Juventud cambia su nombre por Ateneo de México, se integran más miembros, pero su principal objetivo se conserva: “trabajar en favor de la cultura intelectual y artística.” Fernando Curiel recalca que la divisa es la misma de la década anterior: nueva cultura, nueva literatura, cultivo de las humanidades sofocadas por la ignorante pedantería cientifizante (2000: 379).

Un acierto más se consumaría dos años más tarde, cuando se fundara la Universidad Popular el 13 de diciembre de 1912. La generación del Ateneo llevaba a cabo un proyecto ambicioso, pero no imposible: dar cursos libres y gratuitos al pueblo: “[...] escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias” (213), según cuenta Reyes en “Pasado inmediato”.

Pues bien, los estudiantes inquietos por el saber y el conocimiento de las humanidades se convirtieron en profesores.¹⁶ Con Sierra habían aprendido que el problema de México era un problema educativo. Ésta fue una de sus principales preocupaciones: llevar la educación a las clases populares. La Universidad Popular fundada por ellos tuvo esta finalidad (Zea 442-443). No obstante, no todos los ateneístas compartían el ideal educativo, pues unos abandonaron pronto la empresa al no beneficiarse de él; otros más querían ser pragmáticos y no solamente consagrarse al saber, aunque siempre tuvieron el apoyo de las instituciones.

2.4 LA IMPORTANCIA DE LAS INSTITUCIONES PÚBLICAS Y PRIVADAS

Los ateneístas lograron imponer su política cultural en el régimen porfirista gracias a un plan estratégico para instalarse en el campo intelectual y posteriormente, centralizar el poder. No sólo representaban la nueva juventud, sino también los nuevos ideales, pues ya desde entonces eran actores de su tiempo histórico, algunos desde pupitres de bachiller y otros desde cargos públicos recién adquiridos. Así hacia 1913 cuando Alfonso Reyes se lanza al exilio en Europa, habían fructificado los intereses políticos, culturales y educativos de la asociación; si bien no se habían consolidado todos los proyectos, apenas se contaban con los cimientos.

Las anteriores afirmaciones responden a ese proceso de paulatina incorporación a las instituciones; los ateneístas siempre estuvieron respaldados por ellas o una figura de autoridad a nivel público y privado, porque para los que habían comenzado su labor intelectual era de suma importancia estar adscritos a una institución o vinculados a un representante que defendiera sus intereses.¹⁷

¹⁶ La concepción que tenía Reyes de la enseñanza, de la institución educativa, de la *paideia* y de los medios educativos se verán con más detalle en el capítulo 4.

¹⁷ Para un mejor acercamiento al texto es menester el estudio de las instituciones y el patrimonio cultural, como señala Martínez Carrizales, para poder encontrar influencias, tensiones y recursos que sean señal del intercambio social y cultural

Alfonso Reyes, la mayoría de las veces, estuvo bajo el respaldo de las instituciones. Primero, recibió la educación escolar básica y familiar; posteriormente, sus estudios superiores y la convivencia con sus compañeros de generación influyeron notablemente en su formación, tanto sus maestros como amigos. El joven estudiante regiomontano que migró hacia la ciudad de México para cursar sus estudios preparatorianos se disponía, sin sospecharlo aún, a participar en la revuelta cultural en los siguientes años.

En los avatares de la definición de su vocación tenía un gran peso la imagen de su padre, el general Bernardo Reyes, el letrado y el político. Durante su niñez y juventud, la educación que recibió de los mejores colegios,¹⁸ y la apreciación artística que le fue inculcada incidieron gravemente en la formación de su espíritu propenso por las letras. Cuando el general Reyes no velaba por él fungía como tutor su hermano Rodolfo, pero éste y sus ideas políticas no impactaron tanto en la formación del joven.

Bernardo Reyes fue endiosado por su hijo, incluso Javier Garciadiego en *Alfonso Reyes* (2009) cree que es inadecuado e injusto sobrevalorar la cultura del general, sin embargo, según él, es cierto que con su mecenazgo ayudó a intelectuales y artistas, pues ésta era una costumbre generalizada entre

de una comunidad, pues: “Toda práctica de escritura y de lectura se inscribe en una red de intercambios sociales en la cual circulan bienes de índole cultural; una red más o menos constante, más o menos definida, susceptible de ser descrita y explicada de acuerdo con, por lo menos, dos niveles: uno de ellos concerniente a las instituciones en las cuales los agentes de esta red se organizan, y otro al patrimonio cultural que los agentes ponen en juego en las relaciones que establecen entre sí. El primero de éstos se refiere a las organizaciones estables, colectivamente sancionadas, que modelan y modulan las prácticas de la vida social orientadas a la generación de discursos. El segundo alude a toda clase de instrumentos y recursos de la significación que concurren en las imágenes y representaciones útiles a una comunidad como referencia, capaces de construir una zona de convergencia de los actos de comunicación pública” (2002: 26). En este apartado, someramente me acerco a las instituciones privadas y públicas que sostuvieron y ajustaron las prácticas discursivas de Alfonso Reyes e incidieron en su formación intelectual.

¹⁸ “Sus primeros estudios los hizo en varias escuelas locales: comenzó en la de doña Melchorita Garza, ubicada al lado de su casa; luego pasó al Colegio San Luis Gonzaga, dirigido por doña Manuelita Sada de Treviño; luego estuvo en el Instituto de Varones de Jesús Loretoy, finalmente, en el Colegio Bolívar, del apreciado pedagogo local Emilio Rodríguez” (Garciadiego 2009: 17-18). Durante un tiempo en la ciudad de México estudió en el Lycée Français du Mexique y comenzó su bachillerato en el Colegio Civil de Monterrey, estudios que concluyó en la Escuela Nacional Preparatoria.

los políticos porfiristas¹⁹. El joven poeta se resguardó en el seno familiar; su carácter se fue definiendo mientras su padre se erigía como la principal institución de la que obtenía enseñanzas, pero sobre todo órdenes:

[...] la costumbre del “señor general don Bernardo Reyes” de resolver las cuestiones domésticas con mandatos militares y la de sus vástagos de hacer todo como si fuera una tarea obligatoria. El general había decidido (él siempre decidía) que Alfonso fuera a Nueva York para que estudiara lo que quisiera en la Universidad de Columbia, viera museos, viajara, mejorara su inglés y quizá abandonara la idea de ser poeta. Como pasatiempo, la poesía era tolerable y hasta bienvenida; como profesión, era indigna, o más bien no era una profesión. (Quintanilla 81).

A pesar de las indicaciones de su padre, Alfonso Reyes continuó con sus inquietudes líricas, estudió la carrera de abogacía y exploró cuestiones literarias y filosóficas que le atraían en sumo grado. Más tarde, siguió amparado en la institución de su familia, de sus hermanos, de su apellido y todo lo que le brindaba las comodidades de pertenecer a una élite en el poder. No obstante, el hijo menor del general Reyes no aspiraba a algún cargo, pues siempre estuvo afligido por la situación política del país y por la decadente salud de su padre, según consta en la correspondencia que sostuvo con Henríquez Ureña:

[...] Estoy triste: me aflijo mucho por la situación de mi padre y veo que se desvanece la esperanza que tenía, que he tenido desde hace mucho, de vivir a su lado cómoda y felizmente, siquiera dos años. [...] Quisiera salirme de México para siempre, aquí corro riesgo de hacer lo que no debe ser objeto de mi vida. Como no tengo entusiasmos juveniles por las cosas épicas y políticas, ni la intervención *yankee*, ni los conflictos me seducen gran cosa. Preferiría escribir y leer en paz y con desahogo. Sin embargo, me temo que mi situación familiar me orille a pasar dificultades que yo no buscaré y a pagar culpas que no son mías [...] (Carta 31: 169).

Reyes dejó consignado en el soneto “9 de febrero de 1913” y en su “Oración del 9 de febrero” el dolor que le causó la pérdida de su padre, aquel aciago día de su muerte. Sin duda, a lo largo de su

¹⁹ Bernardo Reyes pagó los gastos de la edición del *Ariel* en Monterrey, donde se imprimió en 1908. El libro también tuvo una “edición modesta” realizada por Porfirio Parra, director de la Escuela Nacional Preparatoria (Ver Leonardo Martínez Carrizales, “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana”, *Literatura mexicana* XXI.2, 2010, 51-73).

obra encontramos remembranzas de la institución que fue su padre, sus recuerdos, su amor filial, sobre todo, la muerte trágica del “Cristo militar”, del “varón de siete llagas”.²⁰

Cuando Reyes encuentra en *Savia Moderna*, y más tarde en la Sociedad de Conferencias, un grupo de compañeros interesados en las letras, la filosofía y el arte, aquellas humanidades de las que eran “ayunos”, amplió su círculo de amigos, en lo que más tarde serían sus contactos profesionales. La institución privada pasó del anonimato a hacerse pública, pues se difundieron los intereses comunes de un sector de la juventud estudiantil capitalina. Por una parte, la libre reunión entre compañeros favoreció la discusión y esbozos de crítica intelectual y por otra, Reyes apreció las nuevas amistades y las enseñanzas compartidas. Es menester decir que más tarde, Alfonso Reyes será recordado por su simpatía y amistad, una larga correspondencia lo delata, pues las ideas afines y otros intereses hicieron que se asociara con una gran cantidad de personas. Incluso, el cúmulo de amistades sirve de red de vasos comunicantes y se erige como una institución de la que abrevó cada vez que necesitó apoyo, comprensión, impulso y patrocinio de diferentes proyectos.

Destaca de sus grandes amigos, su mentor Pedro Henríquez Ureña, quien era la conciencia intelectual del grupo, porque “estudiaba, criticaba y difundía el movimiento intelectual contemporáneo de Hispanoamérica” (Martínez Carrizales 2001a: 76). Reyes anotará sobre él lo siguiente en “Pasado inmediato”: “En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pensando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el

²⁰ Así llama Reyes a su padre en el soneto “9 de febrero de 1913”, compuesto en 1933. Cf. *Obras completas*, t. X, 146-147. El estudioso Rogelio Arenas Monreal, en *Alfonso Reyes y los hados de febrero*, México, UNAM/Universidad Autónoma de Baja California, explora la imagen “militar y romántica” que tenía Reyes de su padre y que se relaciona en sus memorias y poesías, especialmente en *Ifigenia cruel* (1924), poema dramático. Por su parte Leonardo Martínez Carrizales analiza el soneto y la *Oración del 9 de febrero* (1963) y destaca que Alfonso Reyes “se refiere a las estrategias del discurso, a las convenciones del género y las vinculaciones del texto con el horizonte social de su lectura” (2003: 479).

de más años. No hay entre nosotros, ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó” (205).

En efecto, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes compartían las mismas lecturas e inquietudes, también el dominicano fue un hijo privilegiado, aunque con marcadas diferencias²¹, que pronto se inició en ejercicios críticos. Susana Quintanilla resalta sus diferencias: “Cuando se conocieron, Pedro ya se consideraba un hombre de letras (incluso tenía una obra ‘importante’ publicada); en cambio Alfonso apenas entreveía la posibilidad de ser escritor. Desde niño, el dominicano exhalaba madurez y sabiduría; todo era ánimo de ser mayor. Por el contrario, el mexicano disfrutaba su situación de benjamín” (73).

Gracias a Henríquez Ureña, Reyes logra desarrollar un espíritu más crítico y una cualidad autodidacta, porque debido a las enseñanzas de aquél, éste comienza a escribir para otros lectores, ya no su familia o amigos, sino un público más especializado, porque si él deseaba instalarse en el campo intelectual tenía que dialogar con sus colegas a un mismo nivel. Por ello, su maestro: “[...] su amigo y preceptor imperioso, Henríquez Ureña, lo empujaba sin reposo ni piedad para sus propensiones sentimentales y sus ocasionales disipaciones, a estudiar más, a saber más, a corregir y pulir cuanto escribía, a desconfiar de su facilidad, a endurecerse, a encontrar tiempo para estar en la calle y en la vida, y saberlo todo al mismo tiempo.” (Martínez 1986: 13).

²¹ Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), hijo de abogado, médico, diplomático y político y de poetisa y educadora; su padre, Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), ministro de Relaciones Exteriores y presidente de la República Dominicana (1915-1916); su madre, Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897) fue destacada personalidad literaria e impulsó la participación femenina en la educación. De ahí que tuviera una sólida educación política, humanista e intelectual y un patrimonio cultural e ideológico distinto al de cualquier ateneísta, lo que creó un espacio propicio para el diálogo y la discusión. Para más información sobre su biografía ver *Memorias. Diario. Notas de viaje*, Enrique Zuleta Álvarez (intr. y notas), México, FCE, 2000, (Biblioteca Americana). y consultar el sitio web <<http://www.cielonaranja.com/paginaphu.htm>> [Consulta: 21 de noviembre de 2011], cuyo responsable, el estudioso Miguel D. Mena está preparando las obras completas del dominicano.

Ya en la Escuela Nacional Preparatoria, debido a sus participaciones oratorias y literarias, Reyes era apreciado por sus maestros y compañeros. La institución pública respaldaba sus acciones y también la familiar. Sin embargo, es cuando estudia en la Escuela de Jurisprudencia y se enfoca en sus propios intereses, tanto escolares, como culturales, y comparte con el Ateneo de la Juventud los primeros pasos de un proceso de profesionalización, pues como él dejó anotado en “Pasado inmediato”: “Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactas” (205).

De todos los rasgos que definen al grupo del Ateneo, son la disciplina y la exigencia intelectual las cualidades que más cultiva Reyes. Si el antecedente inmediato de la asociación fue la Sociedad de Conferencias en la que diferentes ateneístas se reunían y exponían sus apreciaciones sobre determinada obra, entonces Reyes había practicado tenazmente ejercicios intelectuales que le demandaban organización y disponibilidad para dicha empresa. Las conferencias, que hace ya una centuria nos dejaron los ateneístas, son al parecer esbozos de una crítica naciente, esfuerzos de erudición de una intelectualidad mexicana que reclamaba conocimientos a principios del siglo pasado, aunque carezcan, para algunos lectores contemporáneos, de apreciaciones, valoraciones y juicios determinantes bien logrados.²²

“Nosotros” (1912-1914)²³ significa el momento cúlmine del movimiento. En estos años se conforma una conciencia más profunda del grupo, de su quehacer cultural. Es necesario remarcar que las labores ateneístas para este tiempo estaban en sintonía con las corrientes ideológicas del momento.

²² José Vasconcelos, nos cuenta José Luis Martínez, que chocaba con Henríquez Ureña y Reyes, pues “su relación con el grupo ateneísta fue más bien conflictiva. Él parecía buscar, desde entonces, un pensamiento para la acción y desdénaba el conocimiento puro, la formación intelectual sin propósitos utilitarios. Sentía amistad y respecto intelectual por Antonio Caso, al que consideraba verdadero iniciador de la renovación intelectual; mientras que a Pedro Henríquez Ureña lo llamaba ‘espíritu formalista y académico’ [...]”. (Martínez 1986: 161).

²³ Revista literaria publicada por González Guerrero, Gregorio López y Fuentes y Rodrigo Torres Hernández. El “Nosotros” de Reyes es el testimonio fehaciente de la labor intelectual del Ateneo de la Juventud. Fue publicado por primera vez en 1913 “en París en *La Revista de América* y luego en México en la revista *Nosotros* en el número 9 de marzo de 1914. Posteriormente ampliará esta crónica que se convertirá en 1939 en ‘Pasado inmediato’, que encabeza su libro *Pasado inmediato* de 1941, *Obras completas*, t. XII.” (Martínez 1986: 201).

Por una parte, convivían ideales grecolatinos con las nuevas literaturas europeas; por otra, se guardaba respeto por el modernismo y las letras nacionales. Eso permitió un diálogo con la configuración de ideas, tanto nacionalistas, como cosmopolitas.²⁴

El Ateneo de la Juventud refleja en su conformación un proceso de institucionalización desde 1906 con los antecedentes de *Savia Moderna* (1906) y la Sociedad de Conferencias (1907). En las formas de enunciación (discursos, conferencias, manifestaciones, publicaciones, etc.), que se localizan en las etapas de la asociación, se entrevé la posición crítica de sus integrantes, su ideología cultural, política y educativa. Su participación en la Escuela de Altos Estudios y en la Universidad Popular legitima su actuación en la cultura mexicana. Las humanidades fueron dispuestas para el proceso de su institucionalización, especialmente la literatura. El cruce de intereses de los ateneístas converge en distintas áreas, pero en un balance final Alfonso Reyes definió su vocación a partir de esto y aprendió a ser crítico, conferencista, escritor²⁵ y profesor, oficios que demandaban ser atendidos por un intelectual en “vías de desarrollo”.

2.5 EL COMPROMISO DEL INTELECTUAL

Después de la muerte de su padre, Alfonso Reyes se titula rápidamente de la Escuela de Jurisprudencia el 16 de julio de 1913; Huerta lo requiere como secretario particular, pero Reyes rechaza el cargo y en su lugar es designado Segundo Secretario en la Legación de México en Francia en agosto de ese mismo

²⁴ Con esto me refiero también a las diversas poéticas y corrientes que convivían en la primera década del siglo XX: el Realismo, Costumbrismo, Naturalismo, Romanticismo, Modernismo, Parnasianismo, Simbolismo, Decadentismo, Futurismo, entre otras; unas corrientes europeas, y otras hispanoamericanas.

²⁵ Sus principales obras publicadas como ateneísta fueron: su conferencia “Los poemas rústicos de Manuel José Othón”, leída el 15 de agosto de 1910; su estudio “Sobre la estética de Góngora”; su primer libro *Cuestiones estéticas*, publicado en París en 1911 (sobre las Electras, Góngora, Goethe y Mallarmé y su estudio del mismo año, titulado “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”.

año. De esta forma, Reyes se embarca hacia Europa.²⁶

Fuera de México, Reyes perfeccionó la profesionalización de su escritura, cuando encuentra en las letras su único sustento, pues “para ganar el pan con la pluma había que escribir mucho”. La distancia también hace que aclare sus sentimientos y reflexione sobre la situación cultural de México, porque “su papel esencial como hombre de letras se vinculó con el universo académico, literario, cultural y periodístico” (Rodríguez IX).

Su estancia en París por un año, le permitió aprender a ser diplomático y escritor. En sus *Memorias y Diario*,²⁷ Reyes nos da cuenta de las experiencias que obtuvo en Europa, sobre todo, enumera sus nuevas amistades y vínculos entre artistas, editores, escritores, etc., una “red de relaciones creadas entre los intelectuales latinoamericanos, franceses y españoles que tanta importancia tendría durante los siguientes treinta años[...]” (Martin 216).

Poco duró su cargo de diplomático, pues el derrocamiento de Huerta y el estallido de la Primera Guerra Mundial hicieron que se refugiara en Madrid, donde permaneció 10 años. Durante ese tiempo, Reyes adquirió instrumentos filológicos, de investigación y crítica. Trabajó en el Centro de Estudios Históricos y fue colaborador en la *Revista de Filología Española* al lado de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás y otros. De 1915 a 1920 estudió a numerosos autores españoles, realizó trabajos pequeños como prólogos a ediciones del Arcipreste de Hita, Lope de Vega, Juan Ruiz de Alarcón, Pedro Calderón de la Barca, Luis de Góngora y Argote, Francisco de Quevedo y

²⁶ En este último apartado adelantaré algunos puntos que con mayor detenimiento abordaré en el último capítulo; en éste, me interesa destacar los años de 1906 a 1913 de la formación intelectual de Alfonso Reyes, sobre todo, porque encuentro en esta etapa de su vida, las raíces de su pensamiento, las bases sobre las que asentó sus proyectos culturales. Sin duda, su estancia en Europa y Sudamérica fue decisiva, principalmente, para la profesionalización de su escritura y la construcción de redes intelectuales.

²⁷ El tomo que alberga sus memorias es el XXIV de sus *Obras completas* editadas por el Fondo de Cultura Económica. La edición de su *Diario 1911-1930* es de la Universidad de Guanajuato, 1969.

Villegas, Baltasar Gracián, *El Cantar del mío Cid*, etc. Fiel a su vocación literaria continuó escribiendo con pasión y dedicación en esos “días heroicos y claros de Madrid” que describe en su *Diario*.

En su periplo diplomático es donde confirma su vocación, leyendo, redactando artículos e investigando con tesón hasta convertirse en escritor de tiempo completo, pues como dice Martínez Carrizales: “Con esa disciplina se tensaría su voluntad y se templaría su vocación. Vocación y voluntad, a fin de cuentas, el saldo más perdurable de este pasaje en la vida de Alfonso Reyes” (2001a: 121). Posteriormente, en 1920 regresa a sus labores diplomáticas y durante dos décadas goza, al igual que otros, de los beneficios de esa carrera. En adelante, Reyes fungió como emisario cultural de México en Francia, Argentina y Brasil, “época en que su proyecto literario alcanzaría su redondez plena” (1999: 58).

De aquel joven poeta universitario de 1913 sólo quedan fotografías y sus primeras obras. Cerca de treinta años después, vuelve a México convertido en don Alfonso Reyes; su señorío y renombre lo debió al proceso de su formación intelectual que inició con la generación del Ateneo de la Juventud y consolidó en su estancia en Europa y Sudamérica.²⁸ El contexto sociopolítico cultural le permite ser un intelectual, autodidacta, reflexivo, principalmente, “intérprete de la experiencia contemporánea y comentarista de la cultura de su tiempo”,²⁹ como apunta Ordóñez (38).

²⁸ Sin embargo, Jordi Gracia refiere textos, como *Anecdotario* o su correspondencia con José María Chacón y Calvo, en los que Reyes “está atravesado de amarguras” porque “la vuelta a México en 1939 es complicada, primero llega después de veinte años de ejercicio diplomático, segundo porque regresa con la autoridad de un hombre prolífico, crecido y acogido en las élites de la vida política y la vida literaria, y tercero porque nunca ha dejado de estar allí, y eso mismo es casi lo peor...” (Gracia: XX). Por ende, Reyes necesita legitimar su posición en el campo intelectual y reconstruir su figura intelectual y deshacer su imagen de “tipo engreído, inaccesible, criado en aire de invernadero, y que apenas resistía la democrática experiencia de cruzar la calle” (*Obras completas*, t. XXIII, 321). En la última parte del capítulo 3 volveremos a esto.

²⁹ Alfonso Reyes, tiempo después en “Homilía por la cultura” remarca la importancia de la cultura. Ésta se extiende a la tarea del diplomático que consiste en reforzar los lazos de solidaridad entre las naciones: “[...] reconstruyamos con una voluntad permanente, nuestra unidad necesaria. Ésta y no otra, amigos míos es la tarea de la cultura. [...] La cultura es una función unificadora. Los fenómenos se *estudian* y se *describen* por partes, pero *existen* en manera de continuidad” (207). En este sentido, se puede concebir a la diplomacia como una forma de cultura, porque como embajador cultural compartió conocimientos y experiencias y buscó siempre transmitirlos; igualmente, la cultura, concebida como una forma de diplomacia, debe acercar y unir a las naciones. Por otra parte, Reyes concibió a la diplomacia como una forma de vida

Alfonso Reyes, el hombre de letras, se convierte en intelectual y gana este título a pulso tanto por su obra como por su quehacer político-cultural³⁰. Él, quien en la década de los veinte se consideraba poeta, años más tarde no se avergüenza de ser nombrado “humanista” porque denota “una persona decente en el orden del pensamiento, consciente de los fines y de los anhelos humanos” (*Obras completas*, t. XXIII, 318). A lo largo de su vida se caracterizó por el cultivo de las humanidades, especialmente de las letras; su participación activa como crítico de su acontecer cultural hizo que su trabajo humanístico inspirara a otros, como “espíritu de solidaridad en el mundo intelectual” (Caicedo 34). Una vez constituido como autoridad en la cultura por su capital intelectual: su cúmulo de experiencias y saberes, su obra publicada y su respaldo institucional, fungió como conferencista, catedrático, director de centros educativos y sobre todo como promotor de la cultura. Ramos apunta que: “la marginalidad y el exilio del arte permitió la especificación del lugar del escritor *dentro* de la sociedad, e incluso la ampliación relativa de las funciones públicas del escritor, del *literato*, sobre todo a raíz del impacto que los ensayistas del 900 llegan a ejercer sobre la educación, y también a raíz de la identificación, ya comprobable en Martí, de lo ‘cultural’ con el ser latinoamericano, opuesto al poder económico de ellos” (209). Por tanto, Reyes había rectificado su posición en el ámbito político-cultural en la sociedad internacional y nacional, utilizando su lugar como funcionario público para enunciar su discurso en pro de la cultura de las cuestiones educativas y de la responsabilidad social del intelectual, tanto de México como de Latinoamérica y el resto del mundo.³¹

(quizá por estrategia), no sólo por su capacidad de tejer relaciones intelectuales, sino también por su personalidad, específicamente por su *ethos*, por su carácter ecuánime, tolerante, equilibrado, conciliador y diplomático, pero en el sentido más positivo del término: el que refiere a la simpatía, amabilidad y cortesía.

³⁰ Ante todo, Alfonso Reyes es un escritor. Como puede observarse a lo largo de esta investigación, Reyes progresivamente adquiere el título de intelectual por su forma de conducirse, tanto por su humanismo, como por su compromiso social, pero especialmente, por la moralidad que caracteriza su ejercicio. En el capítulo 4, ahondaré con más detalle sobre la moral y el humanismo del ensayista.

³¹ Monsiváis hace un encomio de Alfonso Reyes, por “su dedicación cotidiana, su maestría prosística, su decisión de ser en primer y última instancia un escritor”, pues sentó las bases del profesionalismo de la escritura. También destaca sus virtudes

En el siguiente capítulo se reflexionará en torno al ensayo, género en el que Reyes se confiesa, persuade e informa artísticamente. Reflejo de ello es *La experiencia literaria* (1942), un conjunto de ensayos de su madurez intelectual en torno al quehacer literario, que a continuación serán analizados.

como difusor de la cultura: “Reyes no es un impugnador, es un discernidor inteligente (y un vehículo sistemático de difusión) de aquellos puntos capitales donde la tradición humanista de Occidente se manifiesta como ejercicio de concordia, unidad y continuidad. De modo simultáneo, Reyes mitifica, acendra, congela y preserva lo mejor de la cultura occidental (y ahí ya incluye cierto trabajo latinoamericano)” (Monsiváis 2000: 974). En el último capítulo se especificarán los términos cultura y educación y sus implicaciones en el proyecto humanístico de Reyes.

III. LA EXPERIENCIA LITERARIA: UNA CONFESIÓN CREATIVA

Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de consolarme o devolverme el equilibrio, que el envite de las impresiones exteriores amenaza todos los días. Escribo porque vivo.

ALFONSO REYES

En 1941 Alfonso Reyes recoge un conjunto de dieciocho ensayos, reflexiones en torno a lo popular, la crítica y lo literario, y los publica en 1942 bajo el título de *La experiencia literaria* en la Editorial Losada¹ de Buenos Aires. El libro se gesta en plena madurez del escritor, ciclo que va, según José Luis Martínez, de 1939 a 1950,² cuando regresa definitivamente a instalarse en México para dedicarse por completo a su vocación literaria. Compromisos intelectuales en universidades, colegios y demás instituciones, le demandaban cursos, opiniones, discursos o trabajos académicos que animaron y acrecentaron su empresa.

¹ La primera edición pudo haber sido editada por la Imprenta Universitaria o por la Orquesta Sinfónica de México, pues Reyes había leído “Aristarco o anatomía de la crítica” en el Palacio de Bellas Artes, pero como no se llegó a un acuerdo, Reyes optó por enviarlo a la editorial Losada en Buenos Aires. En 1952, Losada reimprime la obra suprimiendo el subtítulo de *Coordenadas* e incluye correcciones y más anotaciones de Reyes. La tercera edición (primera en el Fondo de Cultura Económica) sale en 1962 en el tomo XIV de las *Obras completas* de Alfonso Reyes. En 1983 esta misma casa editora saca a la luz *La experiencia literaria* en su Colección Popular (no. 236). Las referencias de esta obra serán tomadas de esta última edición.

² Ver “Los años de cosecha” y “El periodo de madurez: 1939-1950” en *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, México, UNAM, FFyL, 1992, (Colección Cátedras), pp. 18 y 56-57.

Reyes dedicará los años siguientes a elaborar su teoría literaria reunida en *El deslinde* (1944). A la par de su trabajo sistemático teórico, publica *La crítica en la edad ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942) y *Última Tule* (1942). *La experiencia literaria*, al igual que ellas, es el fruto de ideas ya expuestas en años anteriores; sin embargo, ésta sobresale por su intención marcada en el subtítulo de la primera edición: “Coordenadas”, que fueron ejes para la construcción de su obra teórica.³ Si bien es cierto que los demás textos de esta época contribuyeron a su modo a los planteamientos teóricos, *La experiencia literaria* sirve a Reyes de escalera necesaria para subir al pináculo de la ciencia de la literatura y la teoría literaria.⁴

En una advertencia a su obra,⁵ Reyes señala el origen de sus ensayos, pues tuvieron diferentes ecos desde su primera redacción, ya que algunos fueron pronunciados y otros, publicados. Alfonso Rangel Guerra apunta que “siete proceden de la etapa de Buenos Aires y Río de Janeiro, y el resto se escribe en la ciudad de México, entre 1939 y 1941” (Rangel 1989: 70). Si se atiende a la fecha al final de cada ensayo, su orden cronológico es el siguiente: “Teoría de la antología” (1930); “De la traducción” y “Categorías de la lectura” (1931); “Aduana lingüística”, y “Jacob o idea de la poesía” (1933); “Hermes o de la comunicación humana”, “Sobre la crítica de los textos” y “Detrás de los libros” (1939); “Apolo o de la literatura”, “La biografía oculta”, “El revés de un párrafo”, “El revés de

³ Si atendemos a su significación gráfica, las coordenadas nos ayudan a determinar la posición de un punto, de un lugar, de una intersección por medio de dos rectas que se encuentran. Para los fines de nuestra investigación, esta metáfora representa un choque de ideas, el encuentro de dos o más personas, el lugar de enunciación del sujeto y el desplazamiento de la cultura sobre los ejes del tiempo y el espacio: “la comunicación entre generaciones” y “la comunicación entre coetáneos”, según describe Reyes en “Homilía por la cultura” en *Obras completas*, t. XI, 204-221.

⁴ En “Carta a mi doble” (1957), Reyes hace, con un sentido humorístico, una autocrítica de su deseo de abordar de la manera más completa la cuestión literaria en *El deslinde*. Confiesa, por otra parte, que “su ambiciosa teoría literaria” respondió a un “afán de dejar caer como lastre aquella viciosa inflamación” en sus estudios y también a “un oculto afán de venganza” contra aquellos que había escrito sobre la poesía en estricto tono poético. Al final de su reflexión, propone romper con la sistematicidad de sus ensayos teóricos, extraer la sustancia y esparcirla en breves ensayos “más fáciles de escribir” y “más cómodos de leer” (*Obras completas*, t. XXI, 247-250).

⁵ El paratexto a *La experiencia literaria* dice: “Los ensayos de este libro, escritos separadamente, en diversas épocas, y a veces refundidos varios años después de su primera redacción, trazan materias afines y aun cruzan en distintas direcciones los mismos terrenos. He creído inútil hacer referencias de unos a otros. Aspiran todos a servir de señales para algún futuro itinerario. [1941]”.

una metáfora”, “De la biografía”, y “Escritores e impresores” (1940); “Las jitanjáforas” (1929-1941) y finalmente “Aristarco o de la anatomía o de la crítica”, “Perennidad de la poesía” y “Marsyas o del tema popular” (1941).⁶

Como se observa, los ensayos hablan de libros y escritores, del bagaje cultural del autor; sus páginas albergan un gran acervo de lecturas y comentarios. Reyes reúne como en una valija diplomática aquellos temas que siempre le interesaron y los comparte con el lector, como el viajero, sus andanzas. En cuanto al contenido, se muestra el quehacer literario de Reyes desde diferentes perspectivas: como poeta, literato, traductor, biógrafo, crítico, traductor, lingüista y editor. Labor de antología realiza en *La experiencia literaria*, pues presenta su trabajo refundido, sintetizado, corregido y depurado, sometido a un mayor aparato crítico con notas aclaratorias, resultado de un esfuerzo autocrítico, aptitud que siempre lo distinguió como un hombre de letras.

Después de revisar el estado de la cuestión,⁷ principalmente la escasa recepción de *La experiencia literaria*, me interesa analizarla para encontrar vínculos entre vida y obra del autor, las coordinadas con su proyecto cultural y su relación con *El deslinde* y *La antigua retórica*. Para ello, partiré del estudio de la retórica alfonsina⁸ de la obra, esto es, de su finalidad persuasiva, del tipo, partes y virtudes del discurso, de las cualidades ensayísticas, y de las reflexiones en torno al lenguaje y la escritura. No es mi intención detenerme en analizar cada ensayo y demostrar todos sus artificios retóricos, tanto argumentativos como estilísticos, sino evidenciar las propiedades de su discurso para hallar su finalidad persuasiva y apuntar algunos rasgos en común con las obras ya mencionadas.

⁶ Los datos de publicación de cada ensayo se marcan en la Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez en *Obras completas*, t. XIV, pp. 7-16. Asimismo, se señalan los ensayos que tuvieron refundiciones para la edición de *La experiencia literaria*.

⁷ Ver “La crítica de *La experiencia literaria* del cap. 1 correspondiente al estado de la cuestión.

⁸ Retórica entendida como el arte suasorio, es decir, de persuadir por medio de la palabra.

3.1 CREACIÓN CONFESADA: LA RETÓRICA EN *LA EXPERIENCIA LITERARIA*

La afición por Grecia y la preocupación por la construcción de una teoría literaria fueron los motivos para que Reyes estudiara la retórica desde la tradición clásica. La revisión de los griegos para los cursos extraordinarios en la Facultad de Filosofía y Letras que impartió entre 1941 y 1942 dio como resultado, especialmente, la publicación de *La crítica en la edad ateniense* y *La antigua retórica*, libros que sirvieron de antecedente y guía a trabajos posteriores del autor.⁹ La revisión de los clásicos, de la división del discurso, del estudio de oradores y sofistas, pero sobre todo el ejercicio crítico y reflexivo del humanista coadyuvaron a la formación de su retórica propia.

Si se sigue la concepción “erudita” de retórica,¹⁰ Reyes afirma que “todos, inconscientemente, usamos cierta retórica infusa (*O.C XIII*, 376)”. A partir del estudio de la tradición clásica, Reyes toma elementos del discurso y de las operaciones retóricas para construir sus ensayos de *La experiencia literaria*. Las competencias retóricas en la Antigüedad: orador, técnica y pragmática se recrean en la prosa alfonsina; especialmente, se muestran útiles para su propósito persuasivo, como se verá más adelante.

Alfonso Reyes se apropia de los clásicos; se sirve tanto de las partes de la retórica (*inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*), como las del discurso (exordio, narración, argumentación y epílogo o peroración), y toma la teoría de la persuasión, la figura del orador y del educador, conceptos que corresponden a Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, para apuntarlos en *La antigua retórica*. A partir

⁹ Ernesto Mejía Sánchez, en su “Estudio preliminar” al tomo XIV de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, enumera los cursos que se sumaron a sus esfuerzos por sistematizar didácticamente los “fenómenos literarios, ya en la historia, ya en la experiencia personal y ajena”. Estos son: el curso en Morelia sobre “La ciencia de la literatura” (mayo-junio de 1940) que fue el antecedente provocador de los cursos extraordinarios sobre “La crítica en la edad ateniense” (enero-febrero de 1941), “La antigua retórica” (marzo de 1942) y “La crítica en la edad alejandrina” (enero-febrero de 1943) en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. A estos cursos históricos vinieron a dar remate los impartidos en El Colegio Nacional (junio-agosto de 1943 y febrero-marzo de 1944): “Prolegómenos a la teoría literaria” (12-13).

¹⁰ Eugenia Houvenaghel localiza cuatro presencias de la retórica a lo largo de la obra de Reyes: una presencia vulgar, otra erudita, una presencia antigua y otra moderna. Ver “Las presencias de la Retórica en la obra de Alfonso Reyes: Esbozo de una evolución”, *Rhetorica*, XXI, no.3, (summer 2003), pp. 149-174.

de lo anterior se analizarán los ensayos de *La experiencia literaria*, pues me parece que éstos han sido soslayados por la crítica, en especial la retórica con la que fueron contruidos, particularmente las formas argumentativas de las que echa mano para explicar cómo el ejercicio crítico y la experiencia se conjugan en el escritor.¹¹

La retórica es la herramienta indicada para analizar los ensayos si lo que se pretende es subrayar su carácter intencional, y de paso la construcción del discurso, para poner de relieve los recursos elocutivos de los que se vale el autor para provocar efectos en sus palabras, que se señalarán prontamente. Además, el estudio de la retórica se adecua al del discurso, puesto que se destaca la sintaxis, el contenido y los procedimientos para lograr una argumentación eficaz. Como apoya Ma. Elena Arenas, quien se basa en el estudio de las formas argumentativas del ensayo,

[...] un importante sector de la investigación en el ámbito de la literatura está dirigiendo sus esfuerzos hacia la construcción de una Retórica general como ciencia global del discurso. Este proyecto implica ampliar la tradicional y ya consagrada colaboración de la Retórica con los estudios literarios en el terreno de los recursos elocutivos, a los mecanismos codificados por el modelo retórico clásico para la producción de todo tipo de textos (literarios y no literarios). Desde esta perspectiva, la Retórica puede entenderse como un instrumento de análisis adecuado para lograr una comprensión teórica global del texto literario en todos sus niveles y secciones, así como del hecho literario en que aquél está inserto (134).

Además de persuadir con las palabras escritas, el arte de hablar correctamente y la capacidad de conmover a un auditorio fueron habilidades muy desarrolladas de este prolífico escritor, que lo distinguieron como gran orador, incluso desde su educación preparatoria. La cuestión que me ocupa es descubrir qué nos motiva en su discurso (asunto), para qué nos convence (finalidad)¹² y cómo lo hace

¹¹ Al terminar de escribir esta disertación me sorprende la noticia del trabajo de Beatriz Colombi, quien también analiza: la figura del ensayista y del *rhétor*, la revaloración que Reyes hace del género, y la dimensión ética de la retórica. (Ver Colombi: 27-53).

¹² Los alcances de *La experiencia literaria* serán respondidos en el último capítulo.

(medio), es decir, cómo a la vez que seduce con su prosa ensayística nos comparte sus reflexiones literarias, poéticas y profesionales.

El tipo de discurso que predomina en los ensayos de *La experiencia literaria* es el deliberativo, el que aconseja sobre la utilidad posible, en este caso del lenguaje, de su expresión popular y literaria. Del discurso deliberativo se transita al epidíctico, pues en ciertos ensayos, se alaba el lenguaje, la literatura, y su oficio como escritor. Reyes construye sus discursos según el propósito, el público y las condiciones de pronunciación. Por otra parte, podemos apreciar la destreza con que el autor puede tomar un discurso pronunciado, una carta, un artículo crítico o de difusión, con contextos de producción autónomos, y verter la sustancia del texto en la vasija generosa del ensayo.

Comenzaré por explicar la disposición general de la retórica en los ensayos de *La experiencia literaria*. Las primeras tres operaciones retóricas: *inventio*, *dispositio* y *elocutio* se aprestan para ser exhibidas. Esbozaré brevemente las características generales que encuentro en los ensayos.

La *inventio* o elección de los argumentos obedece a las preocupaciones de Reyes por la teoría literaria y se ciñen, básicamente, a la literatura y a la poesía, aunque también se aborda la labor del crítico, del biógrafo, lector, traductor, poeta, folklorista y editor.¹³ El ensayista sopesa la comunicación, la escritura, el efecto de las palabras y las exhibe como joyas del lenguaje en cada uno de sus ensayos, desde las expresiones populares, hasta las bellas rarezas que llama “jitanjáforas”, juegos del lenguaje poético. Reyes se esfuerza en exponer, en este caso, las cualidades del lenguaje y las suyas implícitamente, mediante lecturas, anécdotas y otras historias que se colocan para dar testimonio de su experiencia. Halla las ideas literarias, o quizá ellas al ensayista, pues encuentra en sí mismo, en sus conocimientos, aprendizajes y recuerdos, el contenido de su discurso.

¹³ Las reflexiones en torno al lenguaje y la escritura las abordaré en el último apartado de este capítulo.

La *dispositio* o composición macroestructural (Albadalejo 75) de cada ensayo sigue más o menos el mismo orden de las partes del discurso retórico. Pertinente es analizar los ensayos de Reyes, ya que el discurso ordenado es síntoma de su trabajo sistemático y de la claridad de su pensamiento. De tal modo, el escritor acomoda en sus textos sus preocupaciones literarias y lingüísticas. Su organización responde a los fines propios de la obra: dar a conocer su experiencia literaria. Sus artículos elaborados en distintas épocas se reúnen con cierto objetivo: la compilación de su trayectoria profesional. Por eso, es de suma importancia la disposición interna de los ensayos de *La experiencia literaria*.¹⁴ Por ejemplo, el primero aborda dos formas de comunicación: la palabra oral y escrita, y después habla del lenguaje animal, mímico, gestual y articulado. Es necesario que el autor parta de la facultad comunicativa del hombre para señalar sus ventajas y explotar sus cualidades. Después, se sumerge en el mar del folklore y halla en la oralidad expresiones populares que distinguen a los pueblos. Una vez presentado lo anterior, puede “deslindar” lo que es literario para enaltecerlo, al igual que al literato, hasta destacarlo sin presunción porque confiere la misma importancia al crítico, traductor, editor o poeta, pues todo se reúne en dos actividades: la lectura y escritura, teoría y práctica del trabajo intelectual.

Las partes del discurso en los ensayos de Reyes se disponen según el modelo retórico clásico: exordio, narración, argumentación y epílogo o peroración; generalmente en ese orden, no necesariamente, en toda la obra, porque hay que aclarar que “Perennidad de la poesía” y “El revés de una metáfora” son respuestas a cartas, al colombiano Germán Pardo García y al español Amado Alonso, respectivamente. Además, los ensayos: “Aristarco...” y “Escritores e impresores” fueron discursos pronunciados, el primero, leído como conferencia en el Palacio de Bellas Artes y el segundo,

¹⁴ Aún falta por comparar el orden que siguieron las Conferencias de Morelia de 1940, distribuidas en tres bloques: El concepto (13 conferencias), La postura activa (10 conferencias) y La postura pasiva (17 conferencias), con los ensayos teóricos de Alfonso Reyes, especialmente con *La experiencia literaria* y *El deslinde*, pues a primera vista se encuentran títulos representativos que anticipan el contenido de su teoría literaria y prueban la planeación de sus trabajos siguientes. El sumario de las conferencias se encuentra en el apéndice de *Las ideas literarias de Alfonso Reyes* de Alfonso Rangel Guerra (329-330).

para una asociación de tipógrafos, ambos posteriormente publicados. Lejos de estas condiciones, el resto sigue más o menos en orden las cuatro partes del discurso, pues de la intención de cada ensayo depende la organización del mismo discurso. Enseguida ejemplificaré las partes del discurso sobresalientes de *La experiencia literaria*. Me detendré en algunos ensayos, especialmente en “Escritores e impresores”.

Reyes no sólo presenta el tema que desarrollará, sino también logra captar la atención del lector para que se adentre en la lectura. Diferentes son las muestras de exordios con los que el ensayista comienza. Por ejemplo, propone directamente sin ningún preámbulo como en “Teoría de la antología”: “Se me ocurre una manera indirecta de escribir la historia de la literatura española” (125); otras veces, omite también cualquier recurso que logre captar la benevolencia y entra en materia: “Hay categorías de la lectura según que en la representación psicológica del lenguaje domine el orden articulatorio o el visual [...]” (145); o bien, con un recuerdo: “Cuando Antonio G. Solalinde y yo teníamos a nuestro cargo la bibliografía trimestral en la *Revista de Filología Española* (Madrid, años 1914 a 1919), concebimos el proyecto de publicar una serie de folletos elementales [...]” (160), como en “Sobre la crítica de los textos”. Provoca al lector con un reclamo como en “Aduana lingüística”, ensayo en el que defiende la lengua portuguesa, pues habla de los que se muestran opuestos al asunto y los desprecia: “La desaprensión, la incuria, las pocas ganas de informarse a fondo de las cosas, el figurarse que la Creación comienza con nuestra pobre vida personal, y hasta la fraternal malicia con que consideramos la casa del vecino: todos esos vicios de la mezquindad y la pequeñez. ¡Pensar que andan por ahí millares de hispanoparlantes asegurando que el portugués, lengua cien veces ilustre, es un castellano estropeado!” (151).

Un ejemplo ilustre de su utilización de la retórica lo encontramos en “Escritores e impresores”, donde el exordio apela a la armonía y alaba la unión de los trabajadores para mover sus ánimos y así ganar su simpatía:

Señores: Os habéis reunido para conmemorar un hecho que, aparte de su importancia social, tiene un alto sentido. La filosofía natural, para dar a la física su nombre más antiguo, nos hace ver que, donde quiera que se juntan cosas inconexas, tiende a establecerse una coherencia, una circulación común de energías, una manera de nivelación. En la escala de la vida, mientras más evolucionado es un organismo, la armonía entre sus distintos órganos es más completa y más profunda. A esta mayor armonía corresponde siempre una mayor vulnerabilidad; es decir, una responsabilidad mayor. Nadie pide cuentas a la anarquía; pero toda organización bien ajustada es plenamente responsable. La lagartija se deja arrancar la cola y sigue viviendo; pero al hombre se le puede matar con algo tan inasible como una idea. Ahora bien, en este afán de unión y coherencia, de que la naturaleza nos da ejemplos por todas partes, y que parece afinarse conforme se asciende en la escala de los seres, el hombre presenta el máximo de aceleración.

[...]

Trabajadores de las artes gráficas: al uniros como lo habéis hecho, en una empresa corporativa, estáis realizando, en todos los sentidos de la palabra, una creación; estáis asumiendo, en todos los sentidos de la palabra, una responsabilidad completa. A vuestros ojos se abre la senda de los inapelables deberes. Trabajáis para vuestro gremio, trabajáis para nuestra nación, trabajáis en el rumbo más legítimo de los destinos humanos. Mis mejores votos os acompañan, y estas sencillas palabras, con que correspondo a la invitación que me hicisteis, no tienen más fin que el traer os este testimonio de simpatía (171-172).

Más adelante, incluso dice que no quiere agobiar con “una erudición enojosa” (171) y promete así brevedad. En general, el exordio es breve y consigue partidarios por el gran dominio que demuestra el ensayista en el tratamiento del tema. Un buen exordio: “prepara a los oyentes de manera adecuada para que escuchen con atención o con benevolencia, o para que entiendan el discurso, o para ambas cosas; los incita, los conmueve, los entusiasma, cambia su estado de ánimo” (Reyes Coria 27). Así el orador ensayista pasa la primera prueba del discurso, al ganar la simpatía del oyente y el lector.

La *narratio* de los hechos corresponde al tema literario, popular, poético o crítico. Reyes narra las vicisitudes de su experiencia, sus recuerdos, trabajos y anécdotas, pues a partir de su subjetividad detalla el trabajo del escritor. Para ello, utiliza con frecuencia recursos estilísticos para adornar su

narración y también refranes, proverbios y sentencias para ejemplificar mejor su narración, como en “De la biografía”:

Todos sabemos aquello de que no hay grande hombre para su ayuda de cámara, proverbio que acaso peca por atribuir al lacayo la misma índole mental que al amo (porque el proverbio, en efecto, parece inventado por los amos); y también aquello de que no hay profeta en su tierra, dicho de muy alta autoridad, pero que más bien parece un arma de combate, útil para malos momentos (105-106).

“El revés de un párrafo” resulta significativo por la bellísima narración de su vida estudiantil al lado de sus compañeros ateneístas. Su relato construido a partir de sus memorias está cargado de emotividad:

Por 1908 yo tenía un cuarto de trabajo en la azotea de una casa que entonces correspondía al número 1 de la Avenida Isabel la Católica, cuyo piso principal estaba ocupado, entre otros, por el bufete de mi hermano Rodolfo. En ese cuarto de azotea, que dominaba el panorama céntrico de la ciudad y desde cuyas ventanas se veían los remates de las torres de la catedral, en forma de campanas; en ese cuarto aislado en su altura y propicio a la concentración, se escribió “La evocación de la lluvia”. Algunos amigos trepaban hasta allá en mi busca, y a fin de ahorrarles un esfuerzo inútil (la escalera que conducía a mi taller no era de lo más confortable), yo, cuando estaba presente o no deseaba estar solo, colgaba un aviso de cartón en la barandilla que circunscribía el hueco cuadrado del patio y que era visible desde abajo. Pero lo más del tiempo quien me visitaba era la lluvia que rodeaba mi cuarto por tres costados y me daba una sensación de ir subiendo en aeróstato. Allí se inspiró cierto artículo de 1909 “Lo que hace la gente de México los domingos por la tarde”, publicado en *Las Novedades*, de Nueva York, el 8 de mayo de 1916 y nunca recogido en volumen (116-117).

La narración así se mezcla con el comentario personal y valoración estética y crítica de obras y sucesos que vivió el ensayista; sirve a la argumentación porque en ella se apoyan las pruebas de su oficio, y consiste, la mayoría de las veces, en la exposición de datos, antecedentes, o hechos relacionados al tema en cuestión.

La argumentación confirma o refuta. En los ensayos de *La experiencia literaria* a veces refuta los puntos de vista con los que disiente, pero frecuentemente confirma su experiencia a través de las atribuciones de los hechos y de las personas, de la suya especialmente. No obstante, no resulta pedante su exposición. Su testimonio se basa en lo que sería su formación intelectual hasta entonces, demostrado en sus atributos, sus hábitos, consejos, estudios, hechos y discursos. Por ejemplo en “Detrás de los libros” ofrece un ejercicio crítico para cualquier escritor y en “El revés de un párrafo” cumple cabalmente con la propuesta que plantea:

Intente un escritor recordar todo lo que se esconde detrás de uno solo de sus párrafos, y verá que la tarea sería inacabable. La porción visible y flotante no es más que la sexta parte del glaciar, y las otras cinco están sumergidas en las aguas. Quien intente este trabajo para uno solo de sus párrafos, tendrá que reconstruir y trazar el cuadro de la época, por sucinto que sea; las condiciones generales que atravesaba su vida en aquel momento preciso; la historia particular sobre la adquisición de las nociones que expresa; las preocupaciones dominantes que lo llevaron a buscar este giro, o esta palabra, o las fobias que le aconsejaron huir de tales otros; las reminiscencias literarias que con más o menos conciencia guiaban su pluma, etc. (112).

Además, al analizar la página propia en la perspectiva de la distancia, el autor difícilmente podría defenderse de la tentación de introducir especies o juicios de una etapa posterior, de la etapa en que se hace el análisis, que no corresponden ya a la etapa anterior en que se escribió dicha página: en suma, que el autor se juzgará y se corregirá a sí mismo, conscientemente de lo que hace. [...]

El autor se plantaría frente a su propia página armado de interrogaciones y sin saber lo que va a encontrar, como frente a un criptograma. Tal ejercicio sería una lección práctica de estilo. ¿Lo ha ensayado alguno? ¿Se ha atrevido alguno a emprender una exhibición tan heroica? [...] (114).

Sus proposiciones siguen la misma dirección: proponer con el ejemplo, como los estudios folkloristas, traducciones, biografías, antologías, etcétera. La actividad crítica de Reyes va más allá de interpretar su realidad literaria, poética o profesional, pues como él afirma: “la crítica también encomia y aplaude. [...] explica el encomio y enriquece el disfrute (97)”, es decir, el ensayista suma en lugar de restar posibilidades de lecturas, de interpretaciones, desde su oficio de escritor, por eso se atreve a ofrecer nuevas perspectivas, como:

[...] una economía natural, una como necesidad geométrica aconsejaría entonces comenzar, dentro de las colecciones de textos, por las antologías propiamente tales o colecciones de poemas. ¿Por qué? Ante todo, por sus dimensiones breves. [...] las antologías recopilan piezas más pequeñas, son más manejables, permiten mayor unidad en menor volumen, y dejan sentir y abarcar mejor el carácter general de una tradición. [...] (126).

Los argumentos no se basan en entimemas o silogismos, aunque algo hay de científico al querer explicar el fenómeno literario. Estos términos sobrios los reserva para su teoría literaria; antes bien, se esforzará en que los argumentos se apoyen más bien en pruebas. Reyes usa la demostración, lo probable de algo comparable, recurso que utiliza para confrontar imágenes o ejemplos, como en “De la traducción”, donde expone el imposible problema de la traducción y resalta el valor y las bondades de las lenguas extranjeras, según su experiencia como traductor:

Si ya la expresión de nuestros pensamientos en nuestra habla es cosa indecisa y aproximada, el traducir, el pasar de una lengua a otra, es tarea todavía más equívoca. Una lengua es toda una visión de mundo, y hasta cuando una lengua adopta una palabra ajena suele teñirla de otro modo, con cierta traición imperceptible. Una lengua, además, vale tanto por lo que dice como por lo que calla, y no es dable interpretar sus silencios (133).

[...]

Luis Ruiz Contreras me repetía siempre que el traducir es una tarea humilde y dócil como el servir, y a la vez un peligroso viaje sobre dos carriles; yo diría, sobre dos caballos de desigual carrera (135).

Las pruebas se sustentan, como afirma Cicerón en *La invención retórica* (294 y ss.), según los atributos de las personas: el nombre, la naturaleza, la condición, la manera de ser, la afición, la intención, la conducta, los accidentes y las palabras, parámetros de los que se concluye hasta nuestros días, que Reyes fue un prolífico escritor, cuya vocación fueron las letras, de ahí que dedicara su vida a ellas, pues no sólo su trabajo lo obligó a tomar la pluma, sino que siempre estuvo en disposición de dialogar y compartir sus lecturas y creaciones. Sus acciones también quedan en prenda de su experiencia, pues el ensayista nos da cuenta de las circunstancias, de sus aprendizajes, de su práctica

laboral y de la teoría que encontró en los libros. Los ejemplos, símiles y citas de autoridad son lugares a los que el ensayista recurre para reforzar su argumentación. Sin embargo en esta parte del ensayo, como indica Ma. Elena Arenas, generalmente “predominan los esquemas de razonamiento retórico-argumentativos, aunque el ensayista también aporta como prueba sus vivencias personales y sus valoraciones subjetivas (su experiencia se autoconstituye así como punto de referencia mediador entre lo singular y lo general)” (452-453).

Algunas de sus conclusiones en sus ensayos son subjetivas y sugerentes, como en los que se explican el proceso creador de la poesía o de la literatura, pues queda una invitación a “combatir con el ángel” a “mentir sospechosamente”. Sus argumentos son verosímiles porque convence con su ejemplo y su extensa obra da testimonio de que también es verdadero.

Al final del discurso se presenta un epílogo cuyo fin es recapitular aquellas reflexiones o consideraciones referentes a su trabajo. Muchas veces se queda en un punto de su interés y así concluye como en “Hermes o de la comunicación humana”, donde presenta en su último apartado las ventajas de los mecanismos auxiliares del lenguaje, invenciones que mejorarán la comunicación. O bien, no concluye, como en “Aduana lingüística” cuando dice: “en rigor, no quiero concluir nada. Sólo quise pasear un poco por esta frontera de las lenguas, donde, como en toda frontera, aprendemos a perdonar y a pedir perdón; es decir, a entender (159)”. A diferencia de la conclusión, la peroración busca en un último intento conmover los ánimos, recurso que no utiliza Reyes ensayista, pero sí Reyes orador, cuando exhorta a los tipógrafos a desempeñar un buen trabajo: “Continuad por donde vais. Cuidad de que nada empañe ese espejo del alma nacional que son nuestras artes gráficas. No permitáis que aparezcan todos los días libros y periódicos donde se escriben con ‘z’ la palabra ‘través’ y la palabra ‘atravesar’, y a ‘echar’ se le echa sobre las espaldas la horrible corcova de una ‘h’” (177).

Otro ejemplo se encuentra en “Categorías de la lectura”, donde Reyes amonesta a los “lectores” que se precian de serlo: al pueblo, al lector de medio pelo, al semiculto, a los apresurados y al mal bibliófilo. Concluye al final elevando a la lectura a una experiencia casi espiritual:

El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar hasta él sin ser sentido. Ejercicio, casi, de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos que traemos desde la calle, los negocios y los afanes, y hasta el ansia excesiva de información literaria. Entonces, en el silencio comienza a escucharse la voz del libro, medrosa acaso, pronta a desaparecer si se le solicita con cualquier apremio sospechoso. Por eso Sir Walter Raleigh pensaba que, en cada época, sólo hay dos o tres lectores verdaderos (*Cartas*, I, 233) (150).

Con lo anterior sólo he esbozado apenas algo del aparato retórico de los ensayos de Reyes. Las partes del discurso y su distribución obedecen a la finalidad persuasiva que el ensayista busca: incitar a leer, escribir o a desempeñar un buen oficio como traductor, editor, crítico o poeta. Todo está calculado, Reyes sólo sigue la receta al pie de la letra acomodando los ingredientes en la forma correcta, pues como dice Arenas¹⁵:

La forma/estructura de cada texto ensayístico en particular está determinada por el libre fluir del pensamiento del autor, que deja amplio margen para la divagación, la digresión, la redundancia, la ruptura, la fragmentariedad, en definitiva; pero que a su vez, esta espontaneidad está controlada por el trabajo del intelecto que establece una dirección unificadora: la derivada del propósito argumentativo o justificativo, que determina la coherencia semántica interna del discurso (Arenas 454).

En la *elocutio* o composición microestructural, las figuras representativas son la metáfora y el símil, aunque también se distingue la prosopopeya, entre otros. J. Willis Robb en *El estilo de Alfonso Reyes* (1978) estudia los recursos estilísticos basados en la imagen, los “ejes imaginísticos”, los modos

¹⁵ Ma. Elena Arenas en *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico* explora desde diferentes aristas el carácter argumentativo del ensayo, desde el nivel semántico-inventivo, el nivel sintáctico-dispositivo y el nivel verbal-elocutivo. Además aborda las normas particulares del ensayo argumentativo y los actores en juego: el sujeto de enunciación y el destinatario.

y las estructuras que frecuentemente se repiten como paradigma en la prosa alfonsina. Varias son las imágenes de las que Reyes se apropia para ejemplificar su exposición, tales como elementos naturales, lo animado e inanimado. El movimiento y el ritmo continuo le atraen. Gusta también de los laberintos, senderos, viajes, sobre todo de símbolos, especialmente los mitos griegos, pues los títulos de sus ensayos lo demuestran claramente: “Hermes o de la comunicación humana”, “Marsyas o del tema popular” y “Apolo o de la literatura”. De una idea salta a la imagen y la transforma estéticamente como cuando dice que “la poesía es el baile del habla” (78), o que la “poesía [es] danza de la palabra” (87), animando así los significados de las palabras y transformándolas poéticamente.

Abordaré algunas imágenes que sobresalen en los ensayos de *La experiencia literaria* y que se vinculan directamente a su persona, éstos son la imagen del cazador¹⁶ y del acróbata. En “Marsyas o del tema popular” dice: “Cazador sutil el que entra en la selva para cazar palabras. Y donde sorprende al árbol que canta, como aquel escriba del Louvre, prepara su estilo y sus tablillas de cera. Anula su voluntad, y espera calladamente el dictado” (69). A través de la figura del cazador, Reyes convierte a la presa en arte. Así el investigador encargado de estudiar el folklore debe perseguir su objetivo: cazar y cuidar lo cazado, en su caso: la colección de expresiones del lenguaje popular, aquéllas que representen el folklore del pueblo. Más adelante, Reyes evoca nuevamente la imagen del cazador esteta, en la figura de Tomás Navarro Tomás, quien “soñaba con registrar en sus aparatos [la voz dulce de cierta actriz] como quien caza un ave rara” (142) en su ensayo “De la traducción”. Acerca de esto, Robb opina:

La imagen del acróbata, como la del cazador, se usa muy a menudo para simbolizar al artista o sea al aventurero intelectual creador: ambas expresiones de la preocupación central de Alfonso

¹⁶ J. Willis Robb explica la figura simbólica del cazador en la obra general de Alfonso Reyes, principalmente toma ejemplos de *El cazador* (1921) y el resto de su obra que hace alusión a esta representación. (Robb 32-34)

Reyes por la vida del espíritu interior en sus dimensiones literario-culturales. Tres aspectos del carácter y experiencia del artista se insinúan a través de la imagen del acróbata: 1) peligro y heroísmo, 2) juego, y 3) exuberancia y actividad creadora (35).

En efecto, tanto la actividad del cazador como la del acróbata toman un tinte artístico al asemejarse a la labor del escritor, quien transita de oficio en oficio para equiparar su trabajo y destacarlo de manera notable. Por ejemplo, en “Jacob o idea de la poesía”, Reyes afirma que: “El que abandona la tradición prosódica, la cual muchas veces hasta consiente ciertas libertades en cuanto a la estricta línea espiritual del poema, contrae compromisos todavía más severos y camina como por una vereda de aire abierta entre abismos. Va por la cuerda y sin balancín. A sus pies no hay red que lo recoga (*sic*)” (89). O bien, cuando personifica abstracciones, prosopopeyas como: las palabras o la crítica en “Marsyas...” y en “Aristarco...”:

Los juegos de palabras se fundan a veces en el sonido, a veces en el sentido, o en ambas cosas a la vez; se deslizan sobre la homonimia, sobre la sinonimia que casi siempre es imperfecta, como va el cirquero de un trapecio a otro aprovechando el instante en que se juntan. [...] Ya son las acrobacias del ingenio [...] (54).

[...] la lengua rompe las amarras lógicas y deja escapar la savia vital que la alimenta (55).

¡La crítica, esta aguafiestas, recibida siempre como el cobrador de alquileres, recelosamente y con las puertas a medio abrir! La pobre musa, cuando tropieza con esta hermana bastarda, tuerce los dedos, toca madera, corre en cuanto puede a desinfectarse. ¿De dónde salió esta criatura paradójica, a contrapelo en el ingenuo deleite de la vida? ¿Este impuesto usurario que las artes pagan por el capital de que disfrutan? (92).

Junto con estas imágenes en que lo inanimado tiene vida, sobresale la del combate de Jacob con el Ángel, del Poeta con la Poesía, especies ya transfiguradas en seres inasibles, lejanos, como si fueran mitológicos. La imagen tiene un antecedente en “Jacob” fechado en 1925 en París, en el que se percibe la lucha cuerpo a cuerpo, donde la derrota del poeta supone una victoria para que la creación reluzca.

Noche a noche combato con el ángel,
y llevo impresas las forzudas manos
y hay zonas de dolor por mis costados.

Tiemblo al nacer la noche de la tarde,
y entra sed de cuchillo por mis propios flancos,
y ando confuso y temeroso ando.

Quiere correr a consunción mi sangre
y aunque sé que en su busca me deshago,
otra vez lo persigo y lo reclamo.

Bajo las contorsiones del gigante,
aúllo a veces—oh enemigo blanco—
y dentro de mí mismo estoy cantando.

¡Oh sombra musculosa, oh nube grave!
Derrótame una vez para que caiga,
o de una vez rómpeme el pecho y ábreme
entre los dos reflejos de tu espada.¹⁷

En este poema se pone de manifiesto también la lucha del escritor con las palabras. Esto remite también al acto previo de la escritura: la *inventio*, operación retórica que refiere el hallazgo de las ideas. El campo de batalla donde se libra el combate es simbólicamente la hoja de papel en blanco, lugar que donde se da la transformación de las palabras en creación estética. El sacrificio es voluntario y gozoso, pues el poeta se acerca cantando alegremente y pide ser derrotado por la poesía.

Llama la atención también la representación de la explosión, porque sale violentamente la concentración de energía estética. En “Teoría de la antología” se anota lo siguiente: “El poema es cápsula explosiva que junta en pequeñas dosis grande concentración de energía” (126). Igual ocurre cuando dice que el fenómeno de las jitanjáforas “bien puede ser una explosión individual” (188). Y al hablar de la crítica en “Aristarco...” se evoca la energía eléctrica: “esto viene a ser nuestra alma: la región de las atracciones y repulsiones, la región del rayo” (93).

¹⁷ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. X, 113-114. Paulette Patout analiza el poema en sus circunstancias, según las evocaciones que podría representar, incluso una lectura religiosa. (Cf. en *NRFH*, vol. XXXVII, no. 2, 1989, 521-533).

Otros juegos visuales se esconden en los ensayos, como la refracción en “Aduana lingüística”: “La luz del latín cae y se refracta en los dos prismas. Ambos efectos de refracción, conjugados y comparados, nos ayudan a mejor percibir el primitivo sabor latino [...]” (155). De esta imagen Robb opina que no sólo resalta la luz, “sino que concreta y aclara, proporcionando una vista comprensiva de las lenguas en su relación orgánica una con otra. Aquí la imagen da con la misma verdad lograda por la investigación erudita y la expresa más acertadamente (93)”. Con esto, el ejemplo es claro tanto para los lectores especializados, como para los no tanto y ayuda a comprender la importancia de la lengua latina, principalmente para la lengua española y portuguesa, de la que hace encomio en ese ensayo.

Como se ve en estos escritos y en el resto de su obra, Reyes utiliza metalenguajes de para referirse a su profesión, o se apropia de diferentes modos estilísticos, como los nombra J. Willis Robb, que van desde el modo “científico”: “Así, en el párrafo que tenemos sobre la platina del microscopio” (118) en “El revés de un párrafo”; el modo “culinario”: “El ingrediente de tiempo que al principio dijimos, algo como una sazón o cocinamiento que el producto adquiere al correr las épocas y los pueblos” (46) en “Marsyas...”; hasta el modo “musical”: “No me he decidido a abandonar mi sonaja, que cada día da nuevos sonos” (186) en “Las Jitanjáforas”, en el que el valor acústico de la imagen auditiva resulta sustancial para catalogar a una verdadera expresión “jitanjáforica”.

En esta enumeración de recursos estilísticos resulta importante para Reyes también la mitología, por su sustrato clasicista, pues en su discurso predominan alusiones a la mitología griega, pero también a la religión judeo-cristiana con la mención de Jacob y el Ángel en el ensayo del mismo nombre. Quizá la alusión mitológica principal la enuncia en un ensayo cuando invoca un mito: “En este suelo movedizo brota, como flor verbal, la jitanjáfora. A esta luz, también se la puede entender como una manifestación de la energía mitológica, nunca ahogada del todo, felizmente, por el lenguaje práctico”

(183). El mito auxilia a Reyes para elevar al plano universal la realidad lingüística y literaria: la comunicación con Hermes, lo popular con Marsyas, la crítica con Aristarco, la literatura con Apolo y la poesía con Jacob. Además, como señala J. Willis Robb: “Los símbolos míticos, entonces, son para Reyes una parte importante de su ‘pensar por imágenes’, que él declara como necesario modo de pensar, para abreviar o telescopar nuestro pensamiento, evitando que se extravíe ahora en nuestras mentes junto con los de otros orígenes, utilizados también por Reyes” (143).

A través de sinestesias, metáforas, prosopopeyas, descripciones y otros recursos de la prosa de Reyes, la experiencia que nos comparte recorre todos los sentidos, abarcando así no sólo un metalenguaje rudo y técnico, sino también un goce estético expresado en cada uno de sus ensayos. De aquí que la parte elocutiva resulte siempre atractiva de analizar en cualquier poeta o literato, porque la distinción del estilo crea una poética propia; sin embargo, ésta no debe deslindarse del discurso y su contexto, sobre todo del objetivo que quiere el autor, antes bien, contribuye necesariamente a adornar el discurso para una mejor persuasión. Ya Reyes había previsto en los usos principales del lenguaje la hermandad entre poética y retórica en *La antigua retórica*:

Como expresión teórica y dejando de lado la terminología científica, el lenguaje se reparte en tres usos:

A una parte, la teoría del razonamiento puro: el silogismo y su ámbito; el uso propiamente filosófico.

A otra parte, como zona media entre el “discurso” o discurrir teórico y la aplicación práctica, la retórica: el reino de la probabilidad y la persuasión, del entimema o silogismo en mitad de la calle.

A otra parte, finalmente, el lenguaje como medio de la expresión imaginativa, o poesía, a que se consagró la poética.

Entre la retórica y la poética hay territorios indecisos; pero ya se ve que la retórica cabalga a la vez entre lo poético y lo discursivo, por cuanto a las formas que se ocupa, y entre lo teórico y lo práctico, por cuanto a su destino. (367-368).

Las dos últimas operaciones retóricas, la memoria y la *actio* o *pronuntiatio* no se expondrán profundamente porque se relacionan con la pragmática del discurso, es decir, con el contexto de enunciación. Por una parte, la memoria natural es un recurso que ayuda a recordar el discurso, pero también existe la memoria artificial, retórica que se auxilia de imágenes y lugares para acomodar el discurso en el lugar adecuado en su enunciación, pues esta operación permite su retención.¹⁸ Por otra parte, la *actio* refiere las condiciones en las que se pronuncia el discurso, la moderación de la voz y del cuerpo, tanto el *ethos* como el *pathos*, el carácter del orador y la recepción del discurso. Alfonso Reyes tomó de Cicerón, Aristóteles, Quintiliano las principales lecciones para construir y pronunciar su discurso. Además, se distinguió por ser buen orador, *rhétor*, es decir, maestro de retórica con su testimonio escrito y *logógrafo*, constructor de todo tipo de discursos que le ayudaron principalmente en su labor como diplomático, catedrático e intelectual.

Reyes hace uso también de las virtudes del discurso retórico: claridad, propiedad, corrección, ornato y brevedad. La prosa de Reyes es clara, pues trata de que no sea rimbombante; sus palabras son transparentes puesto que elige el término exacto que describa el sentido de cada frase, salvo en temas que conoce ampliamente cuando se apasiona y se sumerge a zonas abisales del lenguaje, pero un diccionario fácilmente resuelve las dudas de idioma y su sintaxis ayuda a entender mejor su exposición. Con respecto a la corrección, él mismo en sus ensayos trata de transmitir esta virtud a otros, cuando aborda el tema de la erratas ante los tipógrafos; incluso, él sufre de estos *lapsus* del idioma, como cuando corrige fenomenología por fenomenografía, término nuevo que describe mejor su intención: “el estudio del fenómeno literario es una fenomenografía del ente fluido (83-84)”, para que no se confunda

¹⁸ Tomás Albadalejo dedica un apartado a la memoria natural y artificial en *Retórica*, pp. 157-164.

con el método filosófico moderno.¹⁹ Reyes ornamenta su discurso escogiendo cuidadosamente los tropos que mejor efecto den para hacer amena su explicación teórica. La brevedad de sus textos radica en su concisión y cohesión, pues Reyes no busca hacer un tratado de cada tema, sólo esbozar algunas líneas de referencia que sirvan como coordenadas para un trabajo más sistemático.

El estilo de Reyes resulta ser comprensible para el teórico, crítico, escritor y el aficionado. Sus imágenes cautivan a todos los lectores, pues su prosa se adecua a lo que Arenas llama “decoro”: “el estilo bajo, humilde o familiar: libre de ritmo, antepone la claridad y la precisión al ornato excesivo, sin perder por ello la elegancia y el refinamiento artístico; así mismo posee rasgos del lenguaje conversacional que le confieren agilidad y fluidez” (454).

Antes de aventurarnos a manifestar la finalidad persuasiva de estos ensayos, es conveniente recordar la labor de refundición del escritor. Como se dijo arriba, algunos ensayos se pronunciaron ante un auditorio y otros fueron preparados para revistas literarias y culturales. Si atendemos al concepto de persuasión que Reyes toma de Aristóteles en *La antigua retórica* (“Persuadir es convencer a otro de nuestro punto de vista, comunicar a otro nuestro mismo grado de estimación sobre alguna cosa. En el género deliberativo, se trata de imponer a la asamblea nuestra estimación sobre una utilidad pública futura; [...]; en el epidíctico, de imponer al auditorio nuestra estimación sobre un valor moral de vigencia permanente (383-384)”), entonces nos quiere persuadir principalmente de las virtudes de su profesión, de la utilidad del lenguaje, de lo popular y de lo literario. Para ello, dedica en cada ensayo un propósito específico: exponer los giros del lenguaje; especificar los avatares de su profesión; explicar afectuosamente el revés de un párrafo, de una metáfora; exhortar a editores a realizar un buen trabajo; promover estudios con mayor entrega; destacar el trabajo profesional; compartir sus recuerdos;

¹⁹ Dicho término lo utiliza en *El deslinde*. Después de las críticas recibidas decide corregir su error en *La experiencia literaria*. El editor aclara que la corrección la hizo Reyes en la segunda edición de su obra. En *La antigua retórica*, Reyes dice que “la teoría literaria es un estudio filosófico y, propiamente, fenomenográfico...” (361).

proponer nuevas formas de estudio y de investigación, según sea el caso; deleitarnos con sus conceptos de literatura y poesía; esbozar líneas de investigación en torno a lo literario y popular, etc. Los dieciocho ensayos así lo demuestran, pues cada uno se ofrece como puerta a distintas reflexiones.

La finalidad persuasiva de *La experiencia literaria* estriba en la experiencia del escritor como estudiante, profesor, diplomático, humanista, orador, y otras labores que desempeñó en distintas instituciones que le ayudaron a consolidar su estatus en el campo intelectual. El objetivo se cumple: traza las coordenadas de temas que más tarde abordará, y enseña con el ejemplo para convencernos de la utilidad de su profesión.

3.2 CONFESIÓN CREATIVA DE LA EXPERIENCIA: CUALIDADES ENSAYÍSTICAS DE LA OBRA

La actividad ensayística de Alfonso Reyes se relaciona con su contexto histórico. *Los cartones de Madrid* (1917), por ejemplo, que dan testimonio de su paso por aquella ciudad, pues sus crónicas describen su sentir cuando como exiliado ganaba “el pan con su pluma” y adquiría experiencia y conocimientos como comentarista y filólogo. Aunque estos rescoldos entre vida y obra pueden perseguirse en la totalidad de trabajos de Reyes, es en el ensayo donde mejor se exponen ya que éste es la mejor vía que tiene el autor para expresar su sentir en el mundo. Enseguida, con la guía de teóricos del ensayo como Liliana Weinberg, Blanca García Monsiváis y John Skirius se valorarán las cualidades ensayísticas de *La experiencia literaria*. Allí, Alfonso Reyes confiesa su “poética del pensar”, pone delante de nuestros ojos el resultado de la operación de su espíritu, la visión de mundo del humanista, nos comparte sus experiencias entre libros, y a la vez, el ensayo se revela como forma de expresión intelectual en la que se tejen redes discursivas, un diálogo con otros intelectuales. Todo, vinculado a su intención comunicativa, la exposición de su experiencia literaria.

Si el acto de ensayar presupone una operación intelectual, “una *operación del espíritu* que corresponde al acto de entender” y por tanto “la puesta en práctica de nuestra capacidad de interpretar la experiencia y dar un juicio sobre la realidad desde una perspectiva personal” (Weinberg 2006: 23), entonces Alfonso Reyes en *La experiencia literaria* comparte generosamente al lector sus juicios sobre su oficio como escritor, viajero y diplomático, en una suerte de enseñanza didáctica a través del ensayo. Asimismo, estos ensayos sirven como apuntes para un trabajo más sistemático, pues Reyes comienza a clasificar y a enumerar sus experiencias, divide en apartados los subtemas a tratar para ordenar sus comentarios y su entendimiento. Por ejemplo, al sistematizar sus apuntes sobre el lenguaje en “Hermes o de la comunicación humana” divide en catorce apartados su trabajo: en el primero, como para abrir boca, plantea algunas reflexiones en torno a la escritura; después explica una metáfora para comenzar el tratamiento del tema, en este caso, la comunicación humana; se concentra en las etapas anteriores al lenguaje como la mímica; continúa con su exposición y presenta la palabra y los sonidos; sigue y opina sobre la memoria; y cuando el lector piensa que abandona el tema, Reyes continúa hacia su meta, pero toma atajos para hablar de los signos, las lenguas, y finalmente termina con sus reflexiones en torno al regreso a la mímica, el uso de intérpretes y la adopción de una lengua internacional; sin embargo, cuando está a punto de terminar, nos regala sus últimas consideraciones sobre la representación gráfica y los mecanismos auxiliares del lenguaje.

La disposición de sus ensayos presenta el trabajo anterior a su escritura, el ordenamiento de sus ideas, incluso las representaciones previas que tuvo al concebir el tema, sobre todo su *intellectio*,²⁰ esto

²⁰ La *intellectio* es una pre-operación retórica que surge modernamente. Nos permite saber: si la causa del discurso es una tesis o una hipótesis; si el estado de la causa es dudoso o inexistente, y si el discurso tiene como centro la moral o el sentimiento. Precede al resto de las operaciones retóricas: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, memoria y *actio*. Cf. en Pujante, 77-79.

es, las circunstancias, la causa y la finalidad de su discurso. Esto le sirve para definir el tratamiento de cada asunto y le abre una infinidad de posibilidades, porque como apunta Alfonso Rangel Guerra:

[...] el ensayo se denomina así porque es precisamente: una búsqueda, quizá una mera hipótesis, o aun tal vez apenas una idea lanzada al vuelo y surgida de la imaginación, o a veces de la capacidad inventiva del pensamiento. Sin embargo, hay ocasiones en que el ensayo es vía de expresión para reflexiones maduradas a lo largo del análisis concienzudos, a partir de las ideas libres cuyo derrotero inicial no se sabe aún a donde conducen. Toda esta variedad de posibilidades puede impulsar el pensamiento del ensayista y su pluma traducir estas ideas y planteamientos en una escritura diáfana, capaz de sostener y construir una forma literaria rica en la elaboración de visiones del mundo, del hombre y de la existencia. (1997: 10-11).

Dicha búsqueda, producto de la aprehensión de conocimientos, se traduce en interpretaciones de su realidad. Así sacia su espíritu curioso, porque al escribir ensayos, cuentos, poemas o ficciones ejerce su libertad de expresión y retroalimenta sus experiencias.

La sabiduría de Reyes no proviene solamente de sus libros, ya que gran parte de sus conocimientos y experiencias los adquirió como estudiante, colaborador de revistas, cronista, traductor y editor. Su cargo de diplomático le sirvió para observar la realidad europea y sudamericana, sin olvidar su país, aquél que él representaba ante otras naciones, del que tuvo informes a través de su correspondencia. Todo el conjunto de experiencias: “el pensar, entender, interpretar, explicar, criticar, explorar, viajar, crear, imaginar, recordar, conversar, discutir, convencer, participar” (Weinberg 2006: 329), en pocas palabras el vivir su acontecer de cada día, son derechos que conquistó y manifestó en sus ensayos.

Alfonso Reyes se encuentra como espectador desde un balcón político, observa, entiende e interpreta. He aquí el trabajo más difícil del ensayista, interpretar:

El ensayo es así interpretación: traer al presente, reactualizar, experimentar intelectualmente, llevar a cabo un proceso de intelección.

[...]

Ensayar es pesar, sopesar, intentar, examinar, evaluar en rigor, las distintas acepciones del término remiten a la actividad siempre alerta de quien debe a cada momento medirse con el mundo y medir el mundo: interpretar para actuar e incidir, en un campo simbólico que traduce a su vez el campo de la práctica. (2006: 75)

En “Escritores e impresores”, discurso leído para una asociación de tipógrafos, se observa el carácter diplomático de Reyes, pues comparte su experiencia, los gajes del oficio de ser tipógrafo, cuando él revisaba las pruebas de las ediciones de sus libros. Su discurso se centra en alabar este trabajo y elevarlo hasta destacarlo en sumo grado. Reprueba la errata y para ello cuenta sus anécdotas en los diarios de Madrid, o las experiencias de otros escritores; señala las bondades del gazapo cuando cambia para bien un texto e indica el mal trabajo de edición a uno de sus libros en cierta imprenta. Reyes crea un vínculo afectivo con su auditorio, se siente una hermandad con el público al que habla, pues sus palabras van dirigidas como a un colega. Se condena a la errata, pero no el trabajo del tipógrafo, ni el de aquellos que deshicieron su libro. La exhortación final: “Continuad por donde vais. Cuidad de que nada empañe ese espejo de alma nacional que son nuestras artes gráficas” (177) es un estímulo al trabajo, no sólo de esa asociación, sino de todos los tipógrafos. Así es como Reyes utiliza las palabras correctas para crear una buena disposición y aceptación ante su auditorio.

Como anota Julio Ramos: “la forma del ensayo es el acto de intermediación por excelencia: mediatiza, gracias al acto interpretativo, entre el interior de lo bello (la poesía) y las exigencias de la sociedad” (215). La práctica del ensayo en el regiomontano corresponde a su función como intelectual dentro del campo de poder cultural. Durante sus años como diplomático estuvo al amparo del Estado y su experiencia como escritor lo respalda. A cada paso, lo acompañan las instituciones y las “gratas compañías”, que van legitimando sus actos culturales. El ensayo, entonces, compromete y fortalece la

posición de Reyes en el campo intelectual en el que se mueve, favorecido por las instituciones, de las que abreva conocimientos y que también lo consagran como miembro plenamente reconocido. El diplomático, escritor y viajero cuando escribe, “resuelve así simbólicamente la forma de vínculo entre el intelectual y su sociedad [...]” (Weinberg 2006: 298), de tal modo que se compromete con su público actual y transmite sus conocimientos, generación tras generación.

Para Alfonso Reyes, el ensayo representaba “el centauro de los géneros donde hay de todo y cabe todo”; por ende, el aspecto formal del género permite desde la convivencia de variedades del discurso: narración, exposición, argumentación, exhortación, etc., hasta “el debate a viva voz, el diálogo mordaz, la pintura de costumbres, el diálogo adopta muchos registros: la conversación, la protesta, la polémica, la sátira, la crítica, la ironía, la arenga, la farsa, formas todas emanadas de la discusión en un espacio público simbolizado” (280). En efecto, se entabla un diálogo interdisciplinario, entre prácticas discursivas, que le sirven a Reyes para proponer sus lecturas e interpretaciones.

Muchas redes discursivas se entrelazan en los ensayos de Reyes, sobre todo cuando sirven para el tratamiento de sus temas. En “Marsyas o del tema popular”, verbigracia, se conjugan diferentes registros discursivos en su exposición. El asunto a tratar es el folklore y sus manifestaciones; primero, en un tono académico señala las definiciones del folklore de diferentes escuelas; y después, trata el tema desde tres perspectivas: su difusión, su contenido semántico y su carácter social. Sus planteamientos abarcan ejemplos del verso, la estrofa, la frase hecha, las expresiones lingüísticas, las canciones populares, la lexicografía, elementos coloquiales, sentencias, proverbios, refranes, juegos de palabras, adivinanzas, fórmulas verbales, las “jitanjáforas” (juegos irracionales de la lengua), coplas, romances, el corrido, fábulas o apólogos, la anécdota, el chascarrillo, las leyendas, las tradiciones y el teatro popular; esto como muestra de la tradición oral mexicana, española, americana y europea.

Gabriel Zaid defiende el ensayo alfonsino porque lejos de ser un compendio de información enciclopédica, Reyes “propone su particular forma de ver el mundo. ‘La carretilla alfonsina’ es la que distingue el método, la forma y el contenido de crear nuevamente el mundo a través del ensayo [...]” (31). Sobresale el método, el secreto que sólo él guarda, su sazón, pero principalmente su condición de esteta le hace equilibrar “arte y ciencia”. Y prosigue Zaid con el encomio al alabar el simple acto de ensayar, de proponer, de crear un nuevo texto:

Un ensayo no es un informe de investigaciones realizadas en el laboratorio: es el laboratorio mismo, donde se ensaya la vida de un texto, donde se despliega la imaginación, creatividad, experimentación, sentido crítico, del autor. Ensayar es eso: probar. Investigar, nuevas formulaciones habituales por la lectura, nuevas posibilidades de ser leyendo. [...] El ensayo es arte y ciencia pero su ciencia principal no está en el contenido acarreado, sino en la carretilla; no es la de profesor (aunque la aproveche, la ilumine o le abra caminos): su ciencia es la del artista que sabe experimentar, combinar, buscar, imaginar, construir, criticar, lo que quiere decir, antes de saberlo. El saber importante en un ensayo es el logrado al escribirlo: el que no existía antes, aunque el autor tuviera antes muchos otros saberes, propios o ajenos, que le sirvieron para ensayar. (31)

La intención de Reyes es comunicar esa experimentación del lenguaje en su profesión, lo que significa para él su trabajo como escritor en distintas facetas. Comparte al lector su circunstancia, su quehacer y busca contagiar su emoción no sólo por el fenómeno literario y poético, sino también como hablante, curioso de la lengua, como aquél que va por el mundo coleccionando “jitanjáforas”, refranes, proverbios o cualquier frasecilla curiosa. El ensayista nos invita a través de su obra a mirar el mundo, aquél que lee y escribe, comenta y critica. Así, “el ensayo se nos muestra como la más privada forma de vivir lo social y la más pública forma de vivir lo social y la más pública forma de dar a conocer nuestro singular modo de sentir el mundo (Weinberg 2006: 328).”

“Confesarse, persuadir, informar; crear arte: cierta combinación de estas cuatro intenciones básicas habrá de encontrarse en las obras de la mayoría de los ensayistas literarios de Hispanoamérica

en el siglo XX.” (Skirius 10). Estas cuatro características las reúne Alfonso Reyes en sus ensayos, especialmente en *La experiencia literaria*, creación artística que habla por sí misma. En el apartado anterior, al asomarnos a la retórica de Reyes nos percatamos de que la creación va de la mano de la persuasión; en éste, hemos hablado de la acción de confesar sus conocimientos y experiencias, y en el siguiente terminaremos por analizar la información que nos transmite a lo largo de sus dieciocho ensayos.

3.3 CREACIÓN ARTÍSTICA: REFLEXIÓN EN TORNO AL LENGUAJE Y LA ESCRITURA

El ensayo es creación artística, como afirma Skirius; *La experiencia literaria* lo es de forma general e individual. Reyes preparó su contenido, corrigió, refundió, adornó y depuró su trabajo de más de una década para presentarlo adecuadamente al lector. Al analizar los ensayos de manera global, como un solo producto, bajo el título descriptivo de *La experiencia literaria* o *Coordenadas*, cada ensayo no pierde su singularidad, o su contenido y variedad de estilo y de registros pasan desapercibidos; antes bien, la suma de todos ellos adquiere una finalidad distinta de los años treinta, cuando éstos aparecieron en artículos de revista o formaron parte de discursos pronunciados ante un determinado auditorio; a los años cuarenta, cuando reunidos, junto a otros, forman un solo libro. Su contenido y asunto es el mismo, lo que cambia es su finalidad. Primero elucidaremos aquello y al final esto.

Los ensayos reunidos en *La experiencia literaria* han sido clasificados como teóricos por José Luis Martínez, quien hace una clasificación completa, aunque no absoluta, de toda la obra ensayística de Alfonso Reyes entre 1951 y 1955. El conocimiento de la estructura de los ensayos, el asunto desarrollado en cada uno de ellos y la forma en que fueron escritos son guías para su cuidadosa clasificación. Sin embargo, mi interés no es proponer otra taxonomía ensayística que responda a la

necesidad de explicar a un tipo de Reyes, como el helenista, el historiador, el poeta, o el narrador, sino distinguir las características de su prosa ensayística, los recursos retóricos y poéticos de un intelectual que preparó una suerte de antología con fragmentos de su experiencia personal, lo que sería el antecedente a su teoría literaria.

Antes de adentrarnos en la materia, partamos del sexto grupo de la clasificación que hace José Luis Martínez, donde se encuentra *La experiencia literaria*. Estos ensayos, junto con *El suicida* (1917), *A vuelta de correo* (1932), *La X en la frente* (1952) y *Tres puntos de exegética literaria* (1945), los cataloga como “teóricos”, porque en su opinión constituyen un “precioso repertorio de ensayos que aclaran y ordenan los conceptos y funciones principales del oficio literario” y sus proposiciones “transitan por el campo puro de los conceptos” (Martínez 1992: 24). Quizá sea conveniente explicar algunos conceptos como teoría²¹ y crítica literaria para poder hacer también el deslinde entre términos literarios. Si los ensayos de *La experiencia literaria* son teóricos es porque tratan conceptos abstractos, en este caso, el lenguaje, la poesía, la literatura, entre otros; y por ende, son antecedentes a *El deslinde*, la teoría literaria de Reyes, que consiste en su particular acercamiento al fenómeno literario, su explicación a partir de su experiencia y lecturas, su sistematización de conceptos y sobre todo el deslinde de lo literario de lo ancilar; los préstamos (de lo literario) de los empréstitos (lo que la literatura toma de lo no literario). Esta teoría, perspectiva de lo literario no se encasilla o se liga a otra forma de concebir la literatura, es decir, no se fundamenta en otras teorías o escuelas en boga. Sus ensayos sobre crítica literaria muestran sus juicios, impresiones y reflexiones sobre textos literarios, pues como dice en “Aristarco...”, que “la crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse

²¹ Sebastián Pineda al sumergirse en la teoría de Reyes de *El deslinde* y sus obras teóricas antecedente de éste, hace una útil y pertinente deslinde entre ciencia y teoría literaria: “La diferencia entre ciencia y teoría radica en que ésta es un conocimiento abstracto de las nociones, mientras aquélla un estudio de las aplicaciones. La primera observa el fenómeno de la literatura en general; la segunda analiza e interpreta la literatura de una obra en particular. [...] Al fin y al cabo toda teoría reside en un servicio para la aplicación, en un sentido práctico” (Pineda 12).

cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo” (94); así la crítica “explica el encomio y enriquece el disfrute” (97), según la impresión, la exégesis y el juicio, grados de la crítica, al parecer de Reyes.

El asunto de *La experiencia literaria* es el lenguaje verbal y escrito, expresado popularmente y poéticamente en el habla y la escritura. Alfonso Reyes se centra en dilucidar qué es el lenguaje, la literatura, la crítica, la poesía, la biografía, lo popular y en su camino, también enaltece la labor de editor, traductor, crítico, impresor y tipógrafo. Este afán de teorizar puede explicarse en parte por la profesionalización de la literatura, por la necesidad de ordenar sus escritos y también como respuesta a sus colegas, amigos y discípulos, quienes prestaban especial atención a sus publicaciones. Para Reyes es de suma importancia aclarar su interés por el lenguaje desde *La antigua retórica*, pues a su juicio, “[...] el hombre mismo ha sido hecho por el lenguaje. [...] La Antigüedad sintió agudamente que el lenguaje es el sostén de la vida humana, el Logos” (366); como buen profesionalista de la palabra, conoce su materia prima y se arriesga a definir los avatares de su trabajo. El lenguaje es entonces el instrumento de comunicación que forma civilizaciones, pero también las unifica, según Helena Beristáin, porque: “Reyes quiere preservar la lengua como herramienta para compartir la civilización europea de raigambre grecolatina que ya está instaurada en nuestras naciones, porque constituye nuestro vínculo y garantiza nuestra concordia y nuestra unión en un solo bloque bien integrado en su identidad cultural y con peso internacional en el horizonte del futuro” (14).

En “Apolo o de la literatura” Reyes apunta que: “el contenido de la literatura es, pues, la pura experiencia, no la experiencia de determinado orden de conocimientos (71)” y la tacha de ser “mentira práctica, verdad psicológica, definida como una verdad sospechosa” (71). Más abajo anota que “el habla es esencia, la palabra contingencia” (71). Y por último dirá que “la literatura conforta y libera,

multiplicando, en otra zona mejor, nuestras posibilidades de existencia” (86). En las anteriores afirmaciones, el ensayista quiere resaltar las características de la literatura, de lo literario, no comúnmente señaladas por otras teorías, pues sus definiciones se basan en lo que representa para él: una mentira liberadora. Igualmente, ocurre en “Jacob o idea de la poesía” cuando dice del poeta que: “no debe confiarse demasiado en la poesía como estado del alma, y en cambio debe insistir mucho en la poesía como efecto de palabras” (90), y de cómo debe obrar: “[...] el poeta debe ser preciso en las expresiones de lo impreciso. Nada se puede dejar a la casualidad. El arte es una continua victoria de la conciencia sobre el caos de las realidades exteriores. Lucha con lo infame: ‘combate de Jacob con el ángel’, lo hemos llamado” (91). La definición se aleja de nociones abstractas o de la función referencial del lenguaje, pues prefiere la cualidad evocativa de las palabras y dinamiza el concepto con la vida que le transmite el ensayista a través de su experiencia.

A partir de estas citas en torno al lenguaje y la literatura, podemos sacar algunas conclusiones respecto de la función social que ellos desempeñan. Por una parte, el lenguaje, la facultad para comunicarse, especialmente el articulado, identifica y unifica a los individuos de una comunidad de hablantes. Por otra parte, la literatura es universal, como explica con más detenimiento en *El deslinde*: porque el fenómeno literario se mueve por todas las disciplinas, mediante los préstamos de la literatura y los empréstitos que hace de otros campos. “*El deslinde* es, en suma, un descubrimiento de la universalidad semántica y lingüística de la literatura” (Pineda 66). La teoría literaria de Reyes deviene de una observación cuidadosa del fenómeno literario que explica mediante las funciones de la literatura (drama, novela y lírica) y las tres notas del lenguaje (comunicativa, acústica y expresiva). Como señala en *El deslinde*: “La literatura es la manifestación más universalmente humana. La ciencia que la estudia acentúa por eso su universalidad. (...) al integrar sus grupos metódicos (único caso en que alcanza

verdadera categoría científica), tiende a los grandes saltos perennes del pensar literario y, por aquí, a los rasgos más fundamentales y básicos de la humana estirpe, al punto que cobra suma validez antropológica” (178, 179). Es decir, al dar la categoría de universal a la literatura se busca extenderla, difundirla, estudiarla y enseñarla a todos, como se verá más adelante.

Con base en lo anterior, apoyándome en el asunto de *La experiencia literaria* y en las herramientas ensayísticas y retóricas he encontrado que el texto responde a varias intenciones más que comunicativas. Primero, sirve como manual de texto, donde anota sus cátedras “dictadas a lo largo de las provincias mexicanas con el patrocinio de la Universidad Michoacana, que nuestro teórico llama ‘universidad andante’ por el método peripatético de enseñanza” (Pineda 3-4). Reyes reúne sus artículos y conferencias dispersas para dictarlas; sus textos hasta ese momento no son más que escauceos teóricos que le sirven para compartir con otros sus ideas sobre la lengua, la literatura y su profesión desde su experiencia personal autodidacta y sin afiliación a escuela alguna.

Segundo, es un intento de sistematizar y ordenar sus artículos publicados en la década de los treinta, prelude a su teoría literaria; en este sentido los ensayos son una suerte de apuntes y notas. Su homónimo Alfonso Rangel Guerra cuenta que el regiomontano partió de sus preocupaciones para elaborar su vasta obra, entre ella su teoría literaria. En este caso, *La experiencia literaria* sirve a su autor para esclarecer los temas que le preocupan en los campos en los que se había desempeñado hasta entonces; de tal forma que su obra equivaldría a un distanciamiento con su profesión para cuestionarse y reflexionar sobre ello. En este sentido, sus ensayos son descubrimientos del autor en los que emplea un metalenguaje creativo para explicar su quehacer literario, salvo que no se encuentran atiborrados de tecnicismos, sólo los indispensables; al contrario, al hablar de lo literario, lo popular y la crítica el ensayista demuestra su capacidad para seleccionar las palabras adecuadas para informarnos con detalle

de sus puntos de vista al respecto. Del estilo de cada ensayo se desprende su accesibilidad porque de su benevolencia con el lector también se resalta su elocuencia, sus virtudes como creación artística, como se anotaba arriba, pues *La experiencia literaria*, como otros de sus libros de ensayos, sorprende por su literariedad, porque expresando lo que es literario Reyes hace literatura. Y esto sólo se consigue con grandes esfuerzos, porque “para conseguir que lo escrito cause el efecto *touché*, que dicen los franceses, antes se requiere de un ejercicio tremendo: borrar, pulir continuamente porque el ejercicio artístico no cae del cielo sino que se forja y se trabaja” (Pineda 114); de ahí que la corrección de los ensayos sea una característica de Reyes, porque aunque pareciera que repite artículos sobre un mismo tema rehace y reconstruye nuevos textos para lectores distintos y su finalidad es diferente.²²

Tercero, los ensayos mantienen un diálogo con otros literatos e intelectuales y en ellos se asoman varios intertextos: lecturas y estudios de colegas del ensayista. En efecto, desde la publicación de su primera obra *Cuestiones estéticas* hasta sus reediciones de *Ifigenia cruel* o *Visión de Anáhuac* por mencionar sólo algunas, Reyes distribuía los ejemplares entre sus colegas y amigos de otras latitudes; además, aunque distante siempre se mantenía informado de los principales sucesos, tanto sociales como políticos y culturales de diferentes partes del mundo. Conocía, por ejemplo, las ideas en torno al lenguaje y la literatura, desde las vanguardias hasta los movimientos literarios en México, como el estridentismo, los contemporáneos, los indigenistas y los estériles debates en torno a lo cosmopolita y lo nacional.²³ Como podemos ver, Reyes contrasta sus ideas sobre la “verdadera literatura”, pero no

²² Permítanme insistir en este punto: el papel de la crítica y la importancia de la revisión de textos que se señalan en los ensayos de *La experiencia literaria*, específicamente en “Aristarco o de la anatomía de la crítica”, “Sobre la crítica de los textos” y “Escritores e impresores”. Al respecto, se podría estudiar ampliamente la relación que existe entre la crítica entendida por Reyes, y el ejercicio de corrección y depuración de textos que explica y practica a lo largo de su vasta obra. La labor importantísima del tipógrafo, así como del escritor, primer editor de la obra, en quien cae la primera responsabilidad de revisar su texto, de corregir, omitir, insertar, sustituir, abreviar o corregir algún gazapo.

²³ Me refiero especialmente a las polémicas mexicanas entre contemporáneos y estridentistas, entre nacionalistas y cosmopolitas, los debates en torno a la literatura “afeminada” y “viril”, la influencia de la Revolución en la literatura y otros estudios literarios. Tales perspectivas, más que ser polémicas sobre estéticas pugnaban por una literatura asociada a

etiqueta a su obra como “auténticamente nacional” o “vanguardista”; al contrario, intenta aplacar los ánimos entre movimientos literarios y diferentes escuelas, sus esfuerzos van encaminados a deshacer encuadramientos o generalizaciones sobre la literatura e incluso trata de disolver dicotomías sobre lo nacional *versus* lo cosmopolita. Al publicar su experiencia literaria, Reyes va más allá al replantear el papel de la crítica; vira el sentido de los estudios lingüísticos y literarios, pues, a mi modo de ver, deja de lado las concepciones totalitarias sobre la literatura para agitar las aguas de la crítica, pues opta por definiciones y lecturas más libres al alcance de todos, sin ataduras a moldes o formas de pensar, al incentivar con su obra la transmisión de experiencias personales, de diferentes acercamientos a la literatura y al lenguaje; y de esta forma, el ensayista “ofrece una opinión orientadora que ilumine a sus coetáneos, colaborando así a la posible solución de los problemas” (Arenas, 458).

Por último, *La experiencia literaria* puede ser considerada como un proyecto cultural y educativo debido a su brevedad y sencillez: como una forma de acercar estos conceptos, pues la preservación de los conocimientos literarios es una forma de hacer cultura. Mediante el aprendizaje de la palabra, Reyes espera una salvación por vía de las humanidades, armas para enfrentar las embestidas del mundo, pues ya desde el Ateneo de la Juventud, el humanista abogaba por la formación humana que se adquiriría mediante su estudio.

Del tratamiento del tema ya se ha hablado, es decir de la presentación de sus vivencias y conocimientos, además de los recursos retóricos que emplea. Reyes anima su discurso con una anécdota propia y la adereza con las peripecias de otros escritores. Nos transmite sus saberes sin parecer presuntuoso; al contrario, se muestra generoso con el lector al moderar tanto el contenido como la forma de sus discursos. Reyes también hace “de la prosa ensayística un campo principal de la tarea

movimientos políticos, culturales y sociales. Reyes mismo entra en la discusión al aclarar en qué consiste la universalidad de la literatura, pues más que cerrarse a una ideología, trata de disolver disputas para proponer una perspectiva conciliadora y unificadora para trabajar en pro de su nación y de América.

literaria y creadora que se enfrenta al problema de la expresión” (García 67). Presenta artísticamente sus reflexiones en el ensayo,²⁴ pues “con Reyes el género se transforma en una manifestación estética elevada, una conjunción de la vida artística más elevada y el conocimiento más riguroso” (González 390).

Arriba dejamos anotado que la obra que aquí nos ocupa trata de la propia experiencia profesional del escritor; pues bien, vida y obra se conjugan en él, pues propone compartir su práctica mediante el ensayo; como afirma Rangel Guerra: “su vida se explica por su obra literaria; y a la inversa, ésta por aquélla. En esta influencia recíproca de vida y obra, las ideas y reflexiones sobre el trabajo literario surgen desde esa posición en la que el escritor se asoma, a un mismo tiempo, al interior de la literatura y a la visión de su propia experiencia, pues en ésta se le descubre la naturaleza del proceso creativo” (1989: 40).

El itinerario de Alfonso Reyes después de su exilio fue el siguiente: estuvo en España (1913-1924) donde se mantuvo de su pluma; en Francia (1924-1927) como ministro; en Argentina (1927-1930 y 1936-1937) y en Brasil (1930-1936) como embajador, y finalmente en México (1939-1959) como fundador de la Casa de España. Después dirigió el Colegio de México y el Colegio Nacional; fungió como catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras y otras instituciones educativas y fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua Española.

La fundación y administración de la Casa de España (después El Colegio de México) es una de las empresas más importantes que realiza al volver de Sudamérica. Este centro de estudios se convierte en refugio del pensamiento y de las humanidades. La coyuntura política permite que se den las

²⁴ Además, como dice Sebastián Pineda: “toda comunicación conlleva una estética” (59). Reyes resuelve los compromisos de su ética con una estética, porque el contenido está relacionado a estas dos disciplinas: con el deber de transmitir sus conocimientos, de educar y compartir su profesión de una forma artísticamente bella.

condiciones de posibilidad para que el proyecto cultural de Reyes se lleve a cabo. Las redes que construyó en su exilio fueron fundamentales para la concentración de intelectuales en México a finales de 1940. Por una parte, Reyes saldaba su deuda de gratitud con sus amigos europeos; y por otra, cumplía su sueño: hacer de México una Atenas

Reyes comienza a hacer público su diálogo con otros colegas, es decir, a tomar partido y a sacar provecho de ello.²⁵ Su sociabilidad, generosidad, mesura y simpatía le permitieron extender sus redes intelectuales, crear instituciones y construir lazos fraternos, como su sueño: acercar a los pueblos, y estratégicamente comenzó por unir a los intelectuales. Por correspondencia alentaba a amigos, criticaba a otros y también se informaba de las novedades en su país y en el mundo cultural. Al tomar Reyes la pluma y discutir en los textos con otras autoridades, hacía de su ejercicio crítico una profesionalización de la crítica. Su condición como escritor no le permitía ser simple espectador o lector, pues sus conocimientos asimilados y su práctica tenían que ser confrontados, reflexionados y dialogados con otros. Otras características del intelectual son su papel de intérprete de la experiencia contemporánea y de comentarista de su tiempo, como señala Ordóñez al hablar de los intelectuales diplomáticos (38). Cuando trata de sistematizar su teoría entra en conflicto al abrir nuevas perspectivas de análisis. Sus ensayos, crónicas, artículos, conferencias y demás siempre aparecen vinculados con su ejercicio intelectual, con su observación, análisis y crítica de la realidad.

²⁵ Maestre, por ejemplo, señala que durante la primera estancia de Reyes en Brasil se activa su ejercicio intelectual: “Reyes despliega una serie de estrategias y actividades intelectuales, que van desde contar sus impresiones a través del género epistolar («Cartas fluminenses») hasta poner en circulación el primer número del famoso *Monterrey, correo literario*, pasando por una serie de conferencias y artículos sobre cultura, educación y literatura de Iberoamérica, encaminadas todas ellas a reforzar el constante *afán* de comunidad iberoamericana, a mostrar la especial unidad y continuidad de la Historia de Iberoamérica” (31). Son necesarios y merecen un cuidadoso análisis los estudios tanto de *Monterrey* como de aquellos documentos que evidencian la sociabilidad intelectual (epistolarios, reseñas, prólogos, estudios preliminares, introducciones, conferencias, entre otros).

Ahora bien, toca ver cómo se enfrenta el escritor intelectual ante la sociedad, cómo se desenvuelve en su campo, y cómo representa su autoridad cultural que sus semejantes le han conferido, esto ligado sobre todo a su condición de embajador. Evaluemos entonces su desempeño como intelectual, a partir del análisis de *La experiencia literaria*, una de sus obras ensayísticas preliminar a su obra teórica. Resulta conveniente citar que para Ordóñez, los escritores diplomáticos cumplían cabalmente la definición de intelectual, según Roderic Ai Camp, es decir: “un individuo que crea, pondera, analiza o presenta símbolos trascendentales, valores, ideas e interpretaciones de manera constante ante una audiencia amplia; esto es, no como un especialista en determinada disciplina sino como un innovador en una o más de ellas. Capaz de desenvolverse y comunicarse con otros en diversos campos” (39-40).

Sus interpretaciones van a parar al discurso oral o escrito, porque sus evaluaciones interesan en tanto que es reconocido como autoridad; sus puntos de vista son pronunciados y publicados, congelados en bitácoras, informes, diarios, memorias o cualquier documento que dé fe de su examen del mundo. Esta forma de actuar del escritor, en este caso del diplomático puede parecer pasiva, pero no olvidemos el poder hacedor y destructivo de la palabra, que en este caso se dosifica gracias a la retórica del ensayista.²⁶ Al respecto, Blanca García encuentra que Reyes crea en sus ensayos una estrategia literaria que en lugar de proponer el conocimiento de identificación con unas normas de intelección, propone una multiplicidad de maneras en que se ejerce, de modo que el saber no permanece sujeto a las leyes de un tipo de comprensión, sino a una diversidad de modos de aprehensión y exposición (26). En la pluralidad de ideas y de formas de representar sus valoraciones, Reyes tercia

²⁶ Sería conveniente ahondar este punto con un estudio sobre su *ethos* vinculado a sus discursos, pues su cargo de diplomático lo distinguió por un discurso mediático y conciliador; su retórica por tanto, se sitúa en un punto medio, puesto que en ocasiones sus acusaciones van acompañadas de defensas, sus alabanzas de vilipendios para terminar con sugerencias, consejos o propuestas.

su palabra, pues sus perspectivas siempre abiertas a un intercambio de ideas, de opiniones y juicios contribuyen a renovar cualquier representación mental. Por otra parte, su afán de corregir comprende también una actualización de ideas, pues consigue poner en diálogo textos antiguos o quizá olvidados, con textos más recientes.

Como embajador cultural, Reyes amplió su visión del mundo y aprendió a diseñar estrategias de comunicación con la comunidad letrada y política, mediante sus proyectos editoriales, sus relaciones públicas, su correspondencia, entre otras, para posicionarse en el campo intelectual. Su moralidad, aunada a sus propósitos culturales y humanísticos, refleja un intelectual en potencia. Algunos de los encomios aluden a su alta figura y a su renombre, por ejemplo, el que hace Rangel: “Escritor de ideas, hombre de letras, de Alfonso Reyes se puede decir, utilizando la definición de hombre culto de José Ortega y Gasset, que fue un hombre a la altura de las ideas de su tiempo” (1989: 17), o el de Maestre:

Reyes es grande porque ha hecho de la literatura profesión. Ha convertido la profesión de literato, de escritor, en un digno destino, y ha elevado el ensayo a modelo moral de la cultura hispanoamericana. El ensayo es la mejor manera que tiene el especialista de convertir su «saber» en cultura, de integrar sus conocimientos con el resto de la humanidad, de no perder de vista, como nos enseñó la cultura de la antigüedad, «sus destinos sociales» (12).

Precisamente la grandeza de Reyes se debe a su actividad profesional y porque en el ensayo no sólo desemboca su ejercicio crítico, sino también sirve como recurso didáctico para la transmisión de conocimientos. En el caso de *La experiencia literaria*, nos transmite sólo un poco de su acercamiento al lenguaje, a la literatura y a su profesionalización; nos comunica apenas algo de su valoración crítica, y nos invita a participar de la experiencia literaria, principalmente porque, como dice en “Apuntes sobre la ciencia de la literatura”:

El tesoro de la experiencia humana está contenido en la literatura; y al que no ha alcanzado el conocimiento, ese tesoro sólo se le comunica en vagos vislumbres. Es como el gallo con la perla: ¡qué va a hacer el pobre! Denle un gusanillo de tierra si quieren contentarlo. La experiencia literaria supone la comunicación de una obra literaria. A depurar y perfeccionar semejante comunicación se aplica el método. Después viene el juicio, la valoración (Reyes, *Obras completas*, t. XIV, 327).

De este modo, el ensayo no es un pretexto para alardear de sus lecturas o erudición, pues considera necesaria la experiencia literaria y la sensibilización de las humanidades en la educación de los hombres. La utilidad de los ensayos de *La experiencia literaria* es diversa por sus diferentes propósitos, pues sirve de guía al ser manual de cursos; responde a una necesidad de sistematizar sus trabajos; mantiene un diálogo con otros intelectuales y sobre todo, tiene un propósito educativo porque buscar formar especialmente intelectuales. Un proyecto educativo se estaba consolidando en *La experiencia literaria*, porque en el año de su publicación Reyes ya impartía cursos y conferencias en varias instituciones educativas. En el siguiente apartado abordaré los alcances de la obra vinculados al compromiso moral del intelectual y las ideas educativas del mexicano universal.

IV. HACER POSIBLE UN PROGRAMA INTELECTUAL

No basta saber: hay que aplicar.
No basta querer: hay que obrar.

JOHANN WOLFGANG GOETHE

En este último apartado es menester ahondar en ciertos conceptos que se han relacionado con la teoría y práctica de Alfonso Reyes, tales como: cultura, inteligencia, civilización, síntesis, acción, proyecto, misión, moralidad, *paideia*, heroísmo, entre otros; esto con la finalidad de reunir observaciones, comentarios y reflexiones sobre estos temas que han desarrollado diferentes críticos¹ y fundamentalmente para mostrarlos como defensa de esta disertación: que *La experiencia literaria* muestra visos de un proyecto cultural y educativo del humanista.

Para elucidar la empresa cultural que lleva a cabo Reyes, a partir de su llegada a México, sondearé la moralidad del escritor, relacionada a su deber y ser en la sociedad; el humanismo social que se desprende de lo anterior; la importancia de la educación; la propuesta del intelectual vinculada al alcance de *La experiencia literaria* y, por último, las virtudes de su idiosincrasia que lo hacen ser un héroe cultural. Partiré de la doctrina americanista de Alfonso Reyes, aquella que en la década de los treinta desarrolló durante su estancia en Sudamérica, atestiguada en sus ensayos de *Última Tule* (1942) y de *Tentativas y Orientaciones* (1944), textos que dejan ver su filosofía social y un programa cultural

¹ Trabajos de críticos de Liliana Weinberg, Rafael Gutiérrez Girardot, Manuel Olguín, Agapito Maestre, Leonardo Martínez Carrizales, entre otros, han señalado esta faceta del autor, la del humanista comprometido con su realidad social.

para México y América.² Además, haré mención somera de las ideas de Werner Jaeger y su *Paideia* en el subcapítulo correspondiente a Alfonso Reyes y la educación, y de Weber en el apartado final en el que se abordan las características del hombre político, el *ethos* del hombre cultural.

4.1 LA MORALIDAD DEL ESCRITOR

En el segundo capítulo se habló de la vocación de Alfonso Reyes, de su paso de estudiante, profesor e investigador y diplomático a reconocida autoridad cultural. La profesionalización de su escritura obedeció a la coyuntura de su tiempo, pues fue resonancia de las actividades del hombre de letras del siglo XIX mexicano, ocupaciones civiles y políticas vinculadas a un proyecto de nación, que reflejaban el lema del Porfirismo: “Orden y progreso”. En este sentido, las letras desempeñaban por una parte, un papel regulador en la construcción de las leyes, la composición de discursos y la educación de los ciudadanos; y por otra parte, promovían el desarrollo de una nueva nación en diferentes ámbitos, incluso con manifestaciones artísticas y culturales.³

Los sujetos de enunciación finiseculares eran los letrados, quienes pronunciaban sus discursos en un espacio también conocido como *república de las letras*, zona de tensiones políticas, ideológicas y culturales. Al respecto, es necesario tener en cuenta la topografía del lugar para conocer sus condiciones y reglas.

² Por ejemplo el ensayo titulado “Pedro Henríquez Ureña: hacer *legible* la revolución”, en el que Liliana Weinberg menciona las redes intelectuales que construyó el dominicano y muestra cómo éste se vio afectado por los acontecimientos sociales respondió con sus ensayos más significativos que escribió en la década de los veinte: “Patria de la justicia” (1924) y “La utopía de América” (1922), en los que aborda el derecho, la justicia social y la educación pública. Reyes, una década después, comenzará a escribir y publicar más ensayos de corte americanista, recopilados en el tomo XI de sus *Obras Completas*.

³ Ignacio Ramírez (1818-1979) fue un eximio hombre de letras decimonónico, pues ha sido considerado entre otros “grandes del pensamiento hispanoamericano”, como Bello, Sarmiento, Alberti, Lastarria y Hostos, “en cuanto asume como ellos la responsabilidad que se adjudicaba a sí mismo el hombre de letras: la promoción del adelanto de la sociedad, la defensa de los ideales liberales y republicanos, su consolidación a través del conocimiento científico y su difusión a través de la cultura, considerados como las claves para la formación de hombres libres” (Weinberg 2009: 35).

La *república literaria* viene a ser así la metáfora territorial del espacio simbólico de la hospitalidad letrada, fuertemente retórica, elaborada con las voces y los valores de una cultura política en la cual se destacan la autonomía, el fuero deparado para los *ciudadanos* que abrazan las leyes de la república, esto es, las tradiciones intelectuales que les son propias y las normas de conducta que de éstas se desprenden. La *república literaria* supone una legislación atendida a las tradiciones intelectuales de la mentalidad letrada; supone también un espacio solidario, colectivo, *civil*, y un dominio autónomo de la vida social (Martínez Carrizales: 2009b: 42).

En dicha construcción simbólica también existían intereses de orden político y civil que condicionaban una retórica para los ciudadanos, y las letras contenían las preocupaciones políticas del Estado, “un papel de orden romántico y nacionalista, pedagógico y moral”. “La literatura habría de ser un instrumento de reconciliación política, un método de reconocimiento del paisaje nacional y una oportunidad para reivindicar el sentimiento de la patria” (Martínez Carrizales 2009a: 440). Por consiguiente, haré énfasis en la herencia de los hombres de letras del XIX, pasado inmediato de la generación del Ateneo de la Juventud, tradición de la que abrevó el joven Reyes y los ateneístas, guiados por sus maestros positivistas “y los grandes liberales decimonónicos, en quienes ven un modelo posible de intervención pública del hombre de letras y de ciencias en la sociedad [...]” (Weinberg 2009: 42-43).

Un afán civilizatorio caracterizó las ocupaciones civiles y políticas de los letrados, quienes “tuvieron que afrontar el problema fundamental y clásico de construir un orden político que ejerciera una dominación efectiva y duradera” (Altamirano 21). La política, entendida como “la organización total de la total comunidad cultural en cuanto organización que se ‘pro-duce’ en formas políticas, esta vez en la acepción restringida, corriente del término (Gaos 70)”, ocupó un lugar central en las letras finiseculares; por ende, la dimensión cívica de las letras tuvo una tendencia pedagógica, es decir, la escuela veía en las letras una vía para formar, conducir y educar ciudadanos.

El congreso, la prensa y el aparato escolar fueron las instituciones desde las cuales los individuos se relacionaban unos con otros y enunciaban sus discursos. En la atmósfera de lo público, los hombres de letras actuaban según ciertas intenciones e intereses político-ideológicos. Bajo estas condiciones, surgió el programa cultural de los ateneístas, quienes propugnaron la profesionalización, la educación y lo cívico:

Los principios dominantes que articulan la identidad de este grupo incluso pueden advertirse en las trayectorias individuales que seguirán José Vasconcelos o Martín Luis Guzmán, y en la obra literaria de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes: la autonomía profesional del hombre de letras comprometido en asuntos públicos, el intelectual educador, divulgador de la cultura como base del contrato social, maestro de materias humanísticas especializadas (Martínez Carrizales 2010: 259).

La profesionalización de los estudiantes ateneístas siguió su cauce según las carreras de los letrados: políticos, abogados, ingenieros, médicos, etcétera, y destacan, entre ellos los que se dedicaron a la enseñanza. Sin embargo, otras situaciones requerían otras medidas:

[...] la Revolución obliga a intelectuales como Pedro Henríquez Ureña a confrontarse con otra idea que está ya en el ambiente: la de la independencia y profesionalización del hombre de letras, una vez más, instauración de un modo de articulación indirecta del escritor con el poder político al tiempo que incorporación de la idea de la producción literaria como trabajo intelectual que requiere preparación, esfuerzo, remuneración. Se trata además de la gesta de una nueva élite por mérito y no por cuna, capaz de repensar y reactualizar las tradiciones de pensamiento (Weinberg 2010: 57-58).

Los nuevos profesionales heredaron del siglo XIX la preocupación por lo cívico, lo nacional, principalmente, la educación del ciudadano y tuvieron que adaptar su misión a las nuevas necesidades del país y de su profesionalización en las primeras décadas del siglo XX. Después de la Revolución Mexicana su tarea política era la reconstrucción del país desde el ámbito escolar, económico, artístico y cultural. El hombre de letras adquirió una dimensión social más comprometida con su realidad, incluso

fue el espacio propicio para concretar proyectos olvidados en años anteriores. “El literato impacta como ensayista y como maestro, prometiéndole a la sociedad la orientación que su novísima especialidad era capaz de ofrecer” (Ramos 215). Es en el ensayo donde mejor se desarrolla la preocupación social del escritor: “escenario más propicio para el ejercicio de reinterpretación de los saberes y creencias, así como su indagación del mundo de la significación y su reactualización de una tradición de lecturas e interpretaciones al servicio de los requisitos del presente (Weinberg 2004a: 128). Entonces, “el ensayar” resultó una “reflexión obligada frente a los problemas que cada época nos impone” como afirmaba Germán Arciniegas (1995: 296), una expresión de la élite intelectual hispanoamericana. Alfonso Reyes cultivó este género en el que reflejaba no sólo sus ficciones sino también sus meditaciones, experiencias, preocupaciones y problemas que lo aquejaban.

Un compromiso moral se acentuó en el escritor, pues para él escribir era “como la respiración de su alma, la válvula de su moral”. La escritura regula su equilibrio espiritual, porque era como “disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta” (*Obras completas*, t. IV, 451). Reyes se guió por el ideal ético y estético al momento de escribir, al igual que Rodó, por el desinterés del quehacer artístico, el “contemplar la ley moral como estética” (Weinberg 2004a: 91).

La moralidad comprende un comportamiento, un código de conducta, una forma de conducirse en la vida, lo que implica simpatizar con una serie de valores, en resumen es una guía que nos mueve a la acción.⁴ Reyes comprende su compromiso con su realidad social, política y cultural, por tanto, su escritura de ficción, lírica o de ensayo tiene un trasfondo social; sus ideales morales van más allá de los

⁴ Al analizar la moralidad del escritor dejo de lado el sentido religioso cristiano que pueda atribuirse al concepto. Al contrario, la moralidad de Reyes debe entenderse como una filosofía y puede inferirse entonces, que se trata de una moral laica, de una conducta cívica.

que heredó de las letras finiseculares, pues no sólo se limitan a formar buenos ciudadanos, sino que buscan formar buenos hombres.

Las actividades diplomáticas le permitieron consolidar su discurso en terreno firme, al amparo de la institución política, a diferencia de otros intelectuales diplomáticos que “asumen la carrera fundamentalmente como un medio para el desarrollo de su actividad reflexiva [...], pero cesa en ellos la voluntad de involucrarse en la construcción de líneas políticas y de estrategia en el nivel institucional” (Ordóñez 52). Reyes no sólo publicó sus reflexiones, sino que también participó activamente con sus ensayos y discursos pronunciados ante auditorios políticos. Su labor como diplomático y sobre todo como ensayista son tareas que respondieron a un “imperativo moral”: “como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre” (Reyes, *Obras completas*, t. XI, 150). Reyes observaba desde Sudamérica los acontecimientos políticos y sociales en el mundo, tales como: las guerras mundiales y civiles, la explotación del hombre por el hombre y la división de pueblos, resultado de una profunda deshumanización y de una atmósfera bélica de la década de los treinta y cuarenta. El hombre destruía al hombre: matándolo o explotándolo, echando por tierra los esfuerzos por la paz y la concordia. Las humanidades, en este caso las letras, no hacían intento alguno por devolver humanidad al hombre, porque también se mantenían separadas de su realidad social.

Ante este panorama desolador, Reyes confía en la “inteligencia americana” capaz de lograr la unificación tan anhelada: la síntesis de culturas; por eso su política es abarcadora, tolerante y generosa, pues aspira a una mejor América, según su discurso “En el día americano”, en el que hace un llamado a los intelectuales:

Y ya es bueno que todos se convenzan de que la función política es una facultad general repartida entre todos los hombres. La política no es un coto cerrado. Todo acto humano se refleja en la *polis* y todo redundará en bien o en mal de la convivencia entre los hombres. Cuando los intelectuales de América se hayan dado la mano, habrá cambiado fundamentalmente la vida política americana. Porque entre todas las energías del mundo, el espíritu es el transformador y modelador más activo: es el escultor que nos labra. ¿Cuál será, entonces, la fisonomía política de América? Es aventurado decirlo, pero todos saben que la inteligencia es unificadora y aspira a organizar las acciones humanas en un sentido constructivo (Reyes, *Obras completas*, t. XI, 66).

El hombre de letras de la primera mitad del siglo XX heredó los mismos valores de un siglo antes; su compromiso moral con su sociedad y las circunstancias hicieron que formara una política (en un sentido clásico) a favor de intereses comunes; la reconstrucción animó la culminación y principio de proyectos en pro de la población: pienso por ejemplo en los esfuerzos educativos de los ateneístas al mando de Vasconcelos. Era claro para algunos el compromiso moral de las letras; por ejemplo, entre la pléyade de estos intelectuales sobresale la figura de Reyes, quien “es el hombre de letras universal que, con insistencia traza el sueño civil donde la armonía (las leyes de la estética) engendra la formación moral” (Monsiváis 2005: 51-52).

Borges llamó a Alfonso Reyes: primer hombre de letras en América, “es decir el primer escritor y el primer lector” (45), porque representa el arquetipo de humanista, de escritor completo. Alfonso Rangel Guerra lo incluye en la categoría de sabio no sólo por sus vastos conocimientos, sino también por sus virtudes:

Los llamados “hombres de letras” [...] estaban abiertos a todas estas posiciones del saber y en cierto modo podían ser denominados “sabios”, pues ejercían, si así puede decirse, la razón como instrumento para la comprensión del mundo, pero además al mismo tiempo poseían la virtud moral, pues emitían juicio sobre todo lo que de una o de otra manera con una expresión que Alfonso Reyes utilizó refiriéndose a sí mismo, “especialista en universales” (1997: 8-9).

En fin, el mexicano universal participó en la reconstrucción moral del país, en un sentido espiritual con su proyecto americanista, porque reflejaba su *ethos* como humanista y político, pues entendió “el trabajo intelectual como un servicio público y un deber civilizador” (*Obras completas*, t. XI, 86), como se señalará a continuación.

4.2 HUMANISMO MISIONAL: PROYECTO CIVILIZADOR CULTURAL AMERICANO

Las transformaciones que se produjeron en los intelectuales a partir de su actuación directa sobre el público, según Ángel Rama, son tres: autodidactismo, profesionalismo e incorporación en las doctrinas sociales (184). La vocación de Reyes, su profesionalización y su compromiso moral lo llevaron a producir un proyecto de carácter civil: un programa para América.

La preocupación americana de Alfonso Reyes deviene en una utopía esperanzadora, dado que América ha alcanzado la mayoría de edad, la “ciudadanía universal”. Una madurez que reclama como deber la acción: “América está esperando su hora y sintiéndola prefigurarse en los vaivenes del mundo, algo prematuramente es llamada a su alto deber, su deber de continuadora de civilizaciones; pero alguna vez había que empezar y más vale pronto que tarde” (Reyes, *Obras completas*, t. XI, 114).

La noción de inteligencia le sirve a Reyes para expresar los ideales de paz y de unificación; inteligencia, que según él, trabaja “sobre la inteligencia misma, y entonces se llama cultura” (*Obras completas*, t. XI, 194). En 1936, el diplomático, ante el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en Buenos Aires, tiene la intención, entre otras cosas, de hablar de la civilización y el papel del hombre de letras con relación a la “inteligencia americana”. Esta expresión sirve para abarcar a “la cultura, visión y acción en la vida” (82), según el conferencista, quien señala como ventaja del escritor de este lado del Atlántico el llamado a la acción y, como desventaja, la escasa producción intelectual. A

pesar de esto, destaca que la escritura es comprometida, porque en su opinión “no puede haber torres de marfil” (86). Tanto el escritor hispanoamericano como el de cualquier otra nacionalidad debe ser sujeto activo y no sujeto paciente, escondido en su esfera intelectual, debe bajar de su pedestal, de su torre, para ser colaborador y no mero espectador; incluso como en el caso del diplomático, debe aplazar su producción, anteponiendo tareas de mayor envergadura.

Como desde un púlpito, el diplomático sermonea a sus colegas y los exhorta a la síntesis, la conciliación y la unificación: “un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador” (86). Reyes avizora el panorama desalentador a su alrededor, y la falta de interés de sus colegas, que vivían ensimismados en sus proyectos a expensas del Estado o como clase protegida y olvidaban sus compromisos con la sociedad. Por ende, Reyes reclama el tipo de labor que hasta ese momento desempeñaban los intelectuales y recuerda el matiz social y moral que debían acompañarlos; este compromiso marcó sus textos y su vida, porque dio fe de su moralidad como intelectual y de que teoría y práctica se complementaban en su propio ejercicio intelectual.

De este modo, el ensayista buscaba un proyecto civilizador,⁵ en el sentido de mejorar la formación y el comportamiento de las naciones mediante la cultura que las integraría, lo que “sólo significa una circulación mejor de la vida dentro de la vida. Unificar no es estancar: es facilitar el

⁵ Carlos Fuentes interpreta el proyecto del regiomontano como social y comprometido, es decir, impone “inteligencia contra contingencia”. Reyes responde con su programa de inteligencia al “fatalismo político y social de México”, pues en su opinión: “Toda su obra lo niega y, en cambio, expone los presupuestos educativos necesarios para superar el fracaso cultural que, entre nosotros, ha justificado la supervivencia de sistemas políticos paternalistas” (26). En resumen, según Fuentes, las leyes que nos dejó el humanista fueron: el hacernos partícipes de la herencia universal, esto es, que el pensamiento del mundo era nuestro por derecho propio; el traducir a la suma de la cultura occidental a nuestro lenguaje, a nuestros términos; el plantear la cultura como vía de escape de “verticalismos paternalistas”, pero sobre todo al dotarla de un sentido democrático: “Para él, el azar sería vencido por un programa en que la inteligencia propusiese fines humanos democráticamente elaborados y consentidos. Para él, la cultura cumplía el fin político y primordial de enriquecer la inteligencia pública a fin de que la opinión supiese escoger responsablemente hombres y metas. Para él, cultura era idéntica a democracia activa” (27) En este sentido, Reyes reclama el papel de la cultura y critica el desvío del trabajo de los intelectuales, alejados de su propósito principal: el avance y la mejora de los pueblos, de la sociedad.

movimiento. Unificar no es achatar las cosas haciéndoles perder su expresión propia, sino establecer entre todas ellas un sistema regular de conexiones” (184). Ante la inmovilidad y las discordias, no podía haber una verdadera enculturación y una transmisión de conocimientos; por eso Reyes reafirmó la importancia de la obra de la cultura en sus ensayos de tono americanista, como en “Un mundo organizado” (1943):

La obra de la cultura consiste en salvaguardar, transmitir y hacer correr con igual facilidad por todos los pueblos las conquistas del hombre, materiales o espirituales; consiste en redondear y canalizar la tierra para la mejor circulación del bien humano. Por eso la cultura es, en esencia, coordinación cooperativa: lo mismo los puentes y los túneles, las carreteras, los medios de locomoción, que la repartición y distribución de los frutos económicos o intelectuales. La captación de la tierra por el hombre dista mucho de ser completa. El ideal no se ha realizado, acaso porque nunca se logró que los distintos pueblos marchen de acuerdo. (Reyes, *Obras completas*, t. XI, 330).

Reyes replanteó la idea de cultura ante la inacción y estancamiento de los proyectos políticos, sociales y culturales. Primero había que conciliar a todos, equilibrar los ánimos y armonizar las voluntades para que se llevara a cabo su proyecto civilizador. Era necesario que Reyes recuperara el concepto de cultura para el desarrollo de su “empresa civilizadora”, según Weinberg, pues contenía: “el modelo del magisterio y del libro, de la razón y el humanismo” (2004b: 52). Reyes se apropió de este último concepto con su experiencia. Si tiene un matiz político y religioso, se trata de un humanismo misional, como señala Rafael Gutiérrez Girardot:

El humanismo misional de Reyes es, ante todo, un programa para América. En su realización está el que el Nuevo Mundo se incorpore definitivamente a la Historia universal y a la cultura de Occidente. Y es un programa de varios aspectos. Programa de maduración de nuestro mundo, porque América, que ha sido llamada prematuramente para su realización, debe tener presente que no es tiempo de preguntarse si está o no apta para la tarea. [...] Es, pues, un programa de continuidad de las conquistas humanas. (330-331).

En realidad este nuevo humanismo sería el signo distintivo del diplomático, el que lo calificaría como humanista, no sólo por su interés en Grecia, sino también porque su propósito era “acercar a los hombres, alentarlos al conocimiento recíproco y a la mutua comprensión, hacerlos mejores vecinos” (Olguín 134), pues “Reyes está persuadido: la correa transmisora de la latinidad y la cultura griega ilumina el devenir cultural. Si la inteligencia fabrica ciudades, la cultura nutrida por Grecia y Roma es la vía del desenvolvimiento civilizado” (Monsiváis 2005: 52). Este humanismo, al igual que en el Renacimiento, tenía un interés central en el hombre; sin embargo, el autor de “Visión de Anáhuac” lo entiende como “orientación de la vida caracterizada por el interés que se concede al elemento humano, a la vez como objeto de estudio y como fundamento de acción” (*Obras completas*, t. VI, 232). Su amor por los ideales grecolatinos era reflejo de su amor platónico por esta cultura;⁶ Reyes creía posible la existencia de una nación un tanto utópica y trabajaba para ello.⁷ Para él, Grecia representaba la cultura madre por excelencia, cuna de la tradición occidental; a diferencia de otra nación o cultura sobresaliente por su economía, producción industrial o avance urbano, como Francia o Estados Unidos,

⁶ En “El camino de la moral”, Reyes deja ver que no era un idealismo ciego, pues conocía los defectos y virtudes de aquella civilización: “Grecia nos permite apreciar, como en el centro del huevo divino, los primeros latidos de la evolución. Cuanto sirve de honor y ornamento a la especie, de allá nos viene. El cuadro de su cultura es completo en todas sus partes, aunque admite ser indefinidamente ensanchado. Todo progreso consistirá en desarrollar el programa, las intenciones que Grecia nos dejó como muestras. Pero esta cultura admirable tiene una laguna, y la laguna es inmensa: no amó suficientemente a los humildes ni experimentó la necesidad imperiosa de un Dios justo” (*Obras completas*, t. XXI, 88).

⁷ La estudiosa Beatriz Colombi, en la segunda parte de su artículo “Alfonso Reyes, entre las nuevas y las viejas artes”, analiza la figura del utopista y el intelectual (27-53). Para ella estas características se funden en un *neo-humanismo*, es decir, la planeación del orden social responde al sentido crítico y a la óptica universalista del ensayista, como “salida a la crisis” y como respuesta a “la necesidad de un humanismo integral”. Al explorar la figura del intelectual en los ensayos americanistas, ella se cuestiona, más que el carácter utópico de los textos, la función de los intelectuales, su “servicio público y deber civilizador”, como apunta Reyes en “Notas sobre la inteligencia americana”. Al respecto, nuestras hipótesis dialogan con sus ideas, porque ya sea un *neo-humanismo* o un “humanismo misional”, el proyecto cultural de Reyes nos ha legado los frutos de la síntesis y la conciliación.

el regiomontano veía el avance cultural e intelectual que proveía la imagen de Grecia, pues confiaba en que las humanidades complementarían cualquier desarrollo de las naciones.⁸

Sólo con un compromiso social se asume la responsabilidad de mediar por el hombre, por su nación, por el ciudadano universal. Reyes toma el caso y aboga por los derechos civiles de los hombres, tanto compatriotas como extranjeros y comenzará por unificar y construir, como ya se dijo, un proyecto civilizador a través de la cultura, principalmente de las humanidades, de las letras. Se intuye entonces una filosofía social reflejada en sus ensayos como “Discurso por Virgilio”, “Atenea política”, “En el día americano”, “Posición de América” y “Homilía por la cultura”, por mencionar algunos de los más representativos. Al respecto, esta posición filosófica se determina por su condición como intelectual y político, pues como diplomático no podía disentir con su vocación y compromiso moral. Para Maestre, el pensamiento de Reyes es “*qua* filosófico porque para él es inseparable el pensar y el vivir, el escribir y el actuar, la reflexión y el ensayo. ¡Poesía en la práctica! ¡Ensayo, escritura, en la vida!” (28).

La misión de acercar a los pueblos, de civilizarlos, es decir, de reunir un conjunto de ideas, conocimientos, artes, costumbres, creencias, etcétera para solidarizar a las naciones y elevar a América al plano universal trata de llevarla a cabo el diplomático como asunto de Estado; el laico, como predicación y el escritor, como deber moral. Según Reyes esto sólo sería posible por el desplazamiento de la cultura en el orden del espacio y del tiempo (*Obras completas*, t. XI, 204-221). Por su parte, Adolfo Caicedo, apunta los medios para conseguirlo: “la tradición y el cosmopolitismo” (34).

⁸ Claramente se observa la influencia de varias corrientes de pensamiento en Reyes, especialmente la de Pedro Henríquez Ureña, quien a su vez la tuvo de Eugenio María de Hostos (1839-1903) y, éste a su vez tuvo influjos krausistas y positivistas (Cf. García Morales, 9-16, 99-106 y 119-132). Por otra parte, sobresale el legado cultural que hereda Reyes del liberalismo, positivismo, krausismo, arielismo, etc., sin mencionar a Gabino Barreda (1818-1881), Justo Sierra (1848-1912), Porfirio Parra (1854-1912), José Enrique Rodó (1871-1917), José Ortega y Gasset (1883-1955), entre otros de una larga lista; por tanto, las coincidencias ideológicas no son causa de asombro, más bien, la repetición de conceptos resulta sintomática, especialmente si son palabras representativas en la obra de Reyes, tales como: “moral”, “cultura”, “humanidades”, “circunstancia”, “deber”, “civilización”, “ciudadanía”, “esperanza”, “educación integral”, entre otras.

Esta apertura a lo novedoso y lo tradicional le permite a Reyes extender una red de amistades intelectuales y también propagar su ideal de enseñar valores universales⁹ que se apliquen a lo particular, a lo nacional, como sus textos en los que refiriéndose a Virgilio compara situaciones americanas con las descritas en *La Eneida*. Por eso, las citas de diversos autores en los textos *reyistas* no son superficiales, como dice Weinberg: “ya que es parte de un programa y una postura ética profundísimos: la afirmación de la universalidad de la experiencia humana, en la mejor tradición de Montaigne, de la capacidad de llevar bien, belleza y verdad a todos los hombres, en la mejor tradición renacentista” (2004b: 51). Además, la universalidad de Reyes contemplaba un plan con tintes educativos, como se verá enseguida.

4.3 PAIDEIA: EL PROYECTO CULTURAL DE ALFONSO REYES

La cultura explicada por Reyes en “Posición de América” es “una suma de emociones, pautas e ideas, cuya resultante y cuyo criterio de valuación es la conducta humana: sensibilidad de la vida, normas con que se contesta a la vida, conocimientos en que todo ello resulta y que reobran sobre todo ello”. Esta definición es de carácter moral, pues se relaciona a la conducta, porque sólo existe “en cuanto aparece la transmisión de sus contenidos” (*Obras completas*, t. XI, 257); resaltan además las palabras: suma y conocimientos, que junto con unión, inteligencia, civilización y humanidades son algunas palabras claves que se pueden localizar en su proyecto cultural.¹⁰

⁹ Reyes, como ciudadano universal nos compartió una de sus enseñanzas a raíz de la polémica nacionalista de 1932 con Héctor Pérez Martínez en “A vuelta de correo”, que: “La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tienen que comenzar por la parte. Por eso ‘universal’ nunca se confunde con ‘descastado’” (36).

¹⁰ Lo que se desprende de lo anterior es que para poder hacer un pronóstico de futuro que lleve a la creación o reconstrucción es necesario “salvar las circunstancias” y cumplir con una serie de operaciones: asimilar, sintetizar, analizar y transmitir los conocimientos, la cultura. Por eso Reyes insiste en sus ensayos y discursos de corte americanista e histórico,

La institución escolar es la encargada de transmitir los conocimientos a los educandos, como el corazón que bombea sangre a todo el cuerpo para su buen funcionamiento físico, anímico y moral. Por eso, los esfuerzos de Reyes se encauzan hacia la enseñanza de los ciudadanos, al estilo clásico, es decir, conforme a los ideales grecolatinos, educar para formar.¹¹ La escuela como institución se apropia de los bienes culturales, pues está “especialmente diseñada para conservar, transmitir e inculcar la cultura canónica de una sociedad, debe muchos de sus caracteres de estructura y funcionamiento al hecho de que debe cumplir estas funciones específicas” (Bourdieu 2002: 38). Ya anteriormente se ha mencionado el valor de las instituciones para el joven ateneísta, sobre todo los centros educativos de los que se sirvió para enunciar y moverse en un campo cultural educativo, como la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela de Jurisprudencia, la Universidad Nacional y la Universidad Popular. Años más tarde, en su periplo diplomático, Reyes volverá a distintas universidades sudamericanas, norteamericanas y mexicanas, ahora como catedrático para compartir sus enseñanzas y experiencias. Incluso ya instalado en México en los años cuarenta se dará a la tarea de dirigir el Colegio Nacional y la Casa de España, después Colegio de México, para formar centros de estudio, ayudar a colegas españoles y promover investigaciones de las nuevas generaciones. En suma, la institución educativa siempre fue para Reyes su esperanza, porque creía que la educación era la única que podía salvar a América de sus males, pues era una luz en el páramo horroroso por la guerra y la bestialidad del hombre; la educación salvaría al hombre del hombre, de la desvalorización y el desprecio de los seres

en “crear cultura” por la vía de las humanidades. Para más detalles ver José Luis Gómez Martínez en “Posición de Alfonso Reyes en el pensamiento americano”, quien destaca, entre otras cosas, las ideas vitalistas que Reyes comparte con Ortega y Gasset. (Cf. en *NRFH*, vol. XXXVII, no. 2, 1989, 433-463).

¹¹ Según Carlos Fuentes: “En una sociedad injusta pero estable, no tenemos otro camino que el de educarnos para ejercer el poder de ciudadanos y hombres libres fuera de las exigencias feudales de la relación entre hombre y siervo, entre sátrapa y cliente” (28). Alfonso Reyes apostaba por la educación como medida para acabar con la explotación del hombre por el hombre; deseaba fervientemente una sociedad libre, democrática, pero sobre todo humana.

humanos y también de la apatía, el desinterés por el otro, la avaricia y soberbia, pues la panacea sería un humanismo social activo que empezara por formar hombres íntegros.

El interés pedagógico no sólo es propio de Reyes, pues es una característica de los escritores hispanoamericanos contemporáneos,¹² según José Gaos, porque “es un pensamiento en conjunto de educadores de sus pueblos [...]” (85). Entonces, el discurso pedagógico será práctico y estará ligado al activismo de la política, pues

parecerá ser la “aplicación” política el motivo de la empresa pedagógica: la educación, instrumento de la creación o la reforma política. Pero acaso más profunda y verazmente sea una primaria preocupación pedagógica quien se concrete secundariamente en ocupación política, invirtiendo la relación y mostrando en la creación o la reforma política el instrumento de la obra de educación nacional: no por ser éstos pensadores políticos lo serían pedagógicos, sino que la vocación de educadores de sus pueblos, el llamamiento de éstos, haría de ellos pensadores políticos. (88-89).

Antes de introducirnos en las ideas literarias de Reyes, detengámonos en dos de sus contemporáneos que siguieron a su modo, según las circunstancias, su quehacer literario y su compromiso pedagógico. Por una parte, Pedro Henríquez Ureña en su correspondencia con Reyes nos comparte su sentir sobre los temas educativos que le preocupaban; su compromiso social lo hizo luchar por la causa del libro, por los planes educativos, por la educación popular, y por la urgencia de fundar más escuelas en América “que obliguen al escritor a rebuscar y pensar, como el gongorismo y el modernismo” (Carta 46, 228). Por otra parte, José Vasconcelos concebía un concepto más amplio de la educación que incluía: “la formación cultural, artística, cívica y moral de los ciudadanos” (Garcíadiego

¹² Para José Gaos: “El pensamiento hispano-americano contemporáneo es característicamente pedagógico, desde luego en la acepción corriente del término, por su literatura pedagógica, en la misma acepción, de los pensadores, pero más aún, a fondo, porque todo él es pedagógico en el mismo sentido y con la misma extensión en que es político –y en cuanto es estético: por su espíritu todo” (84). Por eso a la dimensión política y pedagógica se sumará el rasgo estético. Esta triple nota será reunida en la obra de Reyes, sobre todo en sus ensayos.

2010: 35). Su labor fue más reconocida por sus logros en la educación nacional, los que le permitieron abrir nuevas instituciones para beneficio de las clases populares:

La misión educativa cultural vasconcelista contempla la transformación de la Universidad, la lucha contra el analfabetismo, la federalización de la educación nacional, la educación popular, la construcción de escuelas, desarrollo de la enseñanza primaria y técnica, de la rural, la indígena, la secundaria y la superior, crea el departamento de las bellas artes, multiplica las bibliotecas, edita libros con tirajes sólo hasta ahora superados, todo ello encaminado a la construcción de la nacionalidad mexicana y la cultura, para trascender los límites del solar materno y convertirse en una aspiración todavía no lograda por los países latinoamericanos (Magallón 261).

Desde la distancia Reyes se mantenía informado de lo que acontecía en su patria, miraba con agrado los esfuerzos educativos de sus amigos ateneístas, y al mismo tiempo escribía cumpliendo a cabalidad las tres dimensiones ideológicas del pensador hispanoamericano, pues fungía como político, esteta y sobre todo pedagogo.

Reyes siempre tuvo presente que el ideal educativo salvaría a los hombres. Toma de los griegos el concepto de *paideia*,¹³ que sólo puede comprenderse en el contexto clásico, pues según Werner Jaeger¹⁴ “resultaría anacrónico adjudicarle un significado moderno, pero podrían emplearse a la vez: ‘civilización, cultura, tradición, literatura o educación’” (2). Además, el hombre concebido en el

¹³ Reyes refiere este término en “La radio, instrumento de la *paideia*”, pues dice que “de esta construcción diaria del hombre resultan el carácter y el valor de las civilizaciones. Los griegos la llamaron *paideia*, palabra desenterrada por el humanista Werner Jaeger y que es la pedagogía lo que el género a la especie y lo que el todo es a la parte” (*Obras completas*, t. IX, 447).

¹⁴ Werner Jaeger (1888-1961), profesor en Harvard en 1939, cruzó un par de cartas con Alfonso Reyes en las que le comenta sus impresiones de *La crítica en la edad ateniense*, *La antigua retórica* y *El deslinde*. Según Alfonso Rangel Guerra, “*El deslinde* le parece una fascinante aproximación al problema estético, y concluye que el pensamiento abstracto de Reyes ha sido enriquecido con la propia experiencia [...] Jaeger concluye que la obra es didáctica, producto de la actividad aristotélica del autor, pero con el intento de establecer una vía propia más allá de la poética tradicional” (1989: 104). Una carta de Jaeger fue compilada por Rangel Guerra, la fechada el 28 de marzo de 1942, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. I, segunda parte, pp. 513-516. La correspondencia se encuentra en el Archivo de Alfonso Reyes, pero el estudioso Sergio Ugalde Quintana, en *Un amigo en tierras lejanas: correspondencia Alfonso Reyes/Werner Jaeger 1942-1958*, reúne 44 cartas originales de Reyes y las traducciones de las cartas de Jaeger y relata la “Crónica de dos descubrimientos”: el encuentro de dos mundos culturales y de dos personalidades literarias que se hermanan por la vía de las humanidades.

imaginario clásico era educado para bien de la comunidad, un hombre sumamente político, porque “la importancia universal de los griegos, como educadores, deriva de su nueva concepción de la posición del individuo en la sociedad” (8). Esto se relaciona con los ideales humanistas que Reyes aprendió a lo largo de su educación, que se vinculan principalmente al modelo griego, que veía “la educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser. Tal es la genuina *paideia* griega considerada como modelo por un hombre de estado romano” (12). Si Reyes aspiraba a la unificación de las naciones, los medios para lograrla eran las humanidades, y si la *paideia* era una forma general de cultura, la solución estaba en la enseñanza, principalmente, de la lengua y las letras porque, en su opinión:

La educación, última instancia de la función política, tiene que inculcar pacientemente los nuevos hábitos mentales que hagan posible la existencia a la juventud y la conservación del decoro humano y la ciencia social tiene que investigar este caos en que ahora nos debatimos, abrir veredas, jardinar la maleza, y dictar así los preceptos en que ha de fundarse la educación. (*Obras completas*, t. XI, 111).

El caos era semejante a la confusión de Babel, todos hablaban distintas lenguas, pues tenían diferentes proyectos personales, cada quien velaba por sus propios intereses, en donde el fin justificaba los medios a pesar de que esto implicara dar la espalda a los más nobles ideales y deshumanizarse. Ante este panorama, Reyes considera necesario desarrollar y enseñar las facultades humanas que el hombre había perdido o desdeñado como la benevolencia, la compasión, la piedad, la filantropía, la generosidad, etcétera, es decir, la formación humanística, cívica y ética que había soslayado el Estado. Reyes rescató “el humanismo crítico” frente a la exigua crítica provocada por “la educación lineal, estadística, conformista, del Positivismo y de Dewey”, según Carlos Fuentes (27). La perspectiva

educativa del humanista, por la que apostaba el regiomontano, reflejaba el valor social, de unidad, igualdad y democracia que, a su modo de ver, debía perseguir la educación:

La *paideia* de Alfonso Reyes era muy distinta. Para él, la educación significaba enfrentarse a los problemas radicales de la vida personal y de la convivencia social, y no una enumeración de datos inútiles y secundarios. Para él, educar no era un alarde primario y fragmentado, sino una integración total de las posibilidades de cada hombre en su comunidad. Para él, la educación era inútil si no corría pareja al mejoramiento económico y social. Para él, educar era un acto en profundidad, más que en extensión, y su raíz se encontraba en el conocimiento de algunas obras (27).

Fuentes había comprendido el sentir de Reyes: la necesidad de la educación, la cultura, las humanidades, la formación de los individuos para la sociedad, en fin una suerte de *paideia*, como medida de protección, saneamiento y mejora de la convivencia humana.

En otro orden de ideas, al igual que los griegos, Reyes concebía una educación política para gobernar, resolver la convivencia entre los hombres y para improvisar. Reconoce la influencia de la *Retórica* de Aristóteles, pero también el trabajo de los sofistas porque: “Cuando los sofistas, fundadores de la ciencia social, abrían escuela de retórica para formar oradores, querían decir: para formar directores políticos, maestros del pueblo, pilotos responsables de la nave del Estado” (*O.C IX*, 446). Al respecto Werner Jaeger se refiere al beneficio político de la educación, pero sobre todo al bien mismo de educarse, entre los antiguos: “La educación de los sofistas no surgió únicamente de una necesidad política y práctica. Tomó al estado como término consciente y medida ideal de toda educación. [...] El estado de los tiempos clásicos se desarrolló en constante tensión entre estos dos polos: poder y educación. Esta tensión se produce en todos los casos en que el estado educa a los hombres exclusivamente para sí mismos” (Jaeger 293). Precisamente, la educación clásica pretendía formar buenos ciudadanos en general, tanto gobernantes y políticos, como otros sin algún cargo público, que solo desearan una convivencia cordial y pacífica con otras personas.

En *La antigua retórica*, Reyes se ocupa de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Respecto este último, destaca su figura de educador y “un sistema o plan de estudios que acompañan a su nombre culto (mucho más que al mero orador), desde la cuna a la sepultura” (*Obras completas*, t. IX, 326). Por esta educación del hombre para la vida “convendría releer a Quintiliano, cuya experiencia pedagógica no ha sido hasta hoy superada. El agudo preceptor de los Césares acompaña al hombre parlante desde la cuna hasta la sepultura, e igualmente da consejos sobre la elección de la niñera y sobre los estudios de la vejez, todo con miras a la constante educación lingüística, que dura tanto como dura una vida” (*Obras completas*, t. XI, 325).

Quintiliano “traza la educación liberal, fundándola en el arte retórico” (*Obras completas*, t. XIII, 456) en sus *Instituciones oratorias*, donde también explica la gramática, la pedagogía y la moral. Los tres fines de la retórica en la Antigüedad: “instruir, mover y deleitar” (498) son recuperados en los estudios helenísticos de Reyes, quien encuentra en la retórica una forma de conducirse; y en la oratoria, una preparación para hablar¹⁵ “a través de los recursos de la persuasión, servidos por el encanto artístico” (*Obras completas*, t. IX 446). En su vida “la pedagogía de Quintiliano y la enseñanza de la oratoria ejercieron influencia en sus ideas educativas. De ahí surgió su preocupación por el papel de la memoria en la educación y la concepción de la educación como preparación para improvisar” (Reyes Claudia 10).

En este sentido, Reyes concibe en el carácter de la educación una formación espiritual y moral que beneficie a la sociedad. Apuesta sobre todo, por la educación política, en varios de sus ensayos,

¹⁵ En “El arte de hablar”, Reyes se pregunta por el orden retórico de la didáctica después de haber examinado los tres grandes órdenes retóricos, y se pregunta sobre la deliberación de asuntos privados en la charla. Al final, como moraleja, reconoce las facultades oratorias y el poder de la retórica, pues dice: “La vida humana se reduce a expresiones orales, en el primer plano de su manifestación [...] el cultivo del habla (cuyo espejo viene a ser la escritura) de una vez nos monta en el vehículo de las expresiones culturales del espíritu y nos capacita para la creación en este campo. [...] toda vida es improvisación, acto nuevo, ‘evolución creadora’ para de una vez decirlo en el lenguaje magistral de Bergson. Y toda educación consiste en preparar para improvisar” (*Obras completas*, t. IX, 328).

como en “México en una nuez” (1939): “Y todos olvidan que la primera necesidad de un pueblo es la educación política” (*Obras completas*, t. IX, 54). Es consciente de que para reorganizar el país después de la Revolución “había que enderezarlo todo, y era natural acudir a todos los remedios de la esperanza política: fórmulas de socialismo obrero y del socialismo agrario, sistemas de corporaciones y sindicatos, recetas para la repartición del campo y para la reglamentación del trabajo en las ciudades. Y sobre todo, escuelas, escuelas” (55).

La influencia clásica de la que abrevó el humanista impregnó su propuesta educativa, pues “La manera de ejercer Reyes una renovación propedéutica y gozosa de la cultura clásica consistió en colocar a Grecia y a Roma frente a un espejo [...] que operó como crítico de la Antigüedad; mecanismo con el que también las culturas perduran [...]” (Caicedo 28). Además, siempre propugnó por que en sus escritos se reflejará su compromiso moral: “Reyes logró intensificar armónicamente y perfeccionar la tríada del ideal educativo: conjuntar lo intelectual, lo artístico y lo moral. Cabeza, corazón y manos regidos por los ideales grecolatinos se cristalizan en sus ensayos, en su correspondencia, en su poesía, en las anécdotas, en el poema dramático y en el avance de traducción sobre Homero” (25).

Un ejemplo de su preocupación educativa es la publicación de su *Cartilla moral*¹⁶ (1944). Su intención era formar al hombre para el bien, “un ideal de justicia y de virtud” (9), porque en su opinión se necesitaba de la educación para conocerlo. La moral es el aparato regulador de las acciones, un “código del bien” (40) que nos obliga a respetar desde nuestra persona, en cuerpo y alma, a la familia, a la sociedad humana, a la patria, a la especie humana, hasta la naturaleza. Si “la tarea de la moral

¹⁶ En el prefacio de esta obra, Reyes explica su finalidad y asunto: “Estas lecciones fueron preparadas al iniciarse la ‘campaña alfabética’ y no pudieron aprovecharse entonces. Están destinadas al educando adulto, pero también son accesibles al niño. En uno y otro caso suponen la colaboración del preceptor, sobre todo para la multiplicación de ejemplos que las hubieran alargado inútilmente. Dentro del cuadro de la moral, abarcan nociones de sociología, antropología, política o educación cívica, higiene y urbanidad” (483). Según Ernesto Mejía Sánchez, autor del estudio preliminar del tomo XX, la campaña fue procurada por Jaime Torres Bodet y de esta obra se hizo una edición numerosa especialmente para el Instituto Indigenista en 1959 (Cf. “Estudio preliminar”, 22-23).

consiste en dar a la naturaleza lo suyo sin exceso, y sin perder de vista los ideales dictados por la conciencia. Si el hombre no cumple debidamente sus necesidades materiales, se encuentra en estado de ineptitud para las tareas del espíritu y para realizar los mandamientos del bien (11-12)”, entonces es menester la educación con tintes morales para lograr un equilibrio entre el ser y actuar.

Su propuesta educativa abarca también varios textos, especialmente los de *Última Tule* y *Tentativas y orientaciones*.¹⁷ En “El discurso por Virgilio”, Reyes hace un llamado a los educadores e invita a la lectura, puesto que ésta cultiva el espíritu nacional; a participar en la educación popular, en la construcción de escuelas rurales y de oficios, pues considera que se necesita “fortalecer el núcleo, el corazón mismo de la enseñanza, que es el que ha de lanzar su sangre a los extremos del cuerpo” (*Obras completas*, t. XI, 160). Es “Doctrina de paz”, texto en el que contrapone la educación a la guerra, porque para “conquistarse un sitio bajo el sol” se tiene que “trabajar un plan de educación que abarque todos los grados de la enseñanza y la prédica; que use todos los medios lícitos de la disciplina, de la difusión de ideas, del entrenamiento práctico, y que se refiera a todas las clases sociales y a todas las edades del hombre” (*Obras completas*, t. XI, 224). Esta exhortación más que mover los ánimos incita a la acción y va dirigida, principalmente, a los políticos e intelectuales, los que sostienen el timón de la educación en todos los países.

El plan escolar, “arborescente, múltiple y vario” (225), resulta ser una campaña de educación que ataque las causas del mal, en este caso, la guerra, para que las iniciativas pacifistas puedan ser plausibles. El diplomático cree en una “orientación general de la educación” en todo el aparato escolar,

¹⁷ En el tomo XI de las *Obras completas* de Alfonso Reyes editadas por el Fondo de Cultura Económica, se indica que los ensayos de *Última Tule* abarcan los años de 1920 hasta 1941; *Tentativas y orientaciones*, por su parte de 1930 a 1943. En la “Noticia” que acompaña cada libro se señala el año de su aparición bajo estos nombres: el primero, en 1942, editado en México, y el segundo, en 1944 también editado en México. Al final de cada ensayo se señala sus indicaciones bibliográficas, es decir, dónde y cuándo fueron leídos o publicados individualmente.

desde el jardín de niños hasta la universidad, que abarque también escuelas técnicas y otro tipo de centros educativos. No es coincidencia que, ante la inminencia de la Segunda Guerra, procure defenderse con el escudo de la educación, pues ya se respiraba en el ambiente el venenoso aire bélico de la guerra civil española.

Estas “sugestiones” de 1938, pues así las llama, se asemejan a sus ideas compartidas con las de los ateneístas cuando crearon la Universidad Popular en 1912, como “dar conferencias en los centros de trabajo y en los talleres [...] en todos los sitios en que se reúne la gente a trabajar o a divertirse” con “obras y folletos adecuados” (*Obras completas*, t. XI, 229). Asimismo, llama la atención el interés con el que Reyes se dirige a los universitarios, con la complicidad de aquél que fue estudiante, pues “la vida universitaria es sólo un capítulo de la vida intelectual” (*Obras completas*, t. XI, 183). Es en “Atenea política”, conferencia leída a universitarios brasileños el 4 mayo de 1932, donde expresa un sentimiento de fraternidad con los estudiantes y logra mover los ánimos en el cierre de su discurso, al recordar momentos dolorosos de su vida:

Si logro que volváis ahora a vuestros afanes estudiosos algo confortados con la contemplación de la Atenea Política, de la inteligencia que fabrica ciudades, habré correspondido a la invitación con que me honrasteis. Ninguna podía conmovirme más: soy un estudiante cuarentón, estudiante fui ayer y estudiante seré mañana. Tengo algún derecho a aconsejaros la vida de la cultura como garantía de equilibrio en medio de las crisis morales. Traigo bien provistas de experiencia mis alforjas de caminante. No olvidéis que un universitario mexicano de mis años sabe ya lo que es cruzar una ciudad asediada por el bombardeo durante diez días seguidos, para acudir al deber de hijo y de hermano, y aun de esposo y padre, con el luto en el corazón y el libro de escolar bajo el brazo. Nunca, ni en medio de dolores que todavía no pueden contarse, nos abandonó la Atenea Política (*Obras completas*, t. XI, 202).

Estas preocupaciones sobre la educación se presentan constantemente en la producción ensayística de Reyes, pues habla tanto de los educandos como de los educadores; incluso en su ejercicio público educa desde la cátedra, la tribuna, el escritorio y la charla amena. Los opúsculos que

editó en los años cuarenta, *La antigua retórica*, *La crítica en la edad ateniense* y *La experiencia literaria*, pueden considerarse manuales, material didáctico para un primer acercamiento a la retórica, los clásicos y la literatura. Alfonso Reyes, como buen estudiante, aprendió de los grandes maestros positivistas como Porfirio Parra y Justo Sierra; como compañero de muchachadas compartió los ideales de una generación de jóvenes ateneístas; más tarde supo, en complicidad con sus amigos, como Henríquez Ureña y Vasconcelos, que la educación era necesaria para el avance de los pueblos, y al final de su vida, con ayuda de sus colegas, amigos y discípulos pudo concretar sus planes educativos al fundar instituciones educativas y preparar la edición de sus obras completas. Como diplomático, escritor, catedrático y educador se mostró consciente y comprometido; especialmente como este último, porque en sus ensayos se refleja la asimilación de la cultura, la síntesis y análisis de los contenidos para transmitirlos generosamente, como el maestro que comparte sus conocimientos a sus alumnos y que no se contenta con eso, sino que además busca formarlos. Desde esta perspectiva puede concebirse un proyecto educativo, porque no se contenta en querer o idealizar, sino que lleva a cabo lo que propone.

Los medios en los que confía para la realización de sus ideales educativos son las escuelas, la radiodifusión y los libros. Reyes confía en los instrumentos populares para formar y en la institución escolar, no sólo por su experiencia como estudiante, sino también porque la escuela es el repositorio de la cultura; por eso Reyes aboga por una mejor calidad educativa en todos los sectores de la población; además, no se olvide que la institución es el medio para una serie de prácticas y competencias culturales e intelectuales, lugar propicio para el diálogo y la transmisión de conocimientos, experiencias que adquirió desde su educación preparatoria. La radio resulta un medio moderno útil para la difusión del pensamiento. En su ensayo “Hermes o de la comunicación humana” habla de los beneficios de los mecanismos auxiliares del lenguaje, y cómo estima las virtudes del cine, la fotografía,

el gramófono, el dictáfono, la máquina de escribir, entre otros, pues tiene especial agrado por la radiodifusión, porque incluso su texto titulado “Valor de la literatura hispanoamericana” es dedicado a una inauguración de los programas de literatura en la Radio-Escuela de Columbia en 1941, según la nota al calce (126). Para él, “la radio, nueva oratoria, instrumento de la *paideia*, tiende ante sí vertiginosas perspectivas” (*Obras completas*, t. IX, 447), por el auge que tuvo a mediados de la década del siglo XX. También los mecanismos reproductores de la escritura son de suma importancia para él, como la imprenta, pues dada su condición de escritor, editor y articulista y su vastísima obra, se embarca en la empresa editorial desde 1910 con la publicación de sus *Cuestiones estéticas*, hasta el año de su muerte, en que deja preparada la revisión de los 26 volúmenes de sus obras completas. El libro significó para la generación del ensayista una herramienta poderosísima para la permanencia de valores civiles y sociales, como apunta Monsiváis: “Reyes ve en el libro al objeto que preserva y consolida el pensamiento, y confía en la identificación de servicio público y deber civilizador” (2005: 43). El libro permitirá el intercambio cultural y la apertura al diálogo con escritores de otras latitudes, esto es “la expansión de la cultura sin desmedro de la calidad, la especificidad y la densidad de los hechos de la cultura” (Weinberg 2004b: 56), gracias a proyectos editoriales de libros y revistas.

La vastedad de este plan educativo sólo pudo ser fraguada por un educador que fue formado bajo los ideales de Gabino Barreda, Justo Sierra, el Ateneo de la Juventud, entre otros, y que también aprendió a ser autodidacta. La pedagogía de Reyes contiene elementos de la tradición grecolatina, pero también de un espíritu nacional y universal al mismo tiempo. Su labor como maestro se equipara a la percepción que tiene del buen educador, quien “se limita a informar sobre el cambio, sin censurarlo en principio, y a enseñar las normas relativamente estables y orientadoras —éstas sí, de aplicación voluntaria y consciente— que deben guiar nuestro viaje por entre las mutaciones extrañas a nuestra

intervención” (*Obras completas*, t. XI, 317). El magisterio de Reyes se deja ver desde sus primeras experiencias en la Universidad Nacional, la Universidad Popular, hasta en su estancia en Europa y Sudamérica, pero sobre todo a su regreso a México. Sin duda, él es el guía que nos conduce por los caminos de las humanidades y de la conducta, todo ello relacionado al cultivo del espíritu, a la “psicagogía” o conducción de la mente de sus compañeros, discípulos y sobre todo de sus lectores. Su humanismo no radica solamente en su sabiduría, pues prueba con su práctica que al ser lector y escritor, también es crítico de su tiempo y de sí mismo. Esta condición de crítico la había aprendido de sus maestros, especialmente de Manuel Gustavo Revilla, su profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, quien comprendía que “la crítica ha de ser pedagogía”, puesto que el “compromiso entre la crítica y la educación debe referirse, por lo menos, a dos elementos: el ideológico tradicional que en el siglo XIX orienta la adquisición escolar de los conocimientos fundamentales respecto de la literatura, y las instituciones en las cuales una buena parte de ese fondo se ha establecido. Manuel Revilla es un agente de dos instituciones dignas de nota en el manejo de ese patrimonio cultural” (Martínez Carrizales 2001b: 666).

La *paideia* de Alfonso Reyes se expresa en su vida y obra; su crítica y teoría literarias refuerzan su vocación humanista; concibe que la educación, en su más genuina acepción la de conducir y formar, es la respuesta a los males de su época, entre ellos el clima bélico porque es una forma de unir a las naciones, pues con la sabia conducción de los ciudadanos será posible la maduración de América.

Reyes como maestro hispanoamericano, lo mismo tiene autoridad cultural y moral para enseñar, que para formar instituciones educativas, por eso es reconocido su prestigio como escritor y *magister*. Ejemplo de ello son las respuestas que da Arciniegas:

¿Por qué es don Alfonso un maestro? ¿Por su laboriosidad literaria? ¿Por su gracia? ¿Por ese equilibrio que le da el estar de vuelta, el margen de la ironía, el no dejarse ir a ciegas? Por todo eso y algo más. Por ser espiritual. Por la ausencia de chabacanería, de estrépito, de catarata. Por enseñarnos a manejar la lucecilla cuando estábamos acostumbrados al relámpago [...] (1996: 55).

Desde su materia de trabajo comenzará sus enseñanzas con las reflexiones sobre el lenguaje y la escritura.

4.4 ALCANCE DE LA EXPERIENCIA LITERARIA

Los discursos contruidos durante el siglo XIX en el campo político e intelectual tienen matices claramente pedagógicos,¹⁸ puesto que el papel central de las letras era la educación. Cuenta Julio Ramos que para Andrés Bello, las letras eran el paradigma de la elocuencia, que “proveían el saber preliminar requerido para *formar* discursos efectivos y útiles. Más aún, las letras eran un instrumento de la formación de sujetos disciplinados; sujetos de la ley, subordinados al orden general y capaces incluso de administrarlo” (44). De esta forma, las letras ayudaron a la construcción del orden de las naciones, y también fueron el modelo para instaurar la legitimidad de los Estados, pues “en esa lengua purificada, racionalizada y administrada por la gramática, los sujetos se moverían en el espacio de la ley, sometidos a la estructura de la sociabilidad instituida por el orden de la letra y el poder de los letrados” (49). Ésta era la noción de la educación en el XIX, pues se educaba para formar ciudadanos, leyes que mantuvieran el orden, pero su expansión estaba limitada porque se anteponía al progreso industrial y urbano. En la primera mitad del siglo XX, el crecimiento del país y las condiciones

¹⁸ El camino de consolidación de las letras, siguió un proceso de institucionalización en el recién estado mexicano. Por ejemplo, la literatura en la República Restaurada en México, ocupaba un “un papel de orden romántico y nacionalista, pedagógico y moral. De acuerdo con este modo de ver las cosas, la literatura habría de ser un instrumento de reconciliación política, un método de reconocimiento del paisaje nacional y una oportunidad para reivindicar el sentimiento de la patria” (Martínez Carrizales 2009a: 440).

políticas, económicas y culturales permitieron que los proyectos educativos se extendieran a otros sectores sociales que habían quedado rezagados el siglo pasado, incluso que tuviera cabida la enseñanza de las humanidades. Esto no significa que éstas hubieran sido exiliadas de la República: sólo se había limitado su enseñanza, pues la lengua confería una identidad nacional y la literatura estaba restringida a una sociedad lectora privilegiada. El propósito educativo había cambiado ligeramente: se educaba para reordenar, reestructurar, reflexionar y repensar una nación devastada por el azote de las revoluciones; las instituciones públicas y privadas respaldaban el nuevo orden y la educación había encontrado una cálida acogida en la reconstrucción del país. Las humanidades, junto con las otras materias sociales y científicas ya adoptadas por el modelo positivista, contribuirían a formar hombres completos, conscientes y comprometidos con su realidad. La literatura mexicana, por su parte, además de una nota cívico-política adquiriría cada vez más un matiz filosófico, social y artístico.¹⁹

Alfonso Reyes creía en la función educativa de las letras, no sólo por los efectos que podía tener un buen texto o por el prestigio que conferían las bellas artes, sino porque la literatura y el lenguaje ocupaban un lugar central en su vida, porque además de que la escritura y el gusto por la literatura eran sus grandes aficiones, la “técnica de la expresión” era dominada con maestría por el diplomático. Según Myers, “si los diplomáticos eran los técnicos de la conversación pacífica entre los países, los escritores eran ‘los técnicos de la expresión’” y, por ende, “los más adecuados para ‘expresar’ la voluntad del país ante el extranjero, y más armados para explicar las cosas de la patria” (88); entonces

¹⁹ Con esto me refiero a que las letras habían ampliado y también modificado las funciones que tuvieron un siglo antes. Reyes prefería un sentido más espiritual en la literatura, pero no se apartaba del artístico, pues en “Arma virumque (El creador literario y su creación)” apunta que: “[...] el arte literario, por lo mismo que su materia es el habla, opera directamente con figuras intelectuales, con lo más humanizado del hombre, lo que está en la cuna del espíritu. Arte, pues, de inteligencia (hasta cuando la aprovecha para esconderla: ironía de su misma plétora, vuelco de energía superabundante que juega con burlarse a sí propia), la literatura nos da el remate a que puede llegar todo eso que llamamos la voluptuosidad de las artes, enriquecimiento de la armonía entre el yo humano y su mundo” (*Obras completas*, t. XXI, 277). Por ser la literatura un arte intelectual y estar en contacto con “el mundo”, tanto el creador como la creación merecían un sitio especial en su pensamiento. El lenguaje, como materia prima, debía aprender a encauzarse para poder hacer un buen uso de él.

Reyes como buen conversador y escritor respondía a la necesidad de expresarse de una forma casi perfecta gracias a la literatura, pues para él ésta no era “una actividad de adorno, sino la expresión más completa del hombre. [...] No hay vía más directa para que los pueblos se entiendan y se conozcan entre sí, que esta concepción del mundo manifestada en las letras” (*Obras completas*, t. XI, 127).

Queda de manifiesto el poder que Reyes confería a la literatura como “la actividad del espíritu que mejor aprovecha los tres valores del lenguaje” (*Obras completas*, t. XIV, 84), tal como se describen el valor de sintaxis (gramática), de ritmo (fonética) y de emoción (estilística) en “Apolo o de la literatura”. Como él dice, “la determinante es la cultura y su expresión es la lengua” (*Obras completas*, t. XI, 314), resulta importante su estudio y normatividad siempre abierta al cambio. Por eso, a mi parecer, Reyes presenta *La experiencia literaria* como parte de un proyecto cultural y educativo,²⁰ porque estos ensayos se dirigen al lector profesional y también al lector no especializado, aunque allegado al tema. Las ideas literarias ya no son un coto cerrado o sólo de los intelectuales, Reyes las comparte, pues quiere que otros tengan la experiencia literaria o lingüística. A la vez que los invita a acercarse a estas materias, las encomia y también enaltece a los profesionistas: al escritor, filólogo, articulista, crítico, tipógrafo, editor, traductor, poeta, etcétera.

El ensayista también exploró otros campos como la lingüística, ya que grande era su respeto hacia todas las lenguas, la preceptiva (recuérdese que fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua), las expresiones populares (como las “jitanjáforas” o folklóricas que remite en su ensayo “Marsyas o del tema popular”, porque para él

²⁰ Liliana Weinberg se adelanta y advierte sobre los cuestionamientos que podrían aparecer ante esta intención: “El proyecto cultural y político de Reyes –que hoy muchos intelectuales escépticos podrían discutir, desde la puesta en crisis de la razón y la discusión del pensamiento canónico– radica en un enriquecimiento, en una mejora y profundización del legado del saber europeo y de una tradición racionalista que arranca en Grecia y llega a nuestros días” (2004b: 65-66). Esta expansión cultural, de saberes universales sólo podía realizarse mediante la educación, especialmente de las humanidades, de la literatura, instrumento de formación, porque mediante su estudio se sensibilizaría, se humanizaría a los hombres.

La lingüística es un concepto que corresponde a la ciencia natural: registra y nota cuanto existe, sin calificarlo, sin pedirle cuentas. Pero así como el lobo y el perro tienen igual derecho de existir, y sin embargo el hombre persigue al lobo y adopta al perro en vista de sus fines propios; así como el hombre corrige, reduce y jardina la selva virgen en nombre del derecho humano; así también nuestra cultura, por interés de la propia conservación, instituye un cuerpo preceptivo, que es la gramática, en medio del bosque de la filología. Ya se ve que el bosque es la materia prima de nuestra urbanización, y acabar con él sería, de paso, cerrar a ésta el porvenir. Por lo que respecta a la lengua, cosa viva y cambiante, ello además es imposible. No podemos estabilizarla, así como tampoco podemos trazar planes conscientes para su evolución futura (*Obras completas*, t. XI, 316-317).

Otra de sus preocupaciones fue enseñar adecuadamente el uso de la lengua, como lo señala en “Discurso por la lengua” en 1943: “Nuestra plática tiene por asunto la necesidad de cuidar el decoro de nuestra lengua y el recordar a los maestros de escuela que, en esta obra de salud nacional, les corresponde un deber inexcusable, y el primero de sus deberes, puesto que no hay educación ni enseñanza verdaderas sin la comunicación de la palabra” (*Obras completas*, t. XI, 312). Así, el lenguaje deberá ser, en palabras de Reyes, “saneado y devuelto a su función edificadora de la sociedad y la persona; singularmente, podado de las arborescencias parásitas del abandono, y reivindicado de la servidumbre a que lo sujetan las propagandas” (*Obras completas*, t. XXI, 214). Esto deja ver que el lenguaje venía empleándose según la conveniencia de unos, porque ya no construía, sino destruía al hombre, a la sociedad, con discursos explotadores, bandos bélicos y propagandas sectarias. Reyes a través del poder hacedor de la palabra busca construir un nuevo orden abarcador que permita la conciliación interna de su nación y de las naciones, una alianza espiritual, pues “el progreso de Hispanoamérica, su ascensión a un plano universal de la cultura, dependen en gran parte de su unión, de su democratización y del hábil aprovechamiento de la fusión de razas y de culturas que en este momento se está realizando en la tierra”, según Manuel Olgúin (76). La enseñanza de las letras principiaría este cometido.

En “Grandeza y miseria de las palabras” (1943), Reyes ahonda en la probidad de la palabra,²¹ pues dice: “la función de la palabra es eminentemente moral. A través de ella se establece esa contextura nerviosa que se llama humana. No se vive sin palabras. Más aún, en el orden auténticamente humano, sólo se vive por las palabras” (*Obras completas*, t. IX, 268); por ende, se interesa por los constructos de palabras (discursos y textos) y por su estudio sistematizado (lingüística, filología, literatura, crítica y teoría literarias).²²

Por una parte, para él la literatura, además de “poseer un valor semántico o de significado, y un valor formal o de expresiones lingüísticas”, según su “Apolo...” (70), es una forma de humanizar los actos del hombre, es decir, la literatura al ser representación de un mundo reconstruye y en este proceso concientiza, reflexiona y modifica la percepción de su realidad y también se logra una identificación con ese mundo ficticio, además de tener un efecto catártico, como en la tragedia, una purificación de las pasiones. Un apartado de *El deslinde* lo explica:

La literatura que puede permitirse en cambio interpretaciones, hipótesis e irregularidades fundadas tan sólo en las sospechas de la humana naturaleza, penetra un grado más en esta absorción (III, 32 ss.). Por arte de ficción y universalidad a un tiempo, la literatura sujeta del todo al orden humano cuantos datos baña con su magia. Midas, mejor aconsejado, convierte en prolongaciones de Adán piedras, árboles y animales. Antropomorfiza en cierto modo lo extrahumano que adopta bajo su tutela. Y es así, la literatura, el camino real para la conquista del mundo por el hombre (*Obras completas*, t. XV, 190).

²¹ En “Ciencia social y deber social” también habla sobre el trasfondo moral de las palabras, puesto que: “la palabra, la denominación que se da a las cosas influye en los actos; que el lenguaje engendra una conducta” (*Obras completas*, t. XI, 117-118).

²² En “Teoría y práctica de la literatura en Alfonso Reyes” Anderson Imbert divide en dos secciones el trabajo de Reyes: la teoría y la práctica, y a cada una de ellas les adjudica características propias de la vida y obra del autor, así como éste hace un deslinde de “lo literario” y “lo no literario” en sus obras completas. Cf. en *Más páginas de Alfonso Reyes*, vol. IV (segunda parte), James Willis Robb (pról.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 563-568.

Por otra parte, él, que hizo de las letras una consagración de la vida y un deber público, se interesó especialmente en el aspecto semántico de las palabras, pues le preocupaba su poder perlocutivo (en términos de Austin), es decir, las implicaciones en los oyentes. Si un texto presenta ciertas estrategias de lectura y los sujetos enunciadore de discursos, según “cierta intencionalidad”, buscan provocar un efecto en sus oyentes o lectores, podemos acusar a la “retoricidad del lenguaje” de las consecuencias que se presenten, por la capacidad hacedora de las palabras. En los textos de Reyes, específicamente en sus ensayos, se puede observar estratégicamente la utilización de tropos (símbolos, metáforas, alusiones, alegorías, entre otros) y también un hábil manejo de la información del imaginario y bagaje cultural del autor. En *La experiencia literaria*, los signos se representan en un ambiente más afable con el lector, sin la formalidad y sobriedad del teórico y erudito. Además, al definir términos como lenguaje, literatura o poesía, Reyes reelabora nuevos significados²³ más creativos, ya sea por su condición de escritor o por la intencionalidad que lo lleva a reunir sus ensayos dispersos sobre un mismo tema, para que sirvan como apuntes para sus análisis siguientes, o como manual de cursos de literatura. También cabe la posibilidad de que la recopilación sea un ejercicio del filosofar, de entender, aprehender y comprender su materia de estudio. “Esto es lo que hizo Alfonso Reyes con su vocación de escritor: trazar a partir del lenguaje los caminos para la comprensión de la vida humana. En este sentido es el que afirmamos que Alfonso Reyes es un escritor de ideas, entendió siempre que el cumplimiento de su vocación de escritor estaba estrechamente vinculado con la moral” (Rangel 1997:11).

²³ En “Algo sobre semántica”, Reyes dice al respecto: “El significado no sólo acarrea representación, sino también voluntad. La cápsula verbal no sólo encierra aromas de intelección, sino también explosivos de intención. Este fenómeno se aprecia con mayor nitidez cuando del orden de las definiciones nos trasladamos al orden de los valores. En el campo ético y social, por ejemplo, la intención irradiada por la palabra impulsa un juicio o una acción; y ya en la política determina una prédica, propaganda o campaña” (*Obras completas*, t. XXI, 217).

Reyes y Henríquez Ureña²⁴ cultivaron el amor por el lenguaje. Según Weinberg: “ambos harán del amor por la literatura, el rigor en el estudio y la curiosidad intelectual una marca de estilo de trabajo y de prosa, caracterizado siempre por un movimiento *incluyente y multiplicador* [...]” (2004a: 92-94). Sus proyectos en torno a la lengua abarcaron su contextualización histórica y reactualización, pues “Henríquez Ureña y Reyes intuyeron que la lengua española podía a su vez ser metáfora de nuestra existencia histórica, portadora tanto de las huellas de la colonización como de las posibilidades de la emancipación mental de nuestros pueblos” (101-102). Sus esfuerzos respondían a un reconocimiento de la lengua y de la producción literaria hispanoamericana. De carácter expansivo y universal fue su proyecto educativo, que coincidía con los esfuerzos educativos, las campañas de alfabetización, la edición y la institucionalización de la lengua y literatura.

Lo anterior se relaciona al alcance y utilidad de la crítica y teoría literarias, desde los ensayos más a menos orgánicos del ensayista, como *El deslinde* y *La experiencia literaria*. Las obras de corte crítico y teórico o que explican el fenómeno literario nos muestran también que estos estudios son reflejo de cultura e identidad porque la lengua forma parte de la historia de las naciones; y por tanto, se puede lograr una unificación a través de la lengua y del carácter universal de la literatura. “Estas reflexiones de Reyes sobre la literatura constituyen no sólo una importante contribución al estudio literario, sino que señalan, además de la originalidad de sus esfuerzos teóricos o eruditos, los esfuerzos creadores que realiza en otra parte de su obra” (García 58). De esta forma se crea un nuevo artificio que explica términos desgastados; la aplicación de un metalenguaje responde a la sistematización de su

²⁴ Su obra es “decisiva” y “representativa”, según Liliana Weinberg, pues “muestra en todo su dramatismo las tensiones de hombres nacidos en el seno de una élite intelectual y política que, en lugar de hacer de su competencia una marca de diferenciación social, adoptan una postura democrática, liberal, racionalista, y aspiran a expandir esos saberes y competencia entre amplias capas de la población. [...]” (2004a: 92-94).

teoría literaria, pues toma términos filosóficos, algunos lingüísticos²⁵ y de otros campos, como se anotó en el capítulo anterior, a los cuales les otorga otra representatividad. El escritor halla una nueva forma para comunicar lo que quiere decir y a la vez sigue casi sin darnos cuenta un esquema de trabajo en beneficio de la cultura.

Reyes “deslinda” la literatura de la “literatura ancilar” para depurar su objeto de estudio y enaltecer la literatura sobre otras disciplinas. La diferencia entre la teoría rigurosamente académica de *El deslinde* y los ensayos que acumuló en docenas de publicaciones es el carácter misceláneo de *La experiencia literaria*, pues al presentar cada tema en fragmentos busca expresar el signo por la cosa significada (la lengua y literatura con mayúsculas por “la experiencia literaria”), es decir como una metonimia, la lectura de estos ensayos (la parte) puede ser un buen comienzo para acercarse a la comprensión de estas disciplinas (el todo). También aspira a captar la benevolencia del lector y lograr así la difusión de sus ideas en un medio próximo: las publicaciones periódicas, cuando recién salieron a la luz, como señala Ortega:

Pero se debió también Reyes a su medio de producción más inmediato, la prensa diaria y las revistas literarias, donde los artículos de *La experiencia literaria* declaran hablar desde el presente, situados como están en el fluir de la lectura. Reyes le dio a la crónica un carácter más literario y, bien visto, su registro formal excede el formato de comentario impresionista, la crónica periodística, el ensayo crítico, y el artículo académico. Éste es uno de los libros imprescindibles de la cultura americana, por su feliz apropiación de las fuentes universales, que torna nuestras. Pero su persuasión teórica no es menos clásica: se basa en el entusiasmo por el hecho literario, en la fe civil en el lenguaje esclarecedor, que sostiene la racionalidad superior de la república, de la comunidad consensual. Ese entusiasmo es la elocuencia de elogio, de la alabanza íntima y tácita que sus ensayos hacen a los artificios del lenguaje y su creatividad (10).

²⁵ Armando Partida en “Contemporaneidad de la teoría literaria de Alfonso Reyes” refiere los textos del autor haciendo alusión a los estudios y avances de las corrientes de pensamiento del siglo XX. Hace mención de lingüistas como: Saussure, Benveniste, Martinet, Mounin, Jakobson, o teóricos como Todorov, Tinianov, entre otros y su relación con conceptos del ensayista. Su ensayo da pauta a un análisis de la obra teórica y crítica de Reyes con respecto a sus ideas contemporáneas, para verificar la idea que se dice de Reyes, que se adelantó a su época. Cf. en *Más páginas de Alfonso Reyes*, vol. IV (primera parte), James Willis Robb (pról.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 177-194.

A partir de lo anterior se pueden adelantar algunas conclusiones en cuanto al fondo y forma de *La experiencia literaria*: que sus características ensayísticas se distinguen de cualquier otro género; que en sus contenidos se refuerza el ideal de universalidad al que aspiró Reyes, y que por medio del encomio y de un tono conversacional ameno se persuade al lector de acercarse a la lengua y la literatura.

Pues bien, Reyes confiaba dar seguimiento a sus proyectos de investigación sobre literatura, estudios helenísticos, etcétera, y buscaba, con ayuda de las humanidades, las instituciones y el patrimonio cultural, consolidar su empresa educativa, a través del ejercicio continuo desde el escritorio y la cátedra.²⁶ En “Discurso por Virgilio” deja esta constancia: “Yo quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono” (*Obras completas*, t. XI, 161).

Cuando enuncio el alcance y la utilidad de la obra, dejo un poco de lado su recepción, así como también el tipo de lectores, la circulación, las ediciones e instituciones que intervienen en ello. Sería para mí un desatino comentar tales repercusiones, pero tomando en cuenta la escasa crítica de estos ensayos y el desinterés por estudiarlos hacen pasar esta obra inadvertida en la vasta producción del autor. En mi opinión, el conocimiento de la utilidad de los ensayos teóricos reunidos en *La experiencia literaria* es necesaria: para una cuidadosa clasificación de los ensayos del mexicano universal, para volver al estudio de su teoría y críticas literaria, para insertarla en otras de sus obras, para conjeturar en torno a un proyecto mayor del autor, en fin, para encontrar nuevas interpretaciones que den cuenta no sólo de su aspecto formal, sino también de su asunto.

²⁶ Como señala en el “Discurso por la lengua”: “El secreto de la enseñanza, aquí como en todo, es el ejercicio. Los libros de recetas no hacen a los buenos cocineros, sino sólo la continua práctica en el fogón. Quédense los recetarios como guías y referencias, y multiplíquense las composiciones orales y escritas, las charlas, las discusiones sobre los casos vivos que se ofrezcan a mano” (*Obras completas*, t. XI, 325).

4.5 HEROÍSMO CULTURAL: HUMANISMO HECHO PROGRAMA INTELECTUAL

Alfonso Reyes, el escritor prolífico del que ya se ha referido, tanto de su vida como de su obra, recibe un nuevo mote: “héroe cultural-civilizador”, a quien Liliana Weinberg compara con un Prometeo: “si el héroe cultural roba a los dioses sus saberes para transmitirlos a los hombres, Alfonso Reyes arrebató al orden conservador y eurocéntrico los saberes que serán de utilidad en un nuevo orden democrático y plural; explora las grandes bibliotecas porfirianas para extraer y socializar el conocimiento y reconfigura su papel como miembro de una elite cultural” (2004b: 51). Siguiendo la comparación, los dioses se encontrarían en “un ala de la sociedad porfiriana”; Henríquez Ureña y Reyes llevarían a cabo la tarea prometeica, por su compromiso con la sociedad, y el fuego robado sería la cultura, transmitida gracias a la educación, ya que: “estos jóvenes pensadores propondrán un nuevo espacio de actuación en el cual la ampliación de la cultura no se sienta como una ‘profanación de los saberes’ en manos de pocos” (Weinberg 2010: 55).

El símil hace resaltar sus virtudes heroicas y osadas de su ministerio, pero si se me permite, me gustaría agregar otra comparación a la etopeya de Reyes: el Hermes, el mensajero de América, de México, del mundo, dada su condición de embajador. Su mensaje: de paz, amistad, unidad y cultura en su obra, sus ensayos, su literatura y su poesía. Él mismo cuando habla de América y del hombre goethiano se inclina por el “hombre de acción” que está inmerso en diferentes proyectos.

Pero, de un modo general, es evidente que nuestra América prefiere al apóstol social o al llamado hombre de acción. El ambiente lo quiere así; el ambiente cuya pugnacidad hace endurecerse a sus criaturas; el autofagismo: el que devoró en breves instantes a José Martí, hombre el más dotado para las letras en nuestra América, y uno de los mejor dotados en la lengua española. Sin duda, durante el pasado siglo –porque hoy el espectáculo es todavía más bronco– las sociedades intelectuales de América se han gobernado por maestros: Bello, Sarmiento, Luz y Caballero, Montalvo, Ramírez, Barreda, Hostos, y más cerca, Sierra y Rodó. Por rara excepción estos maestros habrán podido desarrollarse como meros organizadores de la cultura [...] Al servicio de la patria o del partido en las incontables luchas armadas, o al servicio

más o menos directo de la política en las treguas de la guerra civil– puesto que, entre nosotros, el trabajo intelectual “no paga su hombre”–, el héroe de cultura fácilmente se contamina de otros géneros de heroicidad (*Obras completas*, t. XXVI, 241-242).

La teoría y la praxis hacen de nuestro ensayista un héroe también civilizador por abogar por América, por presentarla en sociedad ante los ojos europeos pero, sobre todo, porque sus “interpretaciones culturales” se colocaron dentro de la historia, como señala Myers:

La contribución de Reyes a la emergencia de una nueva interpretación cultural de la historia latinoamericana fue, por ende, doble; por un lado, su muy importante obra de ensayista, filólogo, crítico e historiador cultural le permitió elaborar una obra de interpretación original y persuasiva acerca de la historia cultural mexicana y latinoamericana; y, por otro lado, al dedicarse sistemáticamente a la tarea de reunir físicamente a las personas en sus sucesivas embajadas, de establecer, de lograr, haciendo de intermediario, que autores afines se pusieran en contacto, pudo adquirir una suerte de formación cultural que atravesaba las fronteras de los distintos campos intelectuales nacionales, y que, sin embargo, por estar progresivamente centrada en el espacio mexicano y sus instituciones académicas y editoriales luego de 1938, sirvió al mismo tiempo para consolidar la proyección cultural de México hacia toda América Latina, un hecho de profundo impacto en el desarrollo intelectual de esa región desde los años 1940 en adelante (95).

Su trabajo detrás del escritorio se completó cuando salía a la calle. Mientras se carteaba, establecía lazos de amistad, tejía redes intelectuales, compartía visiones de mundo o filosofías y transmitía sus ideales de universalidad,²⁷ pues “Reyes nos liberó de las interpretaciones traumáticas de la cultura hispanoamericana y nos demostró que somos capaces de venir de todas partes, con inteligencia y con ironía, gracias a la saga literaria de vivir aquí todos los tiempos. Esa fe en la cultura americana como territorio legítimo tiene en su teoría literaria una guía del diálogo fundador y renovador” (Ortega 12-13). Su teoría se complementaba con su praxis, pues sus perspectivas americanas y universales marcaron un hito importante en su tiempo y en las siguientes generaciones.

²⁷ Monsiváis cree que Reyes “se afana en mostrar lo evidente: la casta no radica en el apego sino en la amplitud de la visión del mundo. Hay que conocer, orientar, organizar la tradición (en una palabra inventarla), y esta ‘religiosidad cultural’ debe imprimirle fuerza al trabajo de la minoría de los escritores y pensadores” (2005: 47-48). En esta religiosidad radican sus esfuerzos por conciliar la tradición con el cosmopolitismo y el pasado con el presente. Su acción fue un hacer síntesis, un unir esfuerzos en pro del mejoramiento de América, de su posicionamiento frente a otros países.

Aquella preocupación del hombre de letras finisecular por adaptarse a los designios del Estado con su “alma escrita”, como dice Monsiváis es una acción heroica. También lo es, continúa diciendo, “el hallazgo de la vocación”, “la vivencia obsesiva del arte”, porque “el heroísmo es reconstrucción y regeneración morales. Ya la moral debe entenderse como vigor, dinamismo, culto activo del progreso” (2000: 975). En este sentido Reyes es un héroe cultural desde que decide seguir el orden de su espíritu al escoger la vocación de la escritura, al mantenerse de ella en el exilio y al defender con la pluma sus convicciones. Su compromiso moral lo hizo participar en aquellos proyectos en los que plenamente confiaba y se equiparaba al escritor hispanoamericano contemporáneo, según Gaos, ya que éste “tiende a ser, quiere ser, en grande, valiosa, creciente proporción, pensador, filósofo y didáctico, docente, maestro. Y un escritor resulta el pensador hispano-americano contemporáneo. Un escritor que no puede dejar de serlo, de preferir las formas mentales y verbales y los temas más cercanos a la bella literatura. Desde la raíz, en suma, una unión de lo estético y lo ideológico– y “magistral” –en forma y temas” (69-70).

La vasta obra de Reyes es un esfuerzo por explicar y analizar su contexto histórico, pues atiende a su obra creativa, a sus discursos como diplomático, a ediciones y artículos sobre cuestiones literarias y también a numerosos apuntes en su escritorio, pero sobre todo a las reflexiones de sus pensamientos que deja anotadas en libros como *Memorias*, su *Diario* o *Historia documental de mis libros*, por mencionar algunos. Así responde a la juventud hispanoamericana, a sus estudiantes y discípulos que siempre al consultarlo buscaban desahogarse con él o sólo conversar; se convierte en intelectual, en autoridad cultural reconocida, que al “poner en diálogo sus lecturas, reactualizarlas y vincularlas, las más de las veces, con el problema americano y con cuestiones de su tiempo” (Weinberg 2004b: 60) confirmaba su inscripción en el campo intelectual.

Hasta este punto, podemos agregar también una descripción del *ethos* del escritor, orador y maestro. Alfonso Reyes así fue educado en la escuela “donde el aprendizaje de las obras consagradas por la tradición debía fortalecer el temple del ‘ciudadano’, y así lo confirmó durante el resto de su vida gracias al apoyo de la cultura clásica que no dejaría de frecuentar”, según Martínez Carrizales (2007: 43). Las letras y el lenguaje surtían efectos en la personalidad de Reyes, un equilibrio de los ánimos a través de su estilística. Tal parece que por medio de la escritura se aquilataban su temperamento y carácter, como ejercicios espirituales. Sobre la prosa de Reyes, sigue comentando:

El dominio del estilo, supone de acuerdo con esta perspectiva, tanto el dominio de las tecnologías de la escritura como el del propio temperamento y carácter. Por ello se entenderá que Reyes haya practicado con especial predilección la prosa de circunstancias y que de esa práctica haya obtenido las prendas más altas de su estilo. La prosa de Reyes, tan apreciada, en el orbe hispánico, es la expresión de un hombre que día con día busca en sentido de sí mismo en el cuadro general de las experiencias que le hayan tocado en suerte. Es una prosa cordial, cortés y civil; una prosa que confía en las virtudes racionales del entendimiento entre ciudadanos tanto como en los recursos con los cuales el humor acerca entre sí a las personas; una prosa que no da vuelta a los pequeños requerimientos de todos los días y aun los transforma en asuntos propicios para exploraciones más graves y aciertos indiscutibles de la expresión. Luego vendrán las metas ambiciosas que Reyes se impuso a propósito del nacionalismo, la expresión americana y la cultura helénica. (Martínez Carrizales 2007: 43-44).

Entonces, Reyes cargó con la tradición de los hombres de letras del XIX, con la centralidad moral y civil de las letras. A esto se sumó el *ethos* modernista de sus profesores y poetas, quienes le dejaron un profundo amor por la poesía, por la belleza de las palabras y del ritmo. Además, junto con los demás ateneístas se fue modelando una serie de rasgos que lo acompañaron a lo largo de su vida como: su afición por Grecia, la defensa de las humanidades, la causa del libro y el compromiso con la educación. De manera autodidacta aprendió a ser generosamente universal y sobre todo a ser

autocrítico.²⁸ Fue su condición de humanista la que le permitió actuar a través de sus escritos en la dimensión pública en conferencias, salones de clases o auditorios; y en la privada, desde la comodidad de su casa, frente a sus amigos y alumnos.

La constancia del autor de *La experiencia literaria* en sus empresas culturales está marcada por un deber cívico, moral y político. El emisario cultural pronunció sus discursos para plantear sus ideas en asambleas políticas, incluso se sirvió de la diplomacia mexicana para difundir su obra y de paso promover los estudios americanos. “Reyes, como lo habían hecho antes otros diplomáticos-intelectuales mexicanos, siguió una estrategia que consistió en la utilización explícita y deliberada de los recursos materiales y simbólicos que su condición de embajador ponía a su disposición para incrementar su propio prestigio como autor y como intelectual” (Myers 90-91). Sin embargo sus convicciones políticas iban más allá de estar afiliado a una línea partidista o simpatizar con un gobierno, pues tiene en su carácter el convencimiento del fin que percibe.

La política estriba en una prolongada y ardua lucha contra tenaces resistencias para vencer, lo que requiere, simultáneamente, de pasión y mesura. Es del todo cierto, y así lo demuestra la Historia, que en este mundo no se arriba jamás a lo posible si no se intenta repetidamente lo imposible; pero para realizar esta tarea no sólo es indispensable ser un caudillo, sino también un héroe en todo el sentido estricto del término, incluso todos aquellos que no son héroes ni caudillos han de armarse desde ahora, de la fuerza de la voluntad que les permita soportar la destrucción de todas las esperanzas, si no quieren mostrarse incapaces de realizar inclusive todo lo que aún es posible. Únicamente quien está seguro de no doblegarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado necio o demasiado abyecto para aquello que está ofreciéndole; únicamente quien, ante todas estas adversidades, es capaz de oponer un “sin embargo”; únicamente un hombre constituido de esta manera podrá demostrar su “vocación para la política”. (Weber 38)

²⁸ Reyes buscaba esa ansia de perfección de los griegos que lo hacía ser mejor, como cuando exhorta a tomar las riendas de nuestro destino: “Recojamos todas las colaboraciones de la fortuna, pero no lo entreguemos todo a la fortuna. No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores. La salvación, la felicidad – ¡y hasta la originalidad literaria!– son subproductos que se encuentran de paso, como el *cok*, mientras se fabrica otra cosa” (*Obras completas*, t. XXVI, 246).

Weber concebía el *ethos* de la política como causa (29). De la cita anterior quisiera detenerme en un par de aspectos: la pasión y mesura como condiciones del político. No cabe duda de la pasión de Reyes si vivía de, por y para la escritura. Su moderación y ecuanimidad fueron virtudes óptimas para su trabajo como diplomático, lo cual nunca reflejó pusilanimidad, porque en su opinión: “lo mejor para la inteligencia es conservarse en un término moderado respecto a la acción, y sólo participar en ella lo indispensable, reservándose un sitio de orientación y consejo” (Reyes, *Obras completas*, t. XI, 70). El mejor ejemplo de esto: su exilio, porque desde la lejanía podía meditar los problemas de América y salvaguardar la cultura. Cuando habla de Hipolite Taine cuestiona el trabajo del intelectual que se arriesga a gobernar y en cambio prefiere aconsejar, porque a su parecer:

Gobernar es improvisar y adoptar disposiciones inmediatas sobre todas las cosas, día por día, hora tras hora. El intelectual llamado a la política o deja de serlo –sin por eso adaptarse nunca llega a ser un verdadero político–, o sencillamente fracasa; y, en todo caso, tampoco puede ya volver a su estado de intelectual puro. ¡Triste destino! Naturalmente, esto no significa la abstención de los deberes cívicos, ni el abandono de la política en manos ineptas o criminales. En todo impera el buen sentido. En todo hay su más y su menos (*Obras completas*, t. XXIII, 433).

Lo anterior no exime a Reyes de hacer política a su modo, a pesar de que en su juventud estuvo renuente a involucrarse en empresas políticas como las de su padre y hermano. A lo largo de su obra se perciben visos de esta pasión y mesura que sólo se da en políticos por vocación, como señalaba Weber. Él como intelectual, a diferencia del gobernante que actúa improvisadamente, reflexiona y piensa detenidamente antes de entregarse a sus primeros impulsos. Además, su heroicidad también recae en elaborar teóricamente sus utopías, en despertar la conciencia de América, en buscar legitimar su tradición y en sentar las bases de un proyecto cultural y educativo con la publicación de sus conferencias y cátedras. De tal forma que el objetivo de *La experiencia literaria* es el mismo que el de *Cartilla moral*: forma parte de la campaña de alfabetización cultural, de sensibilización de la literatura

pues el intelectual político propone un trabajo premeditado, depurado y reflexionado, y dirige sus esfuerzos a todos los lectores que hayan o no experimentado la lectura. Sin duda su labor política como humanista, escritor y diplomático da ejemplo conspicuo a aquellos gobernantes que actúan improvisadamente y que están al servicio de intereses individuales.

Sobre lo anterior, en “Medidas para promover el fomento de relaciones intelectuales culturales más estrechas entre repúblicas americanas, y para desarrollar el espíritu del desarme moral”, Reyes comenta las funciones de la política, pues: “una se aplica a la organización del presente y la otra a la preparación del porvenir” (241). Como diplomático-intelectual propone y traza un proyecto educativo “a largo plazo y a rendimiento futuro”. Esto hace pensar la importancia del intelectual como apoyo al político, al gobernante en la toma de decisiones, pues le ayuda a planificar con su visión retrospectiva y sus proyecciones a futuro. En dicha memoria diplomática, Reyes antepone la educación al desarme moral de la guerra y a cualquier imperialismo; hace énfasis en los esfuerzos anteriores y condena la dispersión en que han caído aquellas iniciativas. Es menester volver a hacer mención de su lugar de enunciación, pues cuando Reyes realiza estos discursos, aprovecha cada reunión con sus colegas embajadores para proponer, para mover a la acción, aunque su labor como diplomático fue restringida, pues cada una de sus palabras representaba y abogaba por su nación, por los intereses nacionales, americanos, universales, siempre a favor de la paz y la concordia.

Por todo lo anterior, *La experiencia literaria* aparece como un esfuerzo de ese plan educativo orientado hacia la paz, la unificación y crecimiento de los países americanos, pues las facetas de su campaña cultural se difundieron en artículos de revista, la prensa, el libro; y lugares, como las escuelas, colegios, librerías y bibliotecas, etcétera. Reyes insiste y vuelve a los mismos motivos americanos para enfatizarlos ante nuevos públicos, como ocurre en sus memorias diplomáticas y en los ensayos de

Última Tule y Tentativas y orientaciones. Así como el poeta combate con el ángel, el humanista, pensador e intelectual combate con su realidad en el terreno espiritual, moral, en el plano intelectual con un trasfondo político, por su labor como diplomático y maestro, pues estas dos actividades son formas políticas, pues una se vale de los discursos y otra enseña a adecuarlos.

Las esferas de lo político, cultural y educativo se conjuntan y en el campo literario encuentran su punto de intersección; por ende, se abre al ámbito público la posibilidad de un acercamiento a la literatura, a su estudio o simplemente a su disfrute. Reyes como caudillo cultural, desde sus inicios en el Ateneo de la Juventud toma como bandera la libre cultura, él cumple con acercar a otros el lenguaje y la literatura a través de su experiencia; elige la vocación de maestro sobre la de gobernante político, a pesar de que cuente con las virtudes para ser hombre de Estado. El poder cultural que obtiene de sus funciones diplomáticas e intelectuales desea compartirlo, comunicarlo como el Hermes de la cultura a través de las instituciones que legitiman sus actos, los consolidan y acrecientan.

Después de haber señalado las características del político, del humanista y del maestro puede decir sin temor a equivocarme que Reyes, el escritor con ideales del hombre de letras decimonónico, al final de su vida fue un intelectual completo, con todas las exigencias que implican serlo porque, entre otras cosas, supo distanciarse de su patria para formarse y regresar para devolver a ella todo lo aprendido.

“[...] esperemos que nuestra América siga produciendo lo que es acaso su más alta característica: los hombres magistrales, héroes verdaderos de nuestra vida moderna, verbo de nuestro espíritu y creadores de vida espiritual.”

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

CONCLUSIONES

A modo de confesión

En este último apartado me gustaría hacer un deslinde entre las primeras intenciones de los alcances de esta investigación y las conclusiones que se desprendieron, así como también señalar algunas intuiciones dejadas sobre la mesa de análisis.

En un inicio me subyugó tanto la personalidad y biografía de Alfonso Reyes, como su extensa obra. Pequé de fanatismo durante un tiempo, pues alababa cualquier texto alfonsino sin realmente hacerle una ligera crítica. Pasado el enamoramiento quise realizar una investigación sobre el andamiaje retórico de sus ensayos, pero afortunadamente esta disertación no terminó en una elaborada exposición estructuralista. El motivo, la brevedad, su año de publicación y el poco estudio de *La experiencia literaria* me movieron a elegirla para analizar además del texto, su contexto. Una vez elegida la obra sobresalió una serie de temas, como la retórica, la educación y el ensayo, ejes sobre los cuales debía conducir la investigación. Conforme avanzaba a documentarme los intereses se ampliaron a la historia intelectual, la filosofía, el humanismo y la tradición grecolatina. Como debía recorrer desde 1906 hasta 1942, año en el que cursaba la Preparatoria, y de publicación de *La experiencia literaria*, respectivamente, me detuve en la participación del autor en el Ateneo de la Juventud y su labor como diplomático para entender cómo se gestó y bajo qué influjos salió a la luz su libro de ensayos. Estos dos periodos, el primero que va de 1906 a 1913 y el segundo, de 1914 a 1939, años de exilio y regreso a México me obligaron a incluir otros textos, entre ellos sus memorias, cuentos, poemas, entre otros; remarco sobre todo la lectura de los ensayos de corte americanista en los que resume varias de sus ideas

educativas y sociales durante su periplo diplomático, los ensayos sobre retórica antigua y sobre crítica y teoría literarias ya anotados en la presente disertación. Hasta aquí el resumen del proceso de la investigación, lo que sigue son las conclusiones a las que llegué, que dividiré en los enfoques que utilicé: la historia intelectual, el retórico, el ensayo y el humanismo.

Primero, exponer parte de la trayectoria intelectual de Reyes benefició a la investigación al acercarnos al origen de las inquietudes del humanista. El esbozo del mapa intelectual trazado nos dio las coordenadas para partir hacia la exploración de los ensayos que escribió el autor en su madurez intelectual. Los ideales humanísticos así como el interés educativo del grupo del Ateneo de la Juventud son elementos clave que Reyes toma para su perfil intelectual, porque había aprendido de sus maestros, entre ellos Henríquez Ureña, quien le enseñó que la obra intelectual sólo podría ser resultado no de un individuo, o de la sociedad, sino del trabajo de un grupo con alta tensión intelectual que trabaja diario en todo activamente.

Las instituciones fueron para Reyes el soporte para sus proyectos culturales, entre éstas se cuentan la familiar, educativa, civil, diplomática y cultural, principalmente, porque gracias a ellas pudo avanzar y consolidarse en el campo intelectual. Las redes intelectuales que construyó a su paso le permitieron el diálogo con varias generaciones, pues de unas aprendía, y a otras enseñaba. Su condición de humanista le permitió crear ficciones, estudiar y reflexionar sobre el fenómeno literario y lingüístico, e incluso le permitió incursionar en la docencia. Su profesionalización como literato le valió el título de intelectual, de embajador cultural, lo que además lo responsabilizó de sus actos y discursos, principalmente, de sus obras. Además, las instituciones educativas y culturales fueron para él, además de ser sostén de sus discursos, resguardo de los valores universales.

CONCLUSIONES

Segundo, Alfonso Reyes se apoya en la retórica antigua; reflejo de ello es la construcción de sus discursos y su *ethos* (carácter) como orador y maestro. Por una parte, el estudio de los clásicos y sobre todo el ejercicio crítico y reflexivo que hace de ellos le dieron las herramientas para la composición de discursos, principalmente los epidícticos (encomiásticos) y deliberativos que tuvo que construir conforme los requería, según su condición de diplomático. Al mismo tiempo, en sus ensayos se observan algunas virtudes del discurso como la claridad, propiedad, brevedad y ornato, además de un gran catálogo de figuras elocutivas que se disponían a favor de su argumentación, narración o exposición. Como la prioridad de esta investigación no fue mostrar los artificios retóricos de los que se vale Reyes para persuadir al lector, sino la periferia de la obra, su contexto de producción, antecedentes y finalidad, sólo se mostró a grandes rasgos cómo operan las partes de la retórica antigua (*inventio*, *dispositio*, *elocutio*, memoria y *actio*) y del discurso (exordio, narración, argumentación y epílogo).

El ensayo es un género claramente argumentativo. La retórica empleada como herramienta de análisis nos ayudó a evidenciar no sólo la construcción del discurso sino también cómo se logra la eficacia discursiva. Una de las ventajas de utilizar la retórica fue encontrar los nexos entre su teoría y su práctica, pues Reyes cuando hace un compendio de la retórica entendida por Cicerón, Aristóteles y Quintiliano se apropia de la información y la aplica en sus escritos y en su persona. Otra ventaja de la pertinencia de la retórica es su sistematicidad, que va de acuerdo con su forma de trabajo, pues cada obra siguió una planeación (basándose en la *dispositio*, operación retórica) y un fin, como anota en *Historia documental de mis libros*. En suma, la retórica como herramienta de análisis del discurso sirvió para esclarecer el tema y la finalidad de la obra; para contemplar cómo Reyes hace gala de su manejo del discurso para persuadirnos, y principalmente para comprender de modo general el contexto en el que el autor insertó la obra.

En cuanto al *ethos*, Reyes deja ver su carácter como orador y educador, como los grandes rétores. Por una parte, encontramos al logógrafo, al hacedor de discursos, y al orador que habla correctamente desde una etapa muy temprana en la preparatoria, hasta el que busca mover los ánimos de sus compañeros políticos e intelectuales durante su etapa como diplomático; y a su regreso a México, cuando llega como plena autoridad constituida. Por otra parte, Reyes toma la figura del educador, pues adquiere esta vocación junto a sus amigos del Ateneo de la Juventud y la mantiene a lo largo de su vida. Más que transmitir sus conocimientos mediante la cátedra, los cursos o conferencias en diferentes instituciones educativas, predica con el ejemplo, pues las experiencias más enriquecedoras son las que se encuentran en una anécdota o en una charla amena.

Cuál es el asunto que trata de transmitir, de qué nos persuade el ensayista, o qué es lo que enseña en los ensayos de *La experiencia literaria* son preguntas que obedecen a los objetivos de esta disertación. En su teoría literaria Reyes replantea el lenguaje y la escritura al compartirnos su experiencia, pues no sólo encomia la profesionalización de la escritura, la labor del escritor, biógrafo, tipógrafo, editor, poeta, crítico, lingüista, o simple lector, sino que también nos persuade de participar de esta experiencia. Los ensayos están dirigidos a cualquier auditorio porque son una invitación a la lectura y disfrute de la lengua y literatura desde cualquier perspectiva. Además, la propia labor de refundición, de cotejo de información y de adecuación de los ensayos en una antología requirió de una cuidadosa revisión de los artículos y conferencias, porque la disposición de esta obra marcó las coordenadas (como anunciaba el subtítulo en la primera edición) de la ubicación de estos temas en la década de los cuarenta en el campo intelectual literario.

Tercero, encuentro que *La experiencia literaria*, además de confesar, persuadir, informar y crear arte (según las especificaciones que menciona Skirius, respecto al ensayo), tienen intenciones

CONCLUSIONES

educativas. Reyes confiesa su experiencia y sus reflexiones en torno al lenguaje y lo literario; persuade al lector de tener una experiencia literaria, de que la solución a las desavenencias entre los países está en la enseñanza de las humanidades y también busca demostrar la universalidad de la literatura; informa sobre sus lecturas y algunas posturas críticas en torno a algunos estudios de la traducción, lo folklórico, lo popular en el lenguaje, entre otros; crea arte porque aunque el ensayo sea un texto no literario, Reyes lo hace literario, pues sus ensayos refundidos tienen virtudes literarias, porque a pesar de que tratan de explicar la literatura, al provenir de la prosa de un poeta se contagian de literariedad y, al mismo tiempo, *La experiencia literaria* es una especie de manual didáctico dirigido a cualquier lector, tanto para los especializados como para los no especializados en el tema, pero a mi modo de ver, principalmente a aquellos que quieren formarse en cuestiones literarias. De manera análoga, así como de una mina se explotan los metales preciosos, el escritor saca la utilidad de las palabras y las engalana para lograr el efecto deseado ante sus lectores: que participen de la experiencia literaria.

Es el ensayo, centauro de los géneros, donde Reyes encuentra el medio ideal para tratar temas sobre el lenguaje, la literatura o la crítica literaria. También porque permite exponer sus ideas de manera sucinta y concisa, donde la retórica es propicia para evidenciar cómo el ejercicio crítico y la experiencia se conjugan en el escritor. Asimismo, en el ensayo se refleja la poética del pensar del humanista, pues en él convergen sus ideas sobre su acontecer cultural, político y social. Además, es en el ensayo donde hay mayores testimonios sobre su activismo cultural, pues sus esfuerzos se encaminan en lograr una solidaridad y concordia entre las naciones para un próspero futuro. Con esto, también trato de decir que la clasificación ensayística que se ha hecho de la obra alfonsina ha quedado limitada en cada categoría, pues los ensayos conviven unidos entre sí no por una intención meramente estética, es decir, los ensayos teóricos sobre el lenguaje y la literatura, junto con aquellos sobre temas helénicos

o de historia literaria se vinculan con los ensayos de corte americanista, pues sirven a un propósito común, el educativo.

Cuarto, el humanista se asoma en cada ensayo de *La experiencia literaria* y sobresale además de la figura del orador que sabe construir discursos y pronunciarlos, la del educador. Reyes, heredero de los valores liberales, positivistas, ateneístas, en resumen, universales, actuó como los hombres letrados de finales del siglo XIX, cuando las letras tenían como propósito fundamental: la formación de la ciudadanía. Admiró a sus grandes maestros positivistas, a los clásicos griegos y a sus compañeros de generación con los que compartió un ideal educativo, pues junto con ellos propugnó la enseñanza de las humanidades, y después estuvo a favor de la alfabetización y la causa del libro. Además compartió una serie de ideales tomados de la tradición clásica y de gestos culturales, como la forma de asociarse para discutir, leer o hacer crítica y enseñar. Sus primeros pasos como maestro se fortalecieron con sus experiencias como investigador, filólogo, editor, escritor y diplomático.

La principal noción que toma de los griegos es la de *paideia*, cultura general, enseñanza tanto para el político, como para el ciudadano. Este concepto salta en algunos de sus ensayos, porque a su parecer es necesario un proyecto de formación constante, como la *paideia* griega, para que América se unifique y se integre. En su opinión, también es importante una doctrina de paz basada en la educación en todos los sectores, insiste sobre todo en la política y en la humanística. El mexicano universal apostó por la “inteligencia americana” y esbozó un sendero cultural mediante sus enseñanzas y testimonio.

Un “imperativo moral” lo movió a escribir sobre la realidad de las naciones, especialmente sobre América. Por su responsabilidad como escritor y por su personalidad generosamente universal, Alfonso Reyes respondió a las necesidades culturales que le demandaban su tiempo, en el que era necesario, como ahora, salvar las circunstancias; primero su realidad social, porque ante los conflictos

CONCLUSIONES

bélicos, la crisis de la cultura occidental y la explotación del hombre por el hombre, Reyes planteó la conciliación mediante la cultura; después su realidad política, porque ante los pocos esfuerzos de los gobernantes por satisfacer la necesidad educativa de la población, de alfabetizarla, el intelectual organizó un plan en uno de cuyos puntos centrales fue la promoción cultural y educativa para el presente y futuro; y por último su realidad intelectual, pues buscaba alentar nuevos estudios literarios y lingüísticos, una nueva crítica universal, libre de cualquier interés elitista o individualista que se apropiara de la experiencia literaria.

La labor de *magister* de Alfonso Reyes ha quedado soslayada por su prestigio como escritor, pues su actuación nunca fue pasiva tras el escritorio, sino que su extensa obra se nutrió no sólo de sus lecturas, sino también con el aprendizaje de la convivencia, el diálogo, la investigación, el servicio diplomático y la enseñanza. Una muestra clara del propósito educativo de los ensayos es que Reyes trata de cerrar con un consejo, exhortación o síntesis de los puntos desarrollados.

Por todo lo anterior, *La experiencia literaria* es reflejo del proyecto cultural y educativo de un humanista que pretendió, mediante las humanidades, acercar a los pueblos, “humanizar” a los hombres, crear cultura. La compilación de los ensayos que versan sobre la literatura, el lenguaje y la profesionalización de la escritura son una fase de un proyecto alfonsino, la respuesta necesaria de un intelectual comprometido con su tradición, formación y moral. El proyecto resulta expansivo, porque Reyes apuesta por la universalidad de la literatura y busca la unión de los pueblos, e intencional, porque esta obra, junto a otros libros que publica a su regreso a México, comparte la misma utilidad e intención: transmitir la cultura por medio de la educación. No digo que sus publicaciones de las últimas dos décadas de su vida sean un tratado de pedagogía, pero sí son pertinentes para realizar primeros acercamientos al fenómeno literario o lingüístico, a la crítica o teoría literaria.

Para Alfonso Reyes *La experiencia literaria* sirvió como guía para sus estudios teóricos posteriores, como *El deslinde*; también fue confesión artística de su trabajo profesional y constancia de su labor de crítico por la refundición de los ensayos, muestra de su trabajo de sistematización. La obra sirvió como manual a su autor, quien impartía cursos y cátedras en diversas instituciones educativas, y también abrió las puertas al diálogo con otros intelectuales y a todo aquel que aceptara su invitación: compartir la experiencia literaria. Ahora bien, tiempo después, los alcances de la obra hacen que sea vista como un proyecto educativo y cultural por estar dirigido a la sociedad en general y por su vinculación con el compromiso moral y las ideas educativas del ensayista.

Claramente se observa en *La experiencia literaria* que las letras y la educación van de la mano porque Reyes encuentra en el sentido espiritual, artístico e intelectual de la literatura un arma para enfrentar su realidad social: la deshumanización. Es menester para él como intelectual y humanista realizar propuestas y actuar estratégicamente para detener el avance del mal: la guerra, la discordia y la barbarie de los hombres que impiden el progreso de las naciones. Por todo eso, plantea con sus publicaciones y su testimonio la salvación por vía de la educación humanística y *La experiencia literaria* con su carácter programático y expansivo es una propuesta para enseñar y deleitar (*docere et delectare*).

Al final, el proyecto de investigación en el que me propuse analizar los ensayos de *La experiencia literaria* y su contorno dio mayores resultados de los esperados, como sus alcances, las condiciones de enunciación, el avance y legitimación del intelectual en el campo literario, las estrategias retóricas del discurso, los nexos entre filosofía social y humanismo, entre educación y letras. Pues bien, era necesario este método de análisis que siguiera al mismo tiempo varias rutas, porque así las interpretaciones son más abarcadoras, porque a mi modo de ver, la relación entre sus ensayos

CONCLUSIONES


teóricos con el proyecto cultural del humanista ha sido poco destacada por la crítica, como algunos estudiosos que analizan por separado la obra del autor y viceversa, o que dejan de lado el contexto de producción o recepción.

Esta forma de trabajo de *La experiencia literaria* se suma a las nuevas perspectivas de análisis que dan la misma importancia tanto a la obra como a su contexto de producción y, personalmente, me anima a seguir estudiando el ensayo alfonsino, las redes intelectuales que estableció el autor y las tensiones que generaron polémicas o controversias, pues en el estudio de discusiones de diferentes temas o perspectivas se generan más resultados que enriquecen la crítica. Quizá ésta no sea la única interpretación que se suscite al respecto, porque los resultados no siempre son objetivos y porque estas coordenadas que hemos trazado para ubicar *La experiencia literaria* no son precisas del todo, pues aún faltan muchos estudios que se acerquen a completar el mapa intelectual del autor y de su obra.

En resumen, otras tareas pendientes son: la necesidad de seguir editando los epistolarios de Reyes para poder explorar mejor sus círculos sociales, sus prácticas discursivas, sus formas de relacionarse, trabajar, dialogar, entre otras; continuar con la investigación en torno a varias cuestiones, como el papel de la crítica entendida por Reyes con su ejercicio personal, su perspectiva universalista y los vínculos que existan en su obra entre ética y estética; y por último, desarmar las concepciones totalitarias o generales, como la visión del Ateneo de la Juventud, porque sus análisis se han estancado en una crítica repetitiva y es mejor realizar nuevas lecturas que contemplen otros ejes de análisis.

Finalmente, toca preguntarse por el lugar de los lectores (aficionados, críticos, investigadores, literatos u otros intelectuales) respecto de la obra de Alfonso Reyes, especialmente sus ensayos y a la función de la literatura, de la crítica y la teoría frente a los problemas sociales, educativos, económicos o políticos, porque a pesar de que el espacio y la época sean distintos, algunas circunstancias son las

mismas. El intelectual se encuentra inmerso en una realidad de la que no puede escapar y a la que tiene que responder con su trabajo. Por eso, es menester sopesar la importancia del ejercicio intelectual, el carácter social, el proyecto educativo, los alcances de la obra y el compromiso moral que el humanista dejó a la tradición cultural universal. Ahora bien, habría que preguntarse el porqué del abandono, tanto del compromiso social y moral del intelectual como de la importancia de la educación para el desarrollo de los países que tanto reiteraba Reyes en gran parte de sus discursos y ensayos americanistas. Si él hizo hincapié en esto y lo legó a las siguientes generaciones, entonces ¿cómo se fueron apartando de este ideal los intelectuales? y ¿en qué momento la educación dejó de ser tarea de los intelectuales?

Estas interrogantes hacen pensar en los alcances del pensamiento de Reyes, en cómo lo acogieron sus coetáneos y las generaciones posteriores, desde la época de sus discípulos hasta nuestros días. Habría que localizar la escisión de la literatura y la educación, del humanismo y su compromiso social en esta nueva oleada de intelectuales y reflexionar sobre su actuación. Si para Reyes Goethe fue el paradigma del hombre total, el faro que debía dar rumbo al mundo, en nuestros días debemos regresar a esos modelos que inspiren más proyectos a favor de la sociedad que iluminen nuevos senderos de investigación y que devuelvan o recuerden a los intelectuales su imperativo moral. 

BIBLIO-HEMEROGRAFÍA

A) DIRECTA

- REYES, ALFONSO, “Cartones de Madrid” en *Visión de Anáhuac. Las vísperas de España. Calendario. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. II, México, FCE, 1956, pp. 47-100, (Letras mexicanas).
- _____, “Respuestas” en *Simpatías y Diferencias. Los dos caminos. Reloj de Sol. Páginas adicionales. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. IV, México, FCE, 1956, pp. 450-452, (Letras mexicanas).
- _____, “México en una nuez”, “Grandeza y miseria de la palabra”, “El arte de hablar”, “Las nuevas artes” y “La radio, instrumento de la *paideía*” en *Norte y sur. Los trabajos y los días. Historia natural das Laranjeriras. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. IX, México, FCE, 1959, pp. 42-56, 267-269, 324-328, 400-403 y 445-447, (Letras mexicanas).
- _____, “Jacob” y “9 de febrero de 1913” en *Constancia poética. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. X, México, FCE, 1959, pp. 113-114 y 146-147, (Letras mexicanas).
- _____, “En el día americano”, “Notas sobre la inteligencia americana”, “Ciencia social y deber social”, “Valor de la literatura hispanoamericana”, “Para inaugurar los ‘Cuadernos americanos’”, “Discurso por Virgilio”, “Atenea política”, “Homilía por la cultura”, “Doctrina de paz”, “Posición de América”, “Discurso por la lengua” y “Un mundo organizado” en *Última Tule. Tentativas y orientaciones. No hay tal lugar. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XI, México, FCE, 1960, pp. 63-70, 82-90, 106-125, 126-135, 150-153, 157-177, 182-203, 204-221, 222-230, 254-270, 312-326 y 327-334, (Letras mexicanas).
- _____, “Pasado inmediato” en *Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XII, México, FCE, 1960, pp. 182-216, (Letras mexicanas).
- _____, *La crítica en la edad ateniense. La antigua retórica. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XIII, nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, México, FCE, 1961, (Letras mexicanas).
- _____, *La experiencia literaria. Tres puntos de exegética literaria. Páginas adicionales. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XIV, nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, México, FCE, 1962, (Letras mexicanas).
- _____, *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XV, nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, México, FCE, 1963, (Letras mexicanas).
- _____, “Prefacio” en *Cartilla moral. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XX, estudio preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, México, FCE, 1979, p. 483. (Letras mexicanas).
- _____, “El camino de la moral”, “Algo de semántica”, “Carta a mi doble” y “Arma virumque” en *Los siete sobre Deva. Ancorajes. Sirtes. Al yunque. A campo traviesa. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXI, estudio preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, México, FCE, 1981, p. 88-90, 214-234, 247-250 y 274-279. (Letras mexicanas).

- _____, “Pro domo sua” en *Anecdotario* y “De Taine” en *Ficciones. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXIII, José Luis Martínez (intr.), México, FCE, 1990, pp.318-325 y 432-433, (Letras mexicanas).
- _____, “Oración del 9 de febrero” en *Memorias. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXIV, José Luis Martínez (intr.), México, FCE, 1990, pp. 25-39, (Letras mexicanas).
- _____, “América y el hombre goethiano” y “Goethe en la frente” en *Vida de Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción. Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXVI, José Luis Martínez (intr.), México, FCE, 1992, pp. 240-246, (Letras mexicanas).
- _____, “Nosotros” en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recopilación), México, UNAM, 2000, (Nueva Biblioteca Mexicana 5), pp. 477-483.
- _____, *Diario 1911-1930*. México, Universidad de Guanajuato, 1969.
- _____, *La experiencia literaria*, 3ª ed., México, FCE, (Colección Popular 236), 1983.
- _____, “Cartilla moral” en *Cartilla moral, La X en la frente y Nuestra lengua*, México, Secretaría de Educación Pública/Cámara Nacional de la Industria Editorial y Asociación Nacional de Libreros, 1982, pp. 9-41.
- _____, “Medidas para promover el fomento de relaciones intelectuales culturales más estrechas entre repúblicas americanas, y para desarrollar el espíritu del desarme moral” en *Relaciones internacionales*, Bernardo Sepúlveda (pról.), México, FCE, Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, 2010, pp. 241-260, (Capilla Alfonsina 7).
- _____ y HÉCTOR PÉREZ MARTÍNEZ, *A vuelta de correo. Una polémica sobre la literatura nacional*, México, UNAM/Universidad de Colima, 1988, (La crítica literaria en México 5).
- _____ y PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Correspondencia, I: 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), México, FCE, 1986, (Biblioteca Americana).
- _____ y WERNER JAEGER, *Un amigo en tierras lejanas: correspondencia Alfonso Reyes/Werner Jaeger 1942-1958*, Sergio Ugalde Quintana (estudio, edición y notas), México, El Colegio de México, 2009, (Colección Testimonios).

B) INDIRECTA

- ALATORRE, ANTONIO, *Ensayos sobre crítica literaria*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, (Lecturas mexicanas, tercera serie, 80).
- ALBADALEJO, TOMÁS, *Retórica*, Madrid, Síntesis, 2001.
- ALTAMIRANO, CARLOS, “Ideas para un programa de historia intelectual” en *Para un programa de historia intelectual*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005, pp. 13-24, (Mínima).
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, “Teoría y práctica de la literatura en Alfonso Reyes” en *Más páginas de Alfonso Reyes*, vol. IV (segunda parte), James Willis Robb (pról.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 563-568. [*La Nación*, Buenos Aires, Supl. Lit., 21 de mayo 1989, p. 1.]
- ARCINIEGAS GERMÁN, “Nuestra América es un ensayo” en *Fuentes de la cultura latinoamericana*, vol. II, Leopoldo Zea (comp.), México, FCE, 1993, pp. 295-304, (Tierra firme).

- _____, “¿Por qué Alfonso Reyes es un maestro?”, en *Más páginas de Alfonso Reyes*, vol. III (primera parte), James Willis Robb (pról.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 53-55. [*El Diario de Nueva York*, 2 de nov. de 1956; y en *Los pinos nuevos*, Tunja, Colombia, ed. Bolivariana Internacional, 1982, pp. 230-231.]
- ARENAS CRUZ, MA. ELENA, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, (Colección Monografías).
- ARENAS MONREAL, ROGELIO, *Alfonso Reyes y los hados de febrero*, México, UNAM/Universidad Autónoma de Baja California, 2004.
- BARREDA, OCTAVIO, G., “La experiencia literaria”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. 1 (segunda parte), Alfonso Rangel (comp.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 555-559. [*El Hijo Pródigo*, México, mayo 1943, núm. 2, pág. 122.]
- BERISTÁIN, HELENA, “Prólogo” en *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, México, FCE, 2003, pp. 11-15, (Lengua y Estudios Literarios).
- BOURDIEU, PIERRE, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Thomas Kauffl (trad.), Barcelona, Anagrama, 1995, (Colección Argumentos).
- _____, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Ed. Montessor, 2002, (Colección Jungla simbólica).
- CAICEDO PALACIOS, ADOLFO, “Hacia un nuevo humanismo en Alfonso Reyes” en *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, Víctor Díaz Arciniega, (comp.), México, UAM/FCE, 1990, pp. 25-35.
- CARBALLO, EMMANUEL, “Alfonso Reyes. 1889-1959”, en *Protagonistas de la narrativa mexicana*, 3ª ed., México, Porrúa, 2003, pp. 95-137, (Sepan cuantos 640).
- CASTAÑÓN, ADOLFO, *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante*, 1ª ed., México, Joan Boldó i Climent Editors, 1988.
- CHUMACERO, ALÍ, “Las teorías literarias de Alfonso Reyes” en *La cultura en México*, no. 68, 05 de junio de 1963, pp. XVI-XVII.
- CICERÓN, *La invención retórica*, Salvado Núñez (trad.), Madrid, Gredos, 1997.
- COCKCROFT, JAMES D., *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (1900-1913)*, María Eunice (trad.), México, Siglo XXI Editores, 1971.
- COLOMBI, BEATRIZ, “Alfonso Reyes, entre las nuevas y las viejas artes” en *Estrategias del pensar: ensayo y prosa de ideas en América Latina, siglo XX*, vol. II, Liliana Weinberg (coord.), México, UNAM, CIALC, 2010, pp. 27-53. (Colección Literatura y ensayo en América Latina y el Caribe 8).
- CURIEL DEFOSSÉ, FERNANDO, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, 2000.
- _____, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, UNAM/IIFL, 2001, (Ediciones especiales, 20).
- DÜRING, INGERMAN, *Alfonso Reyes, helenista*, Madrid, Ínsula, 1955.

- FUENTES, CARLOS, "Alfonso Reyes" en *Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, México, FCE, 1969, pp. 25-28.
- GAOS, JOSÉ, "El pensamiento hispano-americano" en *Obras completas VI. Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, Francisco Sameón (ed.), México, UNAM, 1990, pp. 33-107. (Nueva Biblioteca Mexicana 101).
- GARCÍA MONSIVÁIS, BLANCA, *El ensayo mexicano en el siglo XX. Reyes, Novo, Paz. Desarrollo, direcciones y formas*, Harvard, University, 1992.
- GARCÍA MORALES, ALFONSO, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Consejo Superior de Investigación Científica. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1992.
- GARCÍADIEGO DANTAN, JAVIER, "Alfonso Reyes: La definición de su vocación y los avatares políticos" en *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, Víctor Díaz Arciniega, (comp.), México, UAM/FCE, 1990, 83-101.
- _____, *Alfonso Reyes. Breve biografía*, México, Planeta, 2009.
- _____, "Los intelectuales y la Revolución Mexicana" en *Historia de los intelectuales de América Latina. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, vol. II, Carlos Altamirano (ed.), Buenos Aires, Katz editores, 2010, pp. 31-44.
- _____, "Premio Alfonso Reyes 2010" [video en línea] <http://2010.colmex.mx/videos/premio-ar/engine/swf/player.swf?url=../../data/video/premio_alfonso_reyes_2010.flv> [Consulta: 21 de noviembre de 2011].
- GARRIDO, LUIS, *Alfonso Reyes*, México, Imprenta Universitaria, 1954.
- GARZA, JOSÉ, "Monterrey: desmitifican escritores la vida y la obra de Alfonso Reyes" en *La Jornada*, 25 de mayo de 1997, p. 25.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO Y PUPO WALKER ENRIQUE (eds.), "El ensayo moderno en Hispanoamérica" en *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Gredos, 2006, pp. 374-428.
- GÓMEZ MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS en "Posición de Alfonso Reyes en el pensamiento americano", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. XXXVII, no. 2, 1989, pp. 433-463.
- GRACIA, JORDI (selecc. y pról.), "Alfonso Reyes o la continuidad del saber" en *La experiencia literaria y otros ensayos*, Guadalajara, Fundación Banco Santander, 2009, pp. XI-XXXVII, (Colección Obra fundamental).
- GRAMSCI, ANTONIO, *Cultura y literatura*, J. Solé (trad.), Barcelona, Ediciones Península, 1972.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAFAEL, "Notas e informaciones sobre la imagen de América en Alfonso Reyes" en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. II (primera parte), Alfonso Rangel Guerra (comp.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 324-335. [*Bolívar*, Bogotá, núm. 21, julio 1953.]
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Obra crítica*, Emma Susana Speratti Pinero (ed.), México, FCE, 1960, (Biblioteca Americana).

- _____, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, Enrique Zuleta Álvarez (introd. y notas), México, FCE, 2000, (Biblioteca Americana).
- HERNÁNDEZ LUNA, JUAN (prólogo, notas y recopilación), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 2000, pp. 7-23, (Nueva Biblioteca Mexicana 5).
- HOUVENAGHEL, EUGENIA, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, México, FCE, 2003, (Lengua y Estudios Literarios).
- _____, “Las presencias de la Retórica en la obra de Alfonso Reyes: Esbozo de una evolución”, *Rhetorica* 21, no.3, 2003, pp. 149–174.
- JAEGER, WERNER WILHELM, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Joaquín Xirau y Wenceslao Roces (trad.), México, FCE, 1962, (Filosofía).
- _____, “Carta de Werner Jaeger a Alfonso Reyes”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. I (segunda parte), Alfonso Rangel Guerra (comp.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 513-516.
- JUÁREZ BAUTISTA SUSANA LIZBETH, “Perspectivas críticas de la crítica de Alfonso Reyes. Una propuesta para el estudio de la obra ensayística de Reyes” en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, octubre-diciembre 2010, año XVI, no. 47, vol. 17, pp.19-28.
- KRAUZE, ENRIQUE, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Tusquets editores, 1999.
- MAESTRE, AGAPITO, “Introducción” en *Ensayos sobre la inteligencia americana. Antología de textos filosóficos* de Alfonso Reyes, Madrid, Tecnos, 2002, pp. 9-39.
- MAGALLÓN ANAYA, MARIO, “El ensayo pedagógico en América Latina: el proyecto educativo de José Vasconcelos” en *El ensayo en nuestra América para una reconceptualización*, México, UNAM, 1993, pp. 233-265.
- MARTIN, GERALD, “La literatura, la música y el arte en América Latina” en *Historia de América Latina 8. América Latina. Cultura y Sociedad, 1830-1930*, Jordi Beltrán y Ángeles Sola (trad.), (Serie Mayor).
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS, *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, México, UNAM/FFyL, 1992, (Colección Cátedras).
- _____, “Introducción 1907-1914” en *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), México, FCE, 1986, pp. 9-39, (Biblioteca Americana).
- MARTÍNEZ CARRIZALES, LEONARDO, *La gracia pública de las letras: Tradición y la institución literaria en México*, México, Colibrí, 1999, (Vino tinto).
- _____, *La sal de los enfermos. Caída y convalecencia de Alfonso Reyes en París 1913-1914*, México, Universidad de Nuevo León, 2001a.
- _____, “Manuel Gustavo Revilla: entre la pedagogía y la crítica” en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, Rafael Olea Franco (ed.), México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2001b, pp. 655-671.
- _____, “Estudio introductorio” en *Alfonso Reyes/Enrique González Martínez. El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, México, FCE, 2002, pp.19-109.

- _____, “El poeta a caballo. La muerte del general Bernardo Reyes: apropiación y sentido en tres estaciones de la obra de Alfonso Reyes” en *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, Liliana Weinberg (ed.), México, UNAM, 2003, pp. 469-483.
- _____, “La conversación literaria: París y Madrid” en *El sendero entre la vida y la ficción*, México, Instituto Cervantes/ Universidad Autónoma de Nuevo León/ Colegio Civil/ Centro Cultural Universitario, 2007, pp. 47-68.
- _____, “Ignacio Ramírez, teórico de la literatura” en *La palabra de la reforma en la república de las letras: una antología general* de Ignacio Ramírez, Liliana Weinberg (sel. y estudio preliminar), México, FLM/UNAM/FCE, 2009a, pp. 437-448, (Biblioteca Americana. Serie Viajes al siglo XIX).
- _____, “‘Comunidad retórica’ y ‘república literaria’ en el *Diario de México*” en *El bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada*, Esther Martínez Luna (ed.), México, UNAM/IIFL/Centro de Estudios Literarios, 2009b, pp. 21-49, (Letras de la Nueva España, 14)
- _____, “La perspectiva revolucionaria del Ateneo de la Juventud” en *El orden cultural de la Revolución Mexicana. Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales*, Leonardo Martínez Carrizales (coord.), México, UAM Azcapotzalco, pp. 236-269, 2010, (Colección 2010).
- MARTÍNEZ PEÑALOZA, PORFIRIO, “La obra de Reyes requiere para su estudio de varios investigadores: Peñaloza”, *Excelsior*, 17 de noviembre de 1981, parte 1, Sección cultural.
- MATUTE, ÁLVARO, “El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación” en *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones: vida cultural y política, 1901-1929*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, pp. 53-66.
- MENA, MIGUEL D., “Página de Pedro Henríquez Ureña” [en línea] <http://www.cielonaranja.com/pagina_phu.htm> [Consulta: 21 de noviembre de 2011].
- MYERS, JORGE, “El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes, sustantivo” en *Historia de los intelectuales de América Latina*, vol. II, Carlos Altamirano (ed.), Buenos Aires, Katz editores, 2010, pp. 82-97.
- MONSIVÁIS, CARLOS, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 2000, pp. 957-1076.
- _____, “Prólogo” en *México* de Alfonso Reyes, México, FCE/Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, 2005, (Colección Capilla Alfonsina, 1).
- OCAMPO, AURORA M. (dir.), *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*, tomo VII R, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios literarios, pp. 161-201, 2004.
- OLGUÍN, MANUEL, *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento*, México, Ediciones de Andrea, 1956, (Colección Studium, vol. II).

- ORDÓÑEZ, ANDRÉS, *Devoradores de ciudades. Cuatro intelectuales en la diplomacia mexicana*, México, Cal y Arena, 2002.
- ORTEGA, JULIO, “Prólogo” en *Teoría literaria* de Alfonso Reyes, México, FCE, Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, 2005, pp. 7-13, (Colección Capilla Alfonsina, 2).
- PACHECO, CARLOS (ed.), “Prólogo” en *Alfonso Reyes. La vida de la literatura*, Madrid: Alicante, 1992, pp. 11-32.
- PARTIDA, ARMANDO, “Contemporaneidad de la teoría literaria de Alfonso Reyes” en *Más páginas de Alfonso Reyes*, vol. IV (primera parte), James Willis Robb (pról.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 177-194. [*Alfonso Reyes: Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, 1981, pp. 61-75.]
- PATOUT, PAULETTE, “Sobre ‘Jacob’, poema de Alfonso Reyes, escrito en París (1925)”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. XXXVII, no. 2, 1989, pp. 521-533.
- PEREIRA, ARMANDO (coord.), *Diccionario de literatura mexicana: siglo XX*, México: Instituto de Investigaciones Filológicas/Coyoacán, 2004.
- PINEDA, BUITRAGO SEBASTIÁN, *La Musa Crítica. Teoría y ciencia literaria de Alfonso Reyes*, México, El Colegio Nacional, 2007.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO, “Alfonso Reyes y la teoría literaria”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Alfonso Rangel (comp.), vol. 1 (segunda parte), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 586-599. [*Gaceta del Caribe*, La Habana, octubre 1944, pp. 16-19.]
- PUJANTE, DAVID. *Manual de Retórica*, Pablo Jaraulde (dir.), Madrid, Castalia Universidad, 2003.
- QUINTANILLA, SUSANA, *Nosotros. La juventud del Ateneo de la Juventud. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México, Tusquets, 2008.
- RAMA, ÁNGEL, *La ciudad letrada*, Tajamar Editores, 2004, (Colección Alameda).
- RAMOS, JULIO, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989.
- RANGEL, GUERRA ALFONSO, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, México, Colegio de México, 1989, (Centro de Estudios Poéticos y Literarios).
- _____ (sel., pról. y notas), “Prólogo” en *Recoge el día. Antología temática de Alfonso Reyes*, tomo I, México, El Colegio Nacional, 1997, pp. 3-26.
- REYES, ALICIA, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Nuevo León: Producciones Al Voleo-El Troquel, 1989.
- REYES CORIA, BULMARO, *Arte de convencer. Lecciones ciceronianas de oratoria*, México, UNAM, 2004.
- REYES TRIGOS, CLAUDIA, “Prólogo” en *Alfonso Reyes y la educación*, México, SEP/Ediciones El Caballito, 1987, pp. 9-11, (Biblioteca pedagógica).
- ROBB, JAMES WILLIS, *El estilo de Alfonso Reyes (imagen y estructura)*, 2ª ed., México, FCE, 1978, (Lengua y estudios literarios).
- RODRÍGUEZ CHICHARRO, CÉSAR, *Alfonso Reyes y la Generación del Centenario*, México, UAM-Azcapotzalco, 1998, (Colección ensayos 7).

- RUIZ SOTO, ALFONSO, “Re-visión de Anáhuac” en *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, Víctor Díaz Arciniega, (comp.), México, UAM/FCE, 1990, pp. 252-268.
- SKIRIUS, JOHN, “Prólogo: Este centauro de los géneros” en *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, 5ª ed., David Huerta (trad. del prólogo), México, FCE, 2004, pp. 9-37, (Tierra Firme).
- SOTO, LUIS EMILIO, “Alfonso Reyes y la experiencia literaria”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. I (segunda parte), Alfonso Rangel (comp.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 547-554. [Argentina Libre, Buenos Aires, 1 abril 1943, año IV, núm. 142.]
- VALDÉS, MARIO J., “El deslinde de Alfonso Reyes: literatura y lectura” en *La Jornada Semanal (nueva época)*, no. 3, 02 de julio de 1989.
- VARGAS LOZANO, GABRIEL, “El Ateneo de la Juventud y la Revolución mexicana” en *Literatura mexicana. Centenario de la Revolución mexicana*, vol. XXI, no. 2, 2010, pp. 27-38.
- VÁZQUEZ, ÁNGELES, “Los estudios de Alfonso Reyes no se han agotado” en *Unomásuno*, 20 de mayo de 1989, p. 24.
- WEBER, MAX, “La política como vocación” en *El político y el científico*, documento preparado por el programa de redes informáticas y productivas de la Universidad Nacional de General de San Martín (UNSAM), en formato pdf, pp. 1-38. <http://www.bibliotecabasica.com.ar> [16 de diciembre de 2010].
- WEINBERG, LILIANA, “Dos patrias: entre la forma de la moral y la moral de la forma” en *Literatura latinoamericana. Descolonizar la imaginación*, México, CCyDEL, UNAM, 2004a, pp. 67-122.
- _____, “Alfonso Reyes, un héroe cultural”, en *Alfonso Reyes: Perspectivas críticas. Ensayos inéditos*, México, Tecnológico de Monterrey, Centro de Investigaciones Humanísticas y Plaza Valdés, 2004b, pp. 51-69.
- _____, *Situación del ensayo*, México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2006, (Colección Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe 1).
- _____, “Estudio preliminar” en *La palabra de la reforma en la república de las letras: una antología general*, Ignacio Ramírez, México, FLM/UNAM/FCE, 2009, pp. 15-66, (Biblioteca Americana. Serie Viajes al siglo XIX).
- _____, “Pedro Henríquez Ureña: hacer legible la Revolución” en *El orden cultural de la Revolución Mexicana. Sujetos, representaciones, discursos y universos conceptuales*, Leonardo Martínez Carrizales (coord.), México, UAM Azcapotzalco, pp. 51-107, 2010, (Colección 2010).
- XIRAU, RAMÓN, “El Deslinde”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Alfonso Rangel (comp.), vol. I (segunda parte), Alfonso Rangel (comp.), México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 632-636. [Revue de l'IFAL, núm. 1, México, 30 junio 1945, pp. 207-208.]
- ZOID, GABRIEL, “La carretilla alfonsina”, *Letras libres*, no. 1, México, enero de 1999, pp. 30-32.
- ZEA, LEOPOLDO, *El Positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1968.